ja ja ja ja ja ja ja ja ja

ja ja

ja ja

ja ja

ja ja

ja ja

Hadjadj

99

lecciones para ser un

payaso

ja ja ja ja ja ja ja ja ja

ja ja ja ja ja ja ja ja ja

ja ja ja ja ja ja ja ja ja

ja ja ja ja ja ja ja ja ja

ja ja ja ja ja ja ja ja ja

ja ja ja ja ja ja ja ja ja

ja ja ja ja ja ja ja ja ja

BIBLIOTHECA HOMO LEGENS

99 LECCIONES PARA SER UN PAYASO

GUÍA
(muy poco práctica)

ENSAYO
(fallido)

RELATO
(poco novelesco)

Fabrice Hadjadj

BIBLIOTHECA HOMO LEGENS

BIBLIOTHECAHOMOLEGENS

© Éditions la Bibliothèque
© Homo Legens, 2018
Calle Monasterio de las Batuecas, 21
28049 Madrid
www.homolegens.com

De la traducción: © Sebastián Montiel
Colección dirigida por Gabriel Ariza Rossy

Título original: : Être clown en 99 leçons (2017)

ISBN: 978-84-17407-33-9

Maquetación: Ignacio Cascajero Curros
Diseño de cubierta: Enrique García-Máiquez

Todos los derechos reservados.
Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

PREÁMBULO
(y ya ¡cataplum!) 11

CAPÍTULO 1
Ni cómico ni bufón ni acróbata ni Pierrot 19

CAPÍTULO 2
La liberación del ridículo 31

CAPÍTULO 3
Origen y alcance de la nariz roja 41

CAPÍTULO 4
Sobre la obediencia — entre el Maestro
de Ceremonias y el Payaso Blanco 53

CAPÍTULO 5
Contra el asombro 61

CAPÍTULO 6
Cuatro ejercicios de gimnasia para payasos 67

CAPÍTULO 7
Sobre el dúo (y más):
payasos en la esencia del matrimonio 79

CAPÍTULO 8
Frente al hijo 97

CAPÍTULO 9
Guerras de (escasa) religión 117

EPÍLOGO 143

Un joven, llamado Eutico, estaba sentado
al borde de la ventana; un profundo sueño lo iba dominando a medida que Pablo alargaba su discurso.
Vencido por el sueño, se cayó del piso tercero abajo.

Hechos de los Apóstoles 20, 9.

PREÁMBULO

(y ya ¡cataplum!)

1. Sin saberlo

El payaso de verdad no sabe que es un payaso. Ni siquiera sabe que haya payasos. Si se cruzara con uno, su penosa apariencia lo afligiría.

¿Por qué tal desconocimiento de su propia condición? En tanto que payaso, no reflexiona sobre sí mismo. Lo mismo que ese hombre todo seriedad que se presenta con la bragueta abierta o con un trozo de lechuga pegado a un diente. En numerosas obras, esa ausencia de introspección se considera positiva. Por ejemplo, uno puede leer: "La flecha no piensa que es una flecha, por eso mismo alcanza la diana". Pero, a diferencia de la flecha, el payaso nunca hace diana. Nunca da en el centro. Ni siquiera más o menos cerca, o en el borde. Siempre acierta a caer fuera de la línea de mira, de bruces en una mata de ortigas o sobre el escote de la archiduquesa. Los pechos de esta última, mofletudos, atrapados por los encajes, como dos cachorros prisioneros que solo desearan lamerle a uno la mano, están ciertamente más vivos que el disco lleno de números que nos incita a obtener alguna puntuación; pero el payaso no se da cuenta de eso inmediatamente. Su nariz roja es para los demás. Él no puede vérsela.

Por eso, estas notas no te aclararán muchas cosas. Cultivarán tu ser de payaso. Te pondrán más palos en la ruedas que bálsamo en el corazón. Con un poco de suerte, cuando acabes de leerlas serás algo más ridículo, y algo menos sabio.

2. Te harán serlo...

Hacer el payaso no es lo mismo que serlo. Cómprate un disfraz de Bozo[1], si no lo ves claro. En el momento en que tu disfraz haga llorar a los niños y los transeúntes ya no se vuelvan para mirarte, habrás encontrado el filón de tu carrera de payaso — un filón de extracción muy subterránea.

Cuando avances en la lectura de este tratado, irás dejando de hacer el payaso. Pero acabarás siendo un payaso: una mano invisible y segura, que no contribuye para nada la prosperidad de los mercados, se encargará de efectuar ese desajuste.[2]

3. Un "organizer" para resistir

Aquello con lo que tú no contabas, lo que se dilucida sin que tú lo sepas, lo que hace planos todos tus planes, lo que descamina todas tus hojas de ruta, lo que no está anotado en las agendas, en resumen, todo lo impertinente, será ahora lo importante. Eso no quiere decir que no debas tener ni cuenta ni saber ni plan ni agenda. Muy al contrario: para que un vaso rebose hace falta un vaso; para asombrarse de caer de bruces en un escote hace

falta una diana a la que apuntar.

Así pues, te comprarás una "carpeta organizadora" y, cuando intentes clasificar el huracán, sus separadores echarán a volar como gaviotas burlonas. Te aprovisionarás de etiquetas, pero, ante la realidad de las cosas, conservarán su virginidad o acabarán ilegibles de tanta tachadura, quedarán pegadas a tus dedos — como pétalos que han hecho eclosionar la flor de tu impotencia.

4. En dique seco

El animal tiene un instinto que lo conduce a su fin. Tú no eres un animal. La máquina es eficaz. Tú no eres una máquina.

Tus intentos de seducción son patéticos comparados con el celo de la cucaracha. Lo único que tiene que hacer para atraer a la hembra es liberar sus feromonas. Pero la cucaracha nunca se perderá en idas y venidas al cortejar a la hembra. Jamás se enzarzará en una discusión sobre una película de Bergman.

El borde de la palma de tu mano no sirve para nada comparado con una sierra mecánica, sólo hay que ponerla en marcha y empieza a cortar la madera. Pero la sierra siempre ignorará el destino de la corteza, la suavidad del fruto maduro o los pinchazos de las astillas. La sierra está perfectamente ordenada a hacer su tarea (fue fabricada para ello) y, por dicha razón, no puede tener ningún tropiezo. Lo único que le puede ocurrir es tener una avería. E incluso así, ese acontecimiento no le ocurre a ella. No puede ser consciente de él.

Tu gracia de payaso consistirá en vivir tus averías, ser consciente de tus malos funcionamientos, saber a lo que no te adaptas. Llegarán acontecimientos. Llegarán personas. Llegará, también, la muerte, que no tardará demasiado. Y tú estarás casi siempre en el dique seco, o sea, allí donde acaban fondeados los barcos turísticos y mercantes, que te juzgarán indigno de subir a bordo de ellos.

5. *Bien-être-durable.com*

Tus relaciones con los demás no se irán volviendo más fáciles ni más agradables. Aquí no aprenderás la manera de "liderar un equipo" o de "hacer amigos". *El arte de influir en los demás en 12 lecciones* es otro libro, que podrás encontrar en la editorial "Bien-être-durable.com".[3]

Su autor, el profesor Yoritomo Tashi, de Fukuoka, te explicará en él "las seis formas de ganar un duelo de poder" y también "cómo detener a los violentos, a los protestones y a los malintencionados a la primera ocasión en que intenten manipularte". Pon en práctica todos sus preceptos y la única certeza a la que llegarás es a que el profesor Yoritomo Tashi habrá conseguido, por fin, influir en alguien (es cosa tuya discernir si eres un violento, un protestón o un malintencionado).

Sábete que, por el contrario, con nuestros consejos inaudibles (o con nuestras fatales

constataciones), llegará a intimidarte cualquier pobre diablo buenazo. Hasta un comatoso. Sobre todo un comatoso.

La distancia entre tú y tu prójimo te parecerá cada vez más infranqueable. Lo bastante grande como para que entre ambos, desorientados, desconcertados, puedan caber mundos enteros.

6. ¿Un cuarto cerdito?

Esta sabiduría no te procurará la paz. Tampoco te permitirá reposar en rebeldía.[4] ¿Se trata con seguridad de una sabiduría? Acabarás asimilando más zas que zen. Más budín que Buda. Más estocadas que estoicismo. Sabiendo, sin embargo, que a veces valen más los reveses que las recetas.

Payaso, tú no serás de esos que pasan la ola por debajo. Menos aún de los que se endurecen para arrostrarla de frente. Te sorprenderá tanto el agua tranquila, te fascinará tanto su superficie centelleante y su envoltura de edredón inasible, que te olvidarás de los movimientos necesarios para nadar y podrás ahogarte hasta en un pediluvio.

De entre los tres cerditos, tú quisieras ser el que construyó su casa de ladrillos. Pues ni siquiera la construirás de paja. Encontrarás una morada para ti construida enteramente en el soplido del lobo.

7. Primer éxito

De entrada, esto es un fracaso. Te propones dedicarte a conocer gente y resulta que te roba tu tiempo un libro. Quisieras contemplar la maravilla de una hoja de árbol y resulta que estás siguiendo las explicaciones que te da una hoja de papel. En fin, te preparas para vivir y eso es lo que te hace aplazar el momento de empezar a hacerlo.

¿Crees que tomarás impulso batiendo con mucha fuerza y rapidez, como si fueran alas, las tapas de este libro? ¿El autor se dirige a ti, a los demás o a sí mismo? El “tú” que emplea es el propio de un monólogo oblicuo, de una interpelación altiva, de una ficción pura o de una vergonzosa plegaria? Sin duda, todas esas cosas a la vez, de manera que esa segunda persona del singular — porque tú eres, siempre, el segundo, no el primero — permitirá todas las metamorfosis: hará referencia a tu persona, en tanto que persona o en tanto que simple personaje. ¿Quién sabe? Puede que ni siquiera te sientas claramente aludido, porque ese “tú” puede dirigirse a alguien que tú no tienes ningún deseo de ser — alguien al que silencias, o al que matas, alguien que te edifica y que, sin embargo, te socava...

Lo realmente cierto es que, el autor no entiende las cosas esenciales mejor que tú. Pero tú podrías aprender a comprender menos aún de lo que comprendes. Lector, ya eres un payaso.

1 Bozo es un payaso que se hizo muy popular, primeramente, en los Estados Unidos. Apareció en 1946, de la mano de Alan W. Livingstone. Desde ese año hasta la actualidad, distintas franquicias de Bozo han aparecido en las televisiones de todo el mundo, sobre todo de los Estados Unidos y Méjico. Va vestido enteramente de rojo, con una gran gorguera blanca, su cara y su calva están maquilladas también de un blanco intenso. El contorno de su boca, las largas guedejas alrededor de su calva y la nariz, son rojas, y sus grandes cejas son negras. [*N. del T.*]

2 Esa "mano invisible" está aludiendo a la famosa "mano invisible" del liberalismo, que transforma en bien común, y redime, el egoísmo generalizado. En efecto, Adam Smith escribió: "Al preferir sostener la industria nacional en lugar de la exterior, cada individuo busca solamente su propia seguridad; y al orientar esa industria de tal modo que su producto obtenga el máximo valor, cada uno busca solamente su propia ganancia, y en esto, como en otros muchos casos, cada uno está guiado por una mano invisible que promueve un fin que no formaba parte de su intención. Y no es siempre lo peor para la sociedad el que ese fin no formara parte de aquella intención individual. Pues el individuo, al perseguir su propio interés, con frecuencia promueve el de la sociedad más eficazmente que cuando realmente intenta promoverlo" (Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Modern Library, New York, 1965, p. 423; versión española: *La riqueza de las naciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2005). [*N. del T.*]

3 Hay traducciones al español de este libro de "autoayuda" y de otros del mismo autor, el japonés Yoritomo Tashi, al que Hadjadj cita en el párrafo siguiente. Si el lector siente algún interés por esas obras, no tendrá dificultad alguna en encontrar en las redes las referencias correspondientes, también el sitio web citado. [*N. del T.*]

4 El autor alude a la célebre expresión "descansar en paz", pero igualmente a un poema de Henri Michaux, publicado en 1949, en el poemario *La vie dans les plis*, titulado "Qu'il repose en révolte" ("Que descanse en rebeldía"). Henri Michaux (1899-1984) fue un prolífico poeta y pintor francés de origen belga, incansable viajero y redactor de crónicas de viajes, tanto reales como imaginarios, entre las que destaca *Un bárbaro en Asia* (1933). Su estilo literario y filosófico ha sido relacionado con las obras de André Gide, Lawrence Durrell, Octavio Paz y Jean-Marie Le Clézio. [*N. del T.*]

Capítulo primero

Ni cómico ni bufón ni acróbata ni Pierrot

8. El patetismo del *one man show*

Lo que te predispone, antes que nada, a ser un payaso es el error que cometes al confundir al payaso con el cómico. Te gustaría ser el gracioso, el chistoso de la panda, el tipo "supersimpático"... ¡Si la gente divertida estuviera de tu parte! ¡Si supieras tomarte las cosas con humor! Eso es, según tú, lo que se debería enseñar, en primer lugar, para ser un payaso.

Pero resulta que el cómico posee un saber hacer natural. Sabe hacer reír. Y el público aprecia a ese estimulador de los cigomáticos como se apreciaría a un amante experto en el Kama-Sutra.[5] Nunca tendrás una habilidad como ésa. Puede que el payaso sea cómico. Pero no es un cómico. Se caracteriza, más que por un saber hacer, por un saber ser desecho.

9. El patetismo del *one man show* (II) — Ser la broma misma

Una vez que seas payaso, te prestarás a reír — pero será siempre a tus expensas. Dejarás que aparezca a la vista de todos lo risible de tu sustancia: ese mestizaje entre animal racional e irreflexivo, político y patán, que se distingue por su inteligencia y por no comprender nada, que desea la rectitud y lo hace todo oblicuamente, que aspira a la alegría y está abocado a la muerte...

Al contrario que el cómico, que trabaja para obtener un triunfo rotundo, tú perfeccionarás el fiasco. Un fiasco total, estrepitoso, apenas imaginable — casi una hazaña dentro de lo que supone el fracaso. A decir verdad, lograrás fracasar tan bien en todos tus intentos de hacer una broma o cualquier otro sketch previamente elaborado que dejarás de ser el bromista para pasar a ser la broma en sí misma. Llegarás a ser, más que un actor, un actuado, profundamente actuado, grotescamente actuado, en fin, actuado de tal modo que aparecerás como el tonto simplón de una divertida historia contada por el Eterno. Porque, si hay un Dios, una Providencia o un Destino, ellos son, con toda seguridad, los mayores bromistas. Y su broma más sublime se va elevando a medida que tus propias gracietas se van viniendo abajo.

10. El patetismo del *one man show* (III) — Lo más divertido

El cómico es deprimente porque recalienta el suflé una y otra vez. Sus jugarretas se convierten en trucos manidos. Sus caídas son telefoneadas cien veces. Cuando el mago va a sacar un conejo de su chistera por sexagésima séptima vez, lo maravilloso sería que, sencillamente, se pusiera en la cabeza su chistera y se lo quitara para saludar a las damas. Cuando va a adivinar por diezmilésima vez la carta elegida, lo extraordinario sería que se viera afectado por el Alzheimer.

En eso consiste el vicio de su virtuosismo — y lo más insoportable no radica en la repetición *ad nauseam*. Radica, más bien, en su creencia de que es necesario hacer magia para que lo maravilloso se haga presente. Según él, la realidad sería muy tediosa sin que él arrojara polvo a los ojos. Ahora bien, ¿es que el conejo, con sus orejas de burro y sus dientes de conejo, no es ya un prodigio en sí mismo? ¿Y la chistera? ¿Y la cabeza del mago, con esa mandíbula cuadrada heredada de un abuelo esloveno? El que se denomina escamoteador no sabe lo bien que se define.[6] Sus prestidigitaciones nos hacen olvidar inmediatamente el esplendor de una simple mano.

El cómico imagina que hay que fabricar lo cómico para que aparezca lo divertido, y pasa de largo sistemáticamente sin advertir lo divertido de su propia existencia. Y lo que es más triste aún, al hacer depender esa existencia de sus contorsiones y sus buenas palabras, nos persuade de que nada nos resultaría interesante en cuanto dejara de parecer interesante. Sin duda, lo hace adrede. Provocando risas para no parecer risible. Haciendo el mono para ocultar la impagable fragilidad de su humanidad. En el momento en que uno comprende esto, los cómicos aparecen como realmente son — aburridos hasta hacer llorar.

11. Del estado de crítico al estado crítico

Puede que ser payaso te atraiga por otro malentendido: porque lo identifiques con el bufón. Te gustaría saber acorralar al otro por sus rarezas, mofarte de sus ridiculeces. Y que tus críticas lograran el aplauso de todos — críticas que, evidentemente, solo se referirían al vecino. Pero resulta que el bufón es todo lo contrario de un payaso. Es un funcionario eminente del palacio real, no un subalterno del circo.

Históricamente, el bufón siempre ha estado a los pies del monarca. Su muñequito se agita cerca del cetro, sus cascabeles tintinean en las altas esferas — como un contrapoder. Aunque se burle del rey, este confirma para él cierta posición de soberanía, desde la que juzga sin ser juzgado, desde la que mide sin dar la talla él mismo. De ahí que, a menudo, su enanismo no sea más que una réplica especular de la majestad. La tradición que exige que el bufón se reclute entre los enanos se basa en esa búsqueda de un punto de vista soberano. El enano nunca es pequeño. Su anormalidad lo coloca fuera de la norma, lo hace incomparable y, al mismo tiempo, hace que pueda juzgar desde un sitio ideal las bajezas de la corte.

Por lo que a ti respecta, acabarás pareciéndote más a un cortesano torpe. Una verdadera alfombra roja de timidez, pero tan mal desenrollada que hará caer al que

pretenda honrar. Harás que alguno se tambalee, pero no por la causticidad de tus ocurrencias, sino por la exageración de tus reverencias. Como esas zalemas tan precipitadas que tienen casi la misma delicadeza que un cabezazo.

12. Del estado de crítico al estado crítico (II) — Precariedad esencial

¿Dónde irías tú a encontrar una posición de soberanía? ¿Dónde aunque fuera solamente una posición estable? Cuando, en la consulta del dentista, no eres más que unas fauces abiertas, ¿qué queda de tu pico de oro? Es la verdad del sacamuelas. La de tu esencia precaria.

Nunca podrías evitar esta esencia. Por tanto, llévala a plenitud, extiéndela a todos tus miembros y, entonces, tu pies en el suelo te parecerán una ayuda tan inmerecida que la gratitud te hará perder el equilibrio. Ya no reclamarás tu lugar al sol, y el rincón más insignificante se convertirá para ti en un reino, el resplandor más pequeño en algo deslumbrador.[7] Ya no te jactarás jamás de ningún título, y el insulto más hiriente — ¡quieto! ¿te has dado cuenta de que lo eres? — será para ti un elogio. En fin, serás educado hasta aparentar no saber lo que es la vida, porque, a cada oportunidad, pedirás excusas por existir.

13. Del estado de crítico al estado crítico (III) — Admiración estimulante

Te gustaría mucho burlarte de los demás, pero adivinas que, en tal caso, tendrías que comenzar por ti mismo. Y te gustaría mucho burlarte de ti, pero presientes que, entonces, tendrías que comenzar admirando a los demás. Así que, payaso, los admirarás, y tu admiración será mucho más estimulante que los sarcasmos bufonescos.

Cuando se presente el jefe de gabinete, antiguo alumno de la Politécnica y de la ENA, admirarás, en primer lugar, su calvicie, y le harás notar la espléndida manera en que así refleja su cabeza las luces del gran salón.[8] Cuando la rubia Miss Francia se cimbree sobre sus taconazos, tú admirarás, antes que nada, el hecho de que se apellide Michon, de que sea hija del señor y de la señora Michon, y subrayarás la gracia que supone, para una joven con un cuerpo de escándalo, haber heredado un apellido tan concreto.[9]

14. Del estado de crítico al estado crítico (IV) — Lapidación anunciada

¿Quién iría a perder su jornada en niñerías como esas? Esa es la palabra. El niño se nos acerca sin tener en cuenta nuestros diplomas ni nuestras medallas. Le importa poco que seamos ministros, vedettes o astrofísicos geniales, siempre que seamos hombres y sepamos hacer el caballito. Por esa razón, los que tienen la costumbre de no apearse de su cargo o de representar siempre su personaje se sienten tan a disgusto cuando hace su entrada un niño. Hay algo peor que un niño en su cacharrería: un pequeño que no sepa leer sus etiquetas.[10]

Las burlas del bufón llegan a hacer rasguños en su distinción y en su poderío a esos principales y, por tanto, por muy acerbas que sean, de hecho reconocen la una y el otro. De esa forma, lo satisfacen más que un asombro demasiado infantil, que se asombra de lo que son, y no de lo que quieren aparentar ser. Tu asombro apasionado los privará de su calidad. Tu entusiasmo los despojará de su mérito. Y, por eso, le echarán flores al bufón que se mofa de ellos, pero le arrojarán piedras al payaso que tanto los admira.

15. El talón de Achille Zavatta[11]

Hay otra confusión que puede haber provocado tu atracción: la que nos hace tomar al payaso por un acróbata. Esta asimilación tiene sus motivos. En otro tiempo, bajo la carpa del circo, acababan siendo payasos los desechos de la pista: el contorsionista artrítico, la caballista ya ajada, el domador vencido por sus fieras... Todos ellos maquillaban con colores llamativos los restos de un arte venido a menos. El trapecista se transformaba en el payaso de las bofetadas. El adiestrador de tigres era perseguido por caniches. La amazona podía dejarse y engordar.

Hay quienes han cultivado esta desespecialización como una destreza universal. Vemos aparecer como payasos a superatletas que ocultan su juego. Multiinstrumentistas, poligimnastas, personajes extraños fingen derrumbarse y, como los gatos, vuelven a caer sobre sus cuatro patas. Sus pifias son momentos de una soberbia planificación. Detrás de Charlot el vagabundo, está el gran maestro Chaplin. Es cierto que nos hace ver a un payaso. Pero es un engaño admirable. Representa el papel de un payaso. No lo es. Su errancia rueda sobre raíles. Su desarraigo es parte del libreto.

Por tu parte, la desespecialización no te conducirá a una magnífica omnivalencia. Porque no habrás olvidado el fundamento del comienzo de la condición de payaso: la retirada de los desechos.

16. El talón de Achille Zavatta (II) — Una ocurrencia tardía

No eres el único en fijarte en el payaso porque quiere llegar a ser un genial improvisador, reaccionando a todo lo que ocurre, rompiendo la vajilla, pero aprovechando la ocasión para comprar otra mejor. Es la aspiración de todos: poder absorber los acontecimientos. Y esa aspiración es la que fácilmente hace que concibas al payaso como a una especie de estoico a la inversa. No se trataría de edificar una ciudadela interior, sino de practicar una acrobacia exterior para conseguir un resultado comparable: componer siempre un buen gesto, pronunciar siempre la palabra adecuada, enseñando los dientes al reír para que dejen de castañetear por el miedo.

Tú aspiras espontáneamente a la ocurrencia fácil y definitiva. Pero, ¿cómo iba a ser el payaso, cuya etimología remite a lo rústico, ese acróbata social? Siempre está desconcertado, es como un perro en un juego de bolos, no tendría la habilidad de un

malabarista. En italiano, se dice *pagliaccio*. Eso es lo objetivo del payaso — y no su objetivo: ser la estera en la que todos los pies dejen, restregándose, su suciedad.[12]

17. El talón de Achille Zavatta (III) — Sólo hay gracia para los condenados

¡Desgraciadamente, puede que los dioses te hayan favorecido con numerosos talentos! Te inciensan por tus brillantes argumentaciones, pero nadie por haber accedido a la puridad de tu presencia. Se ponderan tus haberes, tus saberes, tus conquistas, pero nadie ve tu nulidad — esa nulidad que espera, bajo sus atavíos y sus atractivos, un incalculable advenimiento.

Tú adivinas en qué se basan todos esos elogios. ¿Qué son tus grandes proezas al lado de un amanecer (tan banal, sin embargo)? ¿Qué valen tus obras maestras al lado de ese hombrecito insignificante que se está formando en el vientre de una cajera de supermercado? Tus acrobacias, aunque fueran de lo más habilidosas, no serían más esplendorosas que la circulación de tu propia sangre en tu propio cuerpo.

Pero no desesperes. El laminador no podría olvidarse de ti mucho tiempo. Más pronto que tarde, acabarás siendo un desecho. Muy pronto, tus laureles se habrán marchitado. En ese camino (aunque sería mejor decir, en esa red viaria), el único orgullo de payaso que te quedará es haber sido el más precoz, el superdotado: un explorador de basureros.

Ser un condenado no está tan mal. Sólo hay gracia para los condenados. Tu abandono te predispondrá a la más grande de las citas. No serás bueno para nada, pero estarás abierto a todo. Manco y, por eso, nadando en las estrellas. Cojo y, por eso, llegando siempre al baile antes de hora. Un kleenex será para ti un toisón de oro. Serás tan pobre, tan necesitado, que ni siquiera podrás pasar sin la muerte.

18. La luna en el arroyo

Si al payaso no lo caracteriza la presencia de espíritu, ¿no será porque es de otro mundo? Se va dibujando una nueva figura, la última, la más especial. Que quizá explica mejor que las demás la confusión que te lleva a desear ser un payaso: como eres incapaz de ver al payaso como un simple clown de nariz roja, lo asocias al Pierrot.[13] Te lo representas lunar, melancólico, enamorado y rechazado por la bella Colombine. Olvidas su nariz roja para maquillarlo de palidez, con una lágrima negra bajo el párpado.

El Pierrot permanece ingrávido. De ese modo, se evita las volteretas. Probablemente esa sea la razón por la que anhelas tantísimo su gorguera, su pantalón bombacho y sus mangas abombadas. Te gustaría descolgar la luna para que el sol no te hiera la retina ni la noche te la inutilice.

Te lo concedo: Pierrot parece embelesado. Pero su forma de abrir los ojos como platos es una manera de suavizar los ángulos. Intenta hacer poética la realidad y deja

pasar su rugosa poesía. Canta a las flores, pero no cultiva hortalizas. Habla de las sonrisas de los niños, pero no les cambia el pañal. Persigue a Colombine, pero no se casa con Micheline.

19. La luna en el arroyo (II) — Amar a alguien más que al amor

¿Tu payaso no tendrá nada que ver con el amor? Sí, seguro que sí. Amará, pero sin convertirse en ese trovador que se embriaga cantando su declaración de amor. Porque el Pierrot, más que amar a alguien, ama el amor: escucha latir su corazón, lo embargan sus propios poemas, se goza en escucharse gemir. Si Colombine lo manda a paseo, ¡qué golpe de suerte! Deja el campo libre a su fantasma, la autoriza a desencarnarse. Inmediatamente da libre curso a su melancolía y sueña que Colombine es un ángel o un demonio, al antojo de su humor etéreo.

Tu ser de payaso residirá, más bien, en las atenciones de Micheline, al menos, en una cercanía que rompe la ilusión y deja aparecer el rodillo de cocina, la bombilla que hay que reparar y la lista de los mandados. La rosa estará en tu mano de tal forma que experimentarás lo que son las espinas. Muy al contrario que Pierrot, tan seguro de amar a la lejana, tú te preguntarás si aprecias verdaderamente a esa demasiado próxima... Y solamente en aquel momento en el que tú ya no tengas que sentirte vibrar de amor, quizá la amarás por ella misma, sin contrapartidas.

20. La luna en el arroyo (III) — Angustia dentro de la angustia

¿Qué decir de esa lágrima que el Pierrot coloca en su mejilla blanqueada? ¿No es la señal exacta de su angustia? ¿El payaso no es también aquel que, en mitad de su caída, muestra su rostro desorientado y pide auxilio? Ciertamente, pero el Pierrot tiende a hacerse la víctima. Es el desgraciado, el abandonado y el excluido, y él lo proclama así.

Payaso, tú no pretenderás ser inocente. Rechazado de la competición entre los poderosos, tú no entrarás en una competencia entre víctimas. No considerarás jamás como una completa injusticia el haber sido desechado. A los procesos que te incoen solo opondrás una defensa balbuceante, incierta, convencido de que, si no eres totalmente culpable, no es por ser virtuoso, sino por debilidad, o porque te han faltado las ocasiones.

Y como pensarás que tu castigo nunca es inmerecido, tus gritos tendrán una calidad especial, como de gritos dentro de gritos, pidiendo ayuda para saber si puedes pedir ayuda. ¿No es posible que hayas venido a buscar eso: un PLEAS dentro del SOS, una angustia en el fondo de tu angustia, un "socorro" tan radical que no está lejos de una risa que disloca todas las junturas de tus huesos?

5 Los cigomáticos son unos pequeños músculos rectangulares de la cara que van desde los pómulos a la boca y son, entre otros, los responsables de los movimientos que acompañan a la risa. [*N. del T.*]

6 El verbo "escamotear", del francés *escamoter,* hace referencia, dicho de un jugador de manos, a la acción de hacer que desaparezcan a ojos vistas las cosas que maneja. Pero, además, tiene la acepción, tanto en francés como ezn español, de robar o quitar algo con agilidad y astucia. [N.

del T.]

7 Hadjadj alude, sin duda, a la película de George Stevens, *A place in the sun*, estrenada en 1951 y protagonizada por Montgomery Clift, Elizabeth Taylor y Shelley Winters, basada en la novela *An American Tragedy*, de Theodore Dreiser. La película ganó seis Óscars y es de las que se conservan como "bienes culturales significativos" en la Biblioteca del Congreso. Puede que la alusión tenga que ver con la historia del protagonista: su pequeña ambición de "un lugar al sol", o sea, entre la burguesía americana a la que envidia, renunciando así a la "precariedad de su esencia", acaba provocando la muerte de los que ama y la suya propia. [*N. del T.*]

8 Aparece aquí, junto a la famosa *École Polytéchnique*, fundada por Napoleón, el acrónimo ENA, que corresponde a la *École Nationale d'Administration* ("Escuela Nacional de Administración"). En Francia, es difícil que un alto cargo de la Administración o de la política no haya pasado por alguna de estas dos escuelas de élite. De hecho, en francés, se llaman *énarques* a los antiguos alumnos de la ENA. [*N. del T.*]

9 Hay una "maldad" manifiesta en el original francés en lo relativo al apellido, Michon, de la presunta Miss Francia. Es un apellido usual, aunque no muy frecuente, pero aquí suena demasiado a un aumentativo del término *miche*, que significa "hogaza" o "bollo" de pan, pero que, se usa vulgarmente para referirse tanto a los senos como a las nalgas femeninas. [*N. del T.*]

10 Aquí el autor cambia por un niño al habitual "elefante" de la cacharrería. Aunque en francés, nuestra "cacharrería" es un *magasin de porcelaines* ("almacén de porcelanas"). [*N. del T.*]

11 Achille Zavatta (1915-1993), nacido en Túnez de padres italianos, fue un famoso hombre de circo francés, como sus progenitores. Fue payaso, pero también acróbata, trapecista, domador y músico. Uno de sus hermanos, Rodolphe, trapecista, tuvo un gravísimo accidente, después del cual aprendió junto a su hermano a ser payaso. Desde luego, el nombre propio Achille, corresponde a nuestro Aquiles. De ahí la referencia clásica al talón. [*N. del T.*]

12 El término español "payaso" proviene precisamente del italiano *pagliaccio*, de donde pasó al francés con la forma *paillase,* ahora desusada. Deriva de la raíz italiana *paglia* ("paja") y hacía referencia primitivamente a los sacos y a los monigotes hechos de ese material (quizás a los espantapájaros). [*N. del T.*]

13 *Pierrot* es la versión francesa del *Pierotto* italiano, una de las máscaras secundarias, compañero de *Pulcinella* y *Trivellino*, de la *Commedia dell'Arte* italiana que, durante el siglo XVII pasó a Francia. Aunque, en su versión italiana original, *Pierotto* era alegre y un hábil bailarín, la versión francesa del personaje es la que ha acabado prevaleciendo. Es un payaso triste o melancólico, rechazado siempre por la bella *Colombine*, aunque amado por *Micheline*, enamorado también de la luna, que se viste y se maquilla totalmente de blanco y lleva una gran gorguera. Hay famosos cuadros de Cézanne, Renoir y de Juan Gris que han inmortalizado su figura y su patetismo. Además de en la pintura y la escultura, el éxito de este personaje entre artistas e intelectuales del siglo XX lo subrayan obras como el *Pierrot Lunaire* de Arnold Schoenberg (pieza musical sobre 21 poemas de Albert Giraud) y la película de Godard *Pierrot el loco*. [*N. del T.*]

Capítulo segundo

La liberación del ridículo

21. Cabeza hueca

La definición de payaso sigue en blanco en nuestro diccionario. Has podido ver lo que no es, pero no sabes lo que es. Lo cual no quiere decir que su figura aparezca ante nosotros con contornos difuminados — como el "sueño de una sombra".[14] Destaca con tanta nitidez como un hombre entre las fauces de un cocodrilo. Precisamente por esa nitidez, sigues en la incertidumbre. ¿Por qué ese hombre es triturado por el cocodrilo con tanta facilidad? ¿Para qué le ha servido cotizar tanto tiempo a la Seguridad Social? En resumen, ¿qué es el hombre? Lo vemos y no creemos en él. Lo somos sin conocerlo.

Lo propio del hombre, en tanto que hombre, es poder ser un memo, un zopenco, una peonía o un pingüino, una estrella o un agujero negro... Reconócelo: siempre has sentido lo humano en ti como ese lugar vacante que puede ser ocupado por cualquier cosa. Para algunos, será el garbanzo; para otros, Colombine; para otros, el boxeo tailandés, los negocios financieros o la Biblioteca de la Pléiade. Todo puede encontrar alojamiento en la cavidad infinita de nuestro cráneo. Se equivocan los que pretenden que dentro de ella sólo hay un cerebro. Cuando cierras los ojos, ¿lo que ves es un cerebro? Más bien, será la torre Eiffel, los muslos de una bailarina o un paseo en bicicleta entre Dieppe y Varangeville. Lo experimentas a cada instante: bajo tu frente, más que una salsa blanca, lo que hay es una sutil pasta de modelar en la que todo reinventa su forma.

Te has dado cuenta de todo eso ante la jaula del orangután. Tenía pinta, él, de hombre si tacha, de una especie de sabio tibetano, tranquilo, seguro de sí mismo, sin dudas sobre su ascendencia ni sobre el papel que le corresponde. Vuestras miradas se cruzaron y, de los dos, tú fuiste el más desconcertado. De tal manera dejaste de saber lo que eras, que, insensiblemente, te pusiste a adoptar sus posturas, a alargar tus brazos, a envidiar el giro de sus hombros y sus ojos lejanos, casi pensativos. Y, de repente, comprendiste: el único privilegio que tenías tú, entre los primates, era tu asombro. ¿Eres más razonable? ¿Más libre? ¿Más espiritual que el orangután? Debates de filósofos. De lo que no podrías dudar es de que tu cabeza está más hueca.

22. Retrato del hombre como "trans"

Si nunca se te ha ocurrido la idea de cambiar de sexo es porque eso te impediría experimentar alteraciones más profundas. Como cambiar de ideas, por ejemplo, o cambiar de punto de vista.

El hombre que piensa el leopardo con atención lo acoge mejor que el que se tatúa sus

manchas por todo el cuerpo. Su piel sigue siendo una página en blanco, pero así no cesa de ofrecerse a innumerables y delebles calcomanías. Elige con mucha más libertad vestirse de pantera, porque siempre podrá disfrazarse de cierva. En cuanto a cambiar de sexo, sería, con mucho, seguir siendo el mismo. Porque tu sexo, tal como se te ha dado, no es lo que te identifica, sino el dedo incontrolable que te indica siempre al otro.

Cambiarlo nunca te parecerá lo suficientemente "trans". Hay que mirar más lejos. Abarcar más. La sexualidad de la medusa te interesa también, y la de la orquídea abejorro, y la de la tetera inglesa...[15] Te acostarías a gusto con un árbol — en posición vertical — o con un cumulonimbo — sobre un colchón de viento. Y, con total seguridad, si hubiera que concebir el matrimonio con más amplitud de miras, el desafío sería hacer que se reconociera oficialmente tu alianza con el principio de todas las cosas — la unión teosexual.

23. El problema del compromiso

Muchos te invitan a tomar partido. Pero, ¿cómo elegir? ¿Por qué grupo te decides con esa disposición a abrazar todas las causas y a unirte a todos los bandos? Te gustaría no decepcionar a nadie, obedecer a todos, responder a sus requerimientos contradictorios, adherirte a las formaciones de izquierda y derecha, sin olvidar el extremista centro, repartirte entre los cien segmentos, trocearte en todos los frentes. Tu zancada tropieza en todos los bordillos.[16] Corres tras todas las liebres, y son tus piernas las que acaban huyendo una de otra.

Tu celo a todos los niveles hace de ti, por lo tanto, un bobo. Pero el bobo tiene su gracia. Es una carga para los inquietos. En el momento en que suenan las sirenas de la movilización general, él recuerda las virtudes de la inmovilidad. Cuando todos toman partido sin usar la cabeza, él te deja con la cabeza a pájaros, los pies clavados y defiende, a tu pesar, lo más fundamental — no la toma de partido, sino la liberación de lo usual. Además, tú supondrás una carga tan pesada que, hasta los más clientelistas, los más proselitistas, te suplicarán que los dejes libres.

24. Suspensión

El acto más significativo del payaso es la suspensión. No la de los escépticos que transforman todo en duda y pretenden renunciar al juicio. Sino la de los ingenuos, a los que todo los golpea en pleno rostro y perciben en la palabra más banal — "buenos días", "adiós", "pásame la sal"... — un misterio inagotable.

La suspensión es ese momento en el que, mientras va directo a toparse ineluctablemente contra el muro, el payaso levanta la nariz del manillar y mira al público. Exhibe entonces esa fisonomía indescriptible, incapaz de fijar la expresión. Un rostro perdido, que ríe y llora a la vez, que pide piedad mientras grita "¡mierda!"... Una

facha sin fachada, suspendida, por tanto, liberada de lo usual, sin saber ya si poner buena o mala cara.

Como puedes imaginar, no comprometerte con algo no es igual que descomprometerte (lo mismo que no engañarte no es desengañarte). Quizá sea eso lo que más te compromete, lo que te compromete hasta la negación, hasta la duda, hasta la incertidumbre.

25. La reculada y el ridículo

Un análisis un poco más concienzudo nos lleva a la siguiente observación: las dos columnas — las dos simas — de la liberación de lo usual son la reculada y el ridículo. La primera surge de la madurez de tu inteligencia; el segundo, de la miseria de tu voluntad.

Por una parte, reculas porque, aun siendo un experto en finanzas internacionales, sigues siendo un hombre para quien la vida es un enigma. Por otra, eres ridículo porque, aunque te interpela mucho la cuestión de la energía nuclear, tus deseos te conducen a buscar una cerveza muy fresquita.

Ya hemos dicho que el hueco de tu cráneo es muy vasto, pero, por grandes que sean tus ideas, tu vejiga es muy pequeña. En pleno sermón, ya no puedes seguir ocultando que las arrugas de tu frente deben su prestancia, más que a la hondura espiritual, a una necesidad acuciante. Una vez acabas de plantear las grandes preguntas: "¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?", te pones a preguntar dónde está el cuarto de baño.

26. La vergüenza de la evolución

Te sentirás abrumado por ser una clara negación de la evolución de las especies. Una insignificante mosca está más adaptada que tú. Un paramecio está más adaptado que tú. Cualquier chivo de nada te vencería en la lucha por la supervivencia. El único instinto que tienes es el de la inutilidad. Desechado en todas las selecciones... El mundo no cesa de sorprenderte y jamás llegará a ser tu medio — o, simplemente, tu entorno. Así es tu retrato, siempre incompleto: un albatros sin alas, pero que no por ello camina mejor; un pez al que el agua siempre paraliza de miedo...

Bastó una casualidad y aquel mono que hasta hacía un momento estaba tan tranquilo en su árbol, de repente, quedó asombrado por la urdimbre de las ramas. Se puso a pensar en el árbol y desde entonces olvidó cómo trepar a él. Después, abiertas bajo sus ojos como dos abanicos, encontró sus propias manos de los miembros superiores tan extraordinarias e inaprensibles que perdió el uso de las otras dos, más torpes y convertidas en pies. Pero estos, cambiando su pulgar por un gran dedo gordo le confirieron la ventaja de mantenerse en pie, para poder ver de lejos el tsunami que se abate sobre él, el rebaño de ñus que se acerca al galope o el pelotón de ejecución.

Así que el autor de monadas desciende del mono. Había adquirido de un solo golpe

la reculada y el ridículo. De modo que sus congéneres, que siempre le habían atribuido la reputación de adaptados, lo excluyeron del orden de los simios: desde entonces se le prohibió disfrutar de la vida entre los chimpancés o reconocer la clara señal de las nalgas rojas de las hembras de los cercopitecos — sería condenado a inventar el trabajo asalariado y la página de citas.

27. Disfuncionario

¿Cómo asumir una función en el porvenir? La reculada te sitúa más allá; el ridículo, por debajo. Cuando reculas, te apartas de la funcionalidad debido al asombro; el ridículo te la hace imposible a causa de la disfunción. ¿El general ordena lanzarse al asalto? Tu reculada te hace pensar que el azar podría haberte hecho nacer en el campamento de enfrente, y te preguntas si no serías realmente tú el que te dispara ahora, y así serías tu propio enemigo... Pero también tenemos el ridículo: era un ataque sorpresa, con una aproximación furtiva y, al iniciar tu reculada, diste un gritito de sorpresa, precisamente, que hizo que, a pesar de ti, dieran la alerta, simplemente porque ese gritito se te escapó como una tosecilla, y has visto como, a tu alrededor, tus hermanos caían uno tras otro...

Siempre desarmado, por consiguiente, a veces porque tu contemplación te hace tener mucha cara, a veces porque te faltan tus miembros. Tu visión del mundo oscila entre lo nunca visto y la tierra en los ojos. Debido a que reculas o a que haces el ridículo, porque cantas o porque caes, a cada momento estás con "el culo al aire", por así decir, liberado de tu carga, agobiado por el peso, fuera de circulación.

Aunque contrarios, recular y hacer el ridículo van de la mano o chocan entre sí. El ejemplo de Tales basta para demostrarlo. Iba contemplando los astros y cayó en un agujero. Su criada estalló en carcajadas: "¡Dice conocer lo que hay en cielo e ignora lo que hay bajo sus pies!" Se dice que este es el comienzo de la filosofía. El comienzo de las payasadas. Siempre que se recula hay un precipicio detrás. El ridículo siempre te pone ante el misterio de una realeza pedida.

28. Por un manifiesto de los avergonzados

Haberte liberado (de ti mismo) es lo que permitirá (a los demás) liberarse de ti. Tú hubieras preferido, con mucho, indignarte con ellos, trabajar a favor de sus grandes luchas, comprometerte a fondo en nombre del Partido, y de la Party, por el lumpenempresariado, por la igualdad de las malas rachas, por el enfriamiento climático... Pero el único manifiesto que tú podrías firmar es el de tu vergüenza. Ya te supone un combate diario — el de levantarte — la revolución del sol. A los que te urgen a responder a la pregunta: "¿Qué hacer?", tú les pides el tiempo preciso para reflexionar sobre la cuestión: "¿Qué es hacer?". Y a los que te dicen lo que hay que hacer, los quieres obedecer con tanta premura que no das una a derechas.

Te lamentas más de tener unas manos muy torpes que de tener unas ideas tan pueriles. Tu vergüenza no hace más que crecer. Acabará creciendo desmesuradamente.

Cuanto más te comprometas, más culpable te sentirás de no comprometerte de una manera más eficaz, más útil...

Al final, lo único que sabrás decir es “gracias” — y “perdón”.

29. Agravar más el problema

En el próximo capítulo, te pondrás tu nariz roja y ¿quién sabe?, quizá ya no te puedas echar atrás. En el próximo capítulo, hablaré de ti como de un payaso consumado, que ya no comprende lo que afirman de él. Es la última advertencia. Puede que hasta ahora creyeras en la posibilidad de una payasoterapia. Veías a mucha gente ir corriendo a hacer cursos, sesiones y seminarios con payasos, como el que va a hacer una cura de aguas termales aparte de los masajes psicológicos, a veces incluso como el que se va de ejercicios espirituales.

Sobre la espalda del payaso, hay quienes pretenden levantar su autoestima y quienes quieren refugiarse en la insignificancia. Pero, tanto unos como otros, los que quieren sacar pecho y los que quieren vegetar con tranquilidad, cometen un error. El payaso no es terapéutico: es apocalíptico. No resuelve el problema: lo agrava.

Si te cura de algo, será de esa estúpida pretensión de las soluciones definitivas. Y no digas: “Corta en dos un pelo en el aire”. No corta en dos los pelos. Va por ahí a pelo, que es diferente. Te llevará a aquel sentimiento primigenio tras la caída: a la vergüenza de estar completamente desnudo... Ya no sabrás dónde meterte, pero precisamente eso demostrará que escapas a todas las circunstancias. Y quizás ese será tu único prodigio: dejarás de avergonzarte de estar avergonzado, dejarás de temer tener miedo... Todo en una suspensión luminosa, porque te hará que veas tu miseria y la nuestra, levantarás tu cara de desconcierto y se convertirá en ofrenda.

14 En las *Píticas* (VIII, 95-97), el poeta griego Píndaro, tan citado por Nietzsche, dice: “¡Seres de un día! ¿Qué es uno? ¡Sueño de una sombra es el hombre!”. [*N. del T.*]

15 La sexualidad de las medusas o la de las teteras inglesas pueden ser menos interesantes y más familiares para el lector. En cuanto a la “orquídea abejorro”, su nombre científico es *Ophrys bombyliflora*. Sus pequeñas flores son únicas, no solo por su belleza y su color, sino también porque su labelo imita a un abejorro, atrayendo así y embaucando al agente polinizador adecuado. Además, la flor produce la fragancia de la hembra del insecto en celo. Estas feromonas falsas hacen que el insecto se acerque a investigar. Esto ocurre precisamente en el periodo en el que los machos están en celo y las hembras no han copulado aún. El insecto está tan excitado que empieza a copular con la flor. El polen se adhiere a la cabeza o al abdomen del insecto. Los filamentos de los granos de polen cambian de posición durante el transporte, de tal manera que al pararse en otra flor puedan entrar al estigma. Sin esta sofisticación no habría nuevas orquídeas abejorro. [*N. del T.*]

16 El término francés *bord*, que emplea aquí Hadjadj, entre muchas otras acepciones, puede referirse al “bordillo” de una acera o también (*bord politique*) a una facción política. [*N. del T.*]

Capítulo tercero

Origen y alcance de la nariz roja

30. Napias de fuego

El payaso lleva una nariz roja. Ese es el signo de su seriedad. La misma clase de seriedad que la del faro que señala el lugar de los posibles naufragios.

Cuentan que Diógenes se paseaba por las calles, incluso a mediodía, con un farol. A quien le preguntaba qué hacía de tal guisa, le respondía: "Busco un hombre". Pues bien, resulta que ese farol lo llevas tú ahora en medio de la cara, y la búsqueda del hombre se prolonga sin fin.

Cuentan que, en Pentecostés, descendieron sobre los apóstoles unas lenguas de fuego y que se pusieron a balbucear de forma sobrenatural. A quienes los tomaban por borrachos, les replicaban: "Es la profecía de los últimos días". Ahora bien, resulta que una de aquellas lenguas se ha pegado a tu nariz, y así tu balbuceo se hace infinito.

31. Monólogo de un Cyrano sin penacho

Pero hay que responder a la cuestión de un modo más científico. ¿De dónde te viene esa nariz? De la bebida, no: tú no aguantas el alcohol, el agua sola basta para emborracharte. Quizás, sobre todo, de tus innumerables caídas de bruces...

Quizá de todos las portazos que te han dado en la cara

O bien de una avispa, que la tomó por una amenaza, y después de algunas abejas, que la tomaron por una flor

O bien de esa manzana mordida, aunque prohibida, que por penitencia te habrían atornillado ahí

O de ese rubor que te sube con frecuencia a las mejillas, que ha cristalizado y ha fijado su morada en su mediana

O de tu corazón, que siempre has tenido en un puño y que ahora está colocado justamente bajo tus ojos bizcos

O de la lámpara de un cuarto oscuro en un laboratorio de fotografía tradicional, para así revelar el retrato de cada transeúnte — pero todas las tomas están movidas

De un tercer ojo de vista muy aguda, que ha caído desde la frente a tu bigote, pero afectado de tal conjuntivitis que su límpida penetración no es más que un lejano, muy lejano, recuerdo

De tu ambición de llegar a ser torero, pero como no tenías las aptitudes necesarias, a modo de revancha, te has puesto esa pequeña muleta para atraer sobre ti la ira de todos

los toros

Porque, frente a ti, frente a todos tus esfuerzos por acabar siendo amigo nuestro, nuestros ojos se inyectan en sangre y lo vemos todo rojo

De tu gran amor por los tomates

De tu adhesión al comunismo, hasta tal punto de hacer de él tu propiedad privada

De la guinda sobre el pastel de tu jeta

De la baliza que señala que estás ahí

De la púrpura real reducida al forro de los...

De haberte comido a la Caperucita Roja y creer que has hecho desaparecer todas las pistas

Por imitación de las cerillas, convencido de que al frotarte con los demás se encenderá la llama

Por imitación de las luces del semáforo, a fin de que la avalancha de la fiebre del oro señale una parada definitiva

Por imitación del chivato del nivel de combustible (para la existencia), señalando que falta poco para que el depósito quede vacío

O de la bengala de auxilio lanzada constantemente para advertir de la inminencia de tu asfixia

O de la boya lejana de la playa que marca el límite más allá del cual es fácil ahogarse

O de una bola de abeto navideño permanente, que canta la Navidad en agosto — pero el árbol cortado eres tú

O de aquella pelota que tenías de niño y que todavía sigues buscando

O de una aglomeración de tu propia sangre que se ha perdido en su camino hacia tus cuerpos cavernosos y que manifiesta a todos, a pesar de tu pudor, la turgencia de tu deseo

O de esa misma sangre que, frustrada por no poder salir a chorros como un géiser, intente abrirse por sí misma un camino hacia el martirio y no consigue llegar más que a las puertas del catarro

O — como hebreo impuntual — de una gran gota del mar Rojo que no has logrado atravesar

32. En mitad de la cara

¿Por qué la nariz? ¿Por qué no la mano, el ojo, la frente o el tobillo? ¿Por qué no otro órgano para dar la señal y señalarse?

Primera observación: la nariz se encuentra en mitad de la cara, lo mismo que el sexo, en mitad del cuerpo. Esta relación homotética dio ocasión a numerosas glosas. Hay quien ha pretendido hacer pronósticos genitales partiendo de la conformación nasal. Jamás se ha intentado el camino inverso, deducir de las partes bajas ciertas capacidades respiratorias. Tu bola roja desactiva ese género de conjeturas. ¿Qué íbamos a deducir de ella: virilidad extrema o completa impotencia? Más bien, la indocilidad de un miembro caprichoso, que nunca se somete enteramente a nuestra voluntad.

Como esa singularidad afecta al centro de tu rostro, se desborda sobre todo tu ser. Ha bastado una esfera de pequeño tamaño para que pierdas el control de la situación, la compostura, la dignidad — como si todo eso no importara gran cosa. Un punto escarlata, una mancha de salsa, te hacen parecer grotesco. ¿No será que lo grotesco ya estaba ahí, tan ligado a tu sustancia que sólo hacía falta ese ligero toque para hacerlo emerger?

Dicen que la nariz roja es la máscara más pequeña del mundo. Pero es algo más — o menos. Pongámosela al jefe del Estado, a la militante feminista o al gran muftí, y los pondremos al descubierto. Es una máscara que desenmascara. Echa abajo las convenciones mundanas. ¡Cuántos años para confeccionar con nuestros rasgos esa apariencia aceptable, esa mueca imponente, esa pantalla protectora: en un abrir y cerrar de ojos, la nariz roja hace caer todos esos postizos! Lo mismo que, en otros tiempos, el lunar falso servía para hacer que destacara la blancura de la tez, la nariz roja realza la desnudez de nuestras caras.

Hay que entreabrir incluso esa última máscara que se denomina "rostro". ¡Qué importantes son el rostro, la epifanía del rostro o los cuidados del rostro para el discurso ético y para el salón de estética! Pero, perdona que te lo diga, en tu caso, el rostro es mucho más parecido a la jeta y, en él, se contempla más la antipatía del misterio que su epifanía. Por el momento, no hay nada como ese edema — tu nariz roja — para levantar una esquina de la cortina del abismo. Y para comprobar tu vocación de saco de boxeo, de centro de la diana.

Dotados de una referencia como esa, ni siquiera los más torpes fallarán los golpes. Pero nunca habrán golpeado lo suficiente. Siempre los aventajarás en vulnerabilidad.

33. Bomba de aire

La nariz no sólo es el centro de la cara, también es el órgano de la respiración. A menudo obstruido por la rinitis o muy molesto con los hedores. ¿Por qué coronarla con esa bola roja? En primer lugar, para subrayar que tú, la cima del reino animal, dotado de libre albedrío, eres dependiente del aire, estás encadenado al aire, estás a merced de tu dosis de oxígeno. ¡Te privan del aire o lo contaminan y se acabó la autonomía! El coloso más rebelde está sometido a ese fluido gaseoso. El burgués más adinerado mendiga sin cesar una tacita de aire. ¿Por qué, entonces, ser tan altaneros? El mero hecho de pensar que nuestra autoestima depende de la tierra que pisamos, o sea, de los bosques, de las rocas, del suelo, de toda esa corteza inerte sin la cual toda nuestra edificación se vendría abajo, nos baja algo los humos. Pero darse cuenta de que, antes incluso que nuestro apoyo en el suelo, está nuestro apoyo en el aire, está ese auxilio de la nada, es algo que corta el resuello.

Por consiguiente, tú te sostienes, más que sobre tus piernas, sobre tus narices. Esos dos agujeros son tus apoyos más sólidos. ¿Cómo no recibir, con cada inspiración, una lección de humildad? Un disco rojo te clava el *memento mori* en mitad de la cara.

También te hace considerar la forma en que el aire circula dentro de ti. Lo tomas únicamente para devolverlo, sólo lo inspiras para expirarlo. En los agujeros de tu nariz y,

más ocasionalmente, en el de tus labios, se da un movimiento de flujo y reflujo, comparable al del mar o, utilizando una imagen menos corriente pero más exacta, al de una bomba de bicicleta que infla una rueda pinchada. Tu nariz, mediante la metonimia, te recuerda que tú no paras de recibir la vida sólo para volver a darla. Y lo que bombeas por ese canal es un mestizaje de bocanadas que ya han transitado por innumerables pechos, humanos y animales, renovado por árboles más viejos que tú y corrompido por las finas partículas de tus máquinas...

Pero tú no lo restituyes intacto. Aunque en una burbuja aislada acabarías asfixiado por tu propia respiración, tú no lo expulsas fuera solamente viciado. El aire resurge como aliento. Los tubos de tu nariz están conectados a tu boca pasando por tu espíritu y, de repente, en ese aerogenerador íntimo, se convierte en palabra, en significación o, incluso, en incoherencia... Antes de pasar por tu jeta, el gas no sabía que era gas. Ni siquiera sabía de su silencio. Nunca hubiera imaginado que llegaría a ser alegría bestial o grito de espanto. La nariz roja es la etiqueta de esta metamorfosis.

34. Olor de santidad

El órgano de la respiración es también el del olfato. Se trata del aspecto profético de la napia. Oler es presentir lo que no se toca, lo que no se ve, lo que no se oye; pero, de tal modo, que lo no aparente nos penetra en profundidad hasta llegar a los pliegues de nuestra memoria. Aun cuando la cosa de la que emana se hurta a nuestra vista e incluso a nuestra denominación, el perfume ya está en connivencia con nuestra alma. ¿Es jazmín o madreselva? ¿El cuerpo de Albertine o el té de la tía Léonie? ¿Qué es ese efluvio tan frágil y tan fuerte que nos transporta a la infancia y a los primeros amores? Con el olfato, el porvenir se hace atmosférico y el pasado nos frecuenta, lo ausente se hace interior.[17] Lo invisible entra en nosotros por órbitas sin ojos, lo inaudible nos murmura en orejas sin tímpanos, lo impalpable nos toca íntimamente de una manera aérea. Todo ello nos coloca en el camino de vuelta...

Tu nariz roja es la insignia de tu carácter olfativo. Porque no eres ni manual ni intelectual. Eres nasal. No te manejas bien con las cosas; tampoco las analizas mucho mejor; pero percibes tras de ellas la emanación de sus orígenes, el aroma de un banquete inaccesible. Serás un perro de caza que, con la pieza entre las patas, seguirás venteando con tu hocico en alto, buscando la razón de ser de la becada.

El olfato es lo propio del gran detective. Pero el tuyo te otorga una sagacidad que supera la de Sherlock Holmes. En el teatro del crimen, tú te fijas en detalles que no son indicios, en evidencias que no son pruebas — descubres elementos que no prueban nada. La víctima tenía un lunar en el meñique izquierdo, llevaba calzoncillos de licra y no tuvo tiempo de acabar el pescado empanado de su congelador, lo que lleva infaliblemente a la conclusión de que el asesino no es un gran aficionado al pescado empanado. La toma de huellas atrae especialmente tu atención: ¿quién hubiera podido imaginar que el salvaje asesino llevara esos maravillosos dibujitos en la punta de sus dedos? Partiendo de ahí, deduces algo sobre su identidad que ningún fichero policial hubiera podido descubrir

jamás: el asesino debe ser obra de algún artista excepcional. Y Watson queda pasmado de verte tan elemental.

La investigación no se cierra nunca. Una brizna de hierba basta para reabrirla. Los demás quedan satisfechos con haber detenido al criminal. Tu olfato te pone sobre la pista del autor de su existencia, y de la tuya, siempre a la fuga.

35. Lo que se ofrece a la vista

La nariz no sólo remite al centro de la cabeza, al órgano de la respiración y al instrumento del olfato; también es el límite de la visión. Para designar la ceguera de alguien ante las cosas más evidentes, decimos: "No ve más allá de sus propias narices". De hecho, más acá de tus propias narices estás ciego. Sólo eres vidente más allá de ellas. Pero eres ciego precisamente a lo que de ti se ofrece en primer lugar a la vista de la concurrencia. Desde ese punto de vista (que es el de tu propia vista), tu rostro es, antes que para ti, para los demás. Ellos lo ven y tú no. Como si fueras el cornudo de tu propia presencia: ¡esa cara, que es la tuya, siempre te vuelve la espalda y se larga con el primero que llega! Es carne de tu carne, flor y nata de tu piel y, sin embargo, se zafa de ti, se exhibe a pesar de tu pudor, se ofrece sin tu autorización — y el extremo de tu nariz es el eje de esa eterna ofrenda (una vez más, la suspensión).

Lo recíproco no es menos cierto. Te asombras de que hasta la jeta que siempre espeta o el morro que es un engorro se entreguen a tus ojos sin percibirse a sí mismos, y acabas rebosando agradecimiento: "¿Para mí? ¿Para mí todas esas caras que se ocultan a aquellos que las llevan? ¿Para mí ese paisaje personal del que no disfruta la propia persona?". ¡Y no llegas a comprender por qué la gente disimula sus bajos vientres, todos tan parecidos, y se atreven por el contrario, a exhibir sus caras, que desvelan mucho más su intimidad! ¡Mejor que enfundarse unos calzoncillos, deberían calarse un pasamontañas!

Luego, tenemos a esas mujeres que conservan su rostro envuelto en un papel de regalo que sólo puede rasgar su marido. Pero tú te sientes más en deuda con las que pasan ante ti exhibiendo esa parte tan íntima, sobre todo, cuando ves sus esfuerzos por distraerte, por atraer tu atención hacia otras partes menos reveladoras, con minifaldas o escotes profundos, o con la astucia de un desnudo casi integral, que no es más que el efecto de un pudor último. Finalmente, te conmueve que el que te estrangula te presenta, a pesar de todo, como un amigo muy querido, su jeta crispada, que no teme exhibir ante ti en una postura tan vergonzosa, y deformada por las muecas del odio.

36. Los límites del vestido

La nariz roja es el atributo principal del payaso. A pesar de ello, él no debe olvidar dos accesorios esenciales de la parte más accidental de su vestuario. Quiero hablar acerca de sus zapatos y su sombrero. El pantalón demasiado largo, el chaleco demasiado pequeño, la chaqueta con las mangas descosidas, la enorme margarita en el ojal — todo ello en

unos tonos que gritan y maldicen — te distraerían llevándote a centrarte en la panoplia, cuando de lo que se trata — repitámoslo — es de poner al desnudo. Zapatos y sombrero son como la nariz: te desvelan más de lo que disfrazan. Llevados a las extremidades, no te visten, te limitan. Uno por arriba y los otros por debajo, definen un marco, establecen una medida, señalan tus límites superior e inferior. Límites generalmente destrozados o deformes.

Para algunos, estos aditamentos en el vestido son protecciones contra la lluvia, el frío o las piedras del camino. Pero no para ti. Tus zapatos para protegerte del suelo pierden sus suelas. Tu cubre-cabezas ha conocido el abre-latas. Arriba, un bombín que no bombea, un sombrero de copa vacía, un gorro de hilo deshilachado, un tocado para un tío tocado, una chistera sobre un chiste, un sombrero gondolero que zozobra, un panamá agujereado por su canal, una mitra ametrallada, un borsalino de borde abolido, un schtreimel de garduña viva y carnívora... Abajo, unos mocasines para casa, unos zuecos para gente azacanada, unos borceguíes que bostezan, unas babuchas con la baba caída, unas zapatillas más agujereadas que el emmental, unos botines que ya no llegan ni a chanclas, unos náuticos que se hunden, unos ortopédicos para pies torcidos, unas chinelas desahuciadas por los chinos, unas pantuflas de gamuza de gama baja...[18]

Esos empeines descosidos descalzan el abanico de los dedos de tus pies. Ese cilindro sin tapa sirve para desguarnecerte. Pareces dejado por ambos extremos, atónito de los pies a la cabeza, añadiendo a la tuya otras tres bocas abiertas de par en par.

17 Por supuesto, tanto Albertine como la tía Léonie son personajes de *A la busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. Sobre la imposibilidad de "poseer" a Albertine, su primer amor, gira toda esta inmensa y maravillosa novela. Estos dos personajes, y todos los demás, junto con los paisajes de Montjouvain serán evocados por un sabor, el de la célebre magdalena. Es lógico que Hadjadj haga aquí esa alusión al hablar del olfato. Además, en su libro *El paraíso en la puerta* (Nuevo Inicio, Granada, 2012), el autor hace una magnífica exégesis de la novela de Proust en el Intermedio III, titulado *Proust y la imposibilidad de abrazar a Albertine*. [*N. del T.*]

18 Está claro que Hadjadj hace aquí uno de sus alardes sobre el conocimientos del léxico francés y de sus numerosas homofonías, tanto en la enumeración de clases de sombreros como en la de tipos de calzados. El traductor se ha tomado aquí ciertas libertades con los significados literales, procurando ser más fiel a la música que a la letra del original, sobre todo porque los significados literales eran aquí lo menos significativo del original. De los términos usados en la traducción, puede que los más extraños sean "schtreimel" o "shtreimel", que es el gran sombrero cilíndrico de piel de zorro o garduña usado por los judíos ortodoxos, el "borsalino", que es el famoso sombrero de fieltro a lo Humphrey Bogart, fabricado por la familia homónima italiana o el "sombrero gondolero" que es la auténtica denominación castellana del *canotier,* el sombrero de paja que universalizó el gran Maurice Chevalier. [*N. del T.*]

Capítulo cuarto

Sobre la obediencia entre el Maestro de Ceremonias y el Payaso Blanco

37. Hijo de...

La nariz roja está en su sitio. Ya has nacido. A partir de ahora siempre serás ingenuo. Permanecerás en el estado de recién nacido. El estupor de estar en el mundo siempre superará en ti a la angustia de tener que dejarlo. ¿Acaso no has salido de la nada por una sucesión de circunstancias que muy bien podrían no haber sucedido (la nariz de Cleopatra, el bautismo de Clodoveo, el encuentro de tus padres en el café de la Plaza del Ayuntamiento, aquella tarde en que la tele se averió, la victoria de un determinado espermatozoide...)? Te parece increíble que tu presencia sea tan anecdótica. Y, puesto que ha surgido de tantos accidentes, ¿cómo es que los accidentes te parecen obstáculos en lugar de oportunidades?

Quien habla de la filiación humana habla de la gloria de lo accidental. Tu nariz es el cordón todavía sangrante: fue cortado solamente para que te pudieras volver a conectar con cualquier cosa, y para que cualquiera lo pudiera volver a cortar. Hijo... para resucitar al padre... para multiplicarlo... para gritar "mamá" ante la locomotora que se te echa encima.

La filiación está presente de tal forma en tu naturaleza que determina tu relación con todas las cosas. Tú te recibes como algo nuevo desde cada cosa que miras, simplemente porque está ahí. Tú te dejas engendrar por lo que te sobreviene, que, por ser inexplicable, te demuestra su ascendencia. Al pasearte por el parque, te conviertes en hijo de esa niña del lazo rosa, en hijo de ese bebé en su carrito azul, en hijo de ese retrasado que nunca ha hablado más que babeando. Cuando caminas por esa acera cercana a la plaza Pigalle, eres hijo de todas las putas. Estás dispuesto incluso a reconocer como madre a ese viejo travesti cuya barba rebrota alrededor del pintalabios rojo.

38. Un hombre que cumple con su deber

Tradicionalmente, en el circo, tu partida de nacimiento te sitúa junto al Maestro de Ceremonias y al Payaso Blanco — que es un falso payaso, como el Pierrot. Pareces el fruto de esos dos hombres. (¿Dónde está tu mamá? ¿Se trata de una terrible Maestra de Ceremonias que lleva los pantalones y maneja el látigo? ¿Es una mujer muy pobre y muy tímida, quizás la Desgracia en persona — sin la cual, te recuerdo, no hay gracia? Nadie lo sabe). Según una teoría recibida por la mayoría de los exégetas circenses, el Payaso Blanco simboliza el Saber y el Maestro de Ceremonias el Poder. Al lado del

Saber, tú, el Augusto, el verdadero payaso, eres el ignorante. Al lado del Poder, tú eres el factótum. El Maestro te ordena: "¡Haz esto!". Blanco te explica cómo hacerlo. Y tú escuchas, pero eres duro de cerviz y tienes las rodillas oxidadas.

Aquí podríamos caer en cierta confusión y creer que, ante estos dos personajes, tú encarnas al hijo rebelde, escurridizo como mínimo, enfrentado a las dos grandes instituciones: el Estado, representado por el Maestro de Ceremonias, y la Escuela, representada por el Payaso Blanco. Frente al primero, el Augusto sería el anarquista irreductible; frente a la segunda, el mal estudiante inveterado. Así denunciaría la tiranía del Estado y la pedantería de la Escuela. Pero ocurre todo lo contrario. En esta trinidad del círculo de serrín — el Maestro, Blanco y Augusto —, ante el Poder y el Saber, tú eres el Deber. Tienes sed de aprender y de acatar. Nada deseas más que ser el hijo obediente, el servidor abnegado, el número uno de la clase — ¡incluso el número cero de la clase! Hasta la pedantería más vulgar logra seducirte. Y la tiranía se abate sobre ti con la misma evidencia que la chispa sobre el pararrayos. Como payaso que eres, no encuentras en ti ningún motivo para no darle cabida. Tú te consideras como menos que nada: ¿cómo no irías a sentirte honrado de ser explotado, tratado como un colegial, como un esclavo o incluso como una cosa?

No lo dudas ni por un instante: te hace falta comprender y te hace falta obedecer. Y si no lo consigues, si el Maestro de Ceremonias ya no puede más y el Payaso Blanco desiste, no es porque tú te evadas, sino porque no opones ninguna, absolutamente ninguna, resistencia.

39. Ser un instrumento

Te hubiera gustado ser, en la mano del Maestro de Ceremonias, el taladro-atornillador-destornillador de perfecta ergonomía. Bajo la palabra de Blanco, hubieras querido ser el cuaderno en el que se imprime la ciencia. Dicen que no está bien instrumentalizar a los demás, y eso te duele, porque tú preferirías ser un instrumento. La herramienta nunca ha dejado de ser un modelo para ti. Siempre te ha ofrecido una doble lección de humildad y de eficacia: total conformidad con el plan de su constructor y docilidad en los dedos de su usuario. El martillo, por ejemplo. ¡Siempre dispuesto a hundir los clavos hasta el fondo! ¡Si fueras un simple martillo, adaptable al puño de cualquiera, imperceptible en tu obediencia! ¡Si estuvieras tan disponible como la picadora! ¡Si fueras tan receptivo como la cantimplora! ¡Tan servicial como la bandeja!

Esos ideales son inaccesibles para ti. No se trata de que tengas un mango demasiado resbaladizo: se adapta demasiado bien, hasta pegarse a la palma de la mano. No se trata de que tus páginas no acepten la tinta: la absorben demasiado, hasta las tachaduras, hasta los borrones... Le suplicas al Maestro de Ceremonias que te utilice más. Le reclamas al Payaso Blanco más explicaciones. Pero, a fuerza de repetirle: "¡Más!, el Poderoso se cansa. Y, a fuerza de preguntarle: "¿Por qué?", el Sabio acaba haciéndose un lío con lo inexplicable.

40. Orden desconcertante

Por tanto, los que te creen anticonformista se equivocan. El payaso siempre busca la conformidad más exacta. Es el mejor amigo de la orden. Eso es lo que le hace sembrar la discordia. Como le fascina la orden más elemental, le cuesta trabajo seguir las órdenes secundarias del Maestro de Ceremonias o del Payaso Blanco.

Tú oyes: "Pásame la sal", y, de repente, tu mano queda suspendida en su trayectoria, y te preguntas cómo es que ese sonido tiene sentido, cómo la palabra ha podido trasladar la sal a tu espíritu. Después oyes: "2 + 2 = 4", y ya la igualdad se te hace desproporcionada porque no comprendes cómo esa evidencia intelectual ha podido surgir de ese cuerpo con sus treinta y dos dientes (de los que ocho están empastados), con sus seis litros de sangre, sus quince mil litros de aire inspirados cada día, sus decenas de millares de células y sus cien veces más bacterias que no dejan de pulular vivas dentro de él, totalmente ignorantes de las matemáticas...

Todas los mandamientos te remiten, en primer lugar, a ese mandato inefable que te lleva a la conformidad. Ninguna explicación te explica lo que hace posible las explicaciones. Ahora bien, y tú lo notas perfectamente, en tu preocupación por la conformidad más exacta, tu obediencia debe privilegiar esa orden primera, evidente e inefable que no puede cumplirse, por lo tanto, más que en el desconcierto.

41. La sombra de la boca[19]

Te has dado cuenta, además, de que la misma boca que da las órdenes es la que engulle la carne. Francamente, si esa boca estuviera dedicada íntegramente a la palabra, te sería fácil responderle. Pero no es así, tú te has percatado de que sus discursos más abstractos no salen de ella si antes no ha entrado el café, las pastas y muchas otras cosas que no serías capaz de inventariar porque nunca han reaparecido. ¿No es algo increíble? ¡La lengua que enseña no es otra distinta que la que saliva, y los dientes que sirven para articular la palabra sirven también para desmenuzar un sándwich club![20]

Al Maestro de Ceremonias le gusta de forma especial el sándwich club. Desde el momento en que se lo come, ¿a dónde han ido todos esos trozos de pechuga de pollo, esos huevos duros, ese pan de molde, esas hojas de lechuga y esas rodajas de tomate? ¡Se han transformado en él!... Está claro que queda ese remanente que se deposita en el cuarto de baño; pero es como la piel muerta de una muda fabulosa. Todo lo que entra y se queda en el Maestro de Ceremonias se transforma en el Maestro de Ceremonias. En los cuentos de hadas, el lobo se traga de un solo bocado a Caperucita Roja o a los seis chivos y, así, continúan vivos, intactos en su vientre, hasta que, provistos de unas grandes tijeras, mamá cabra o el cazador los extraen de él. Ahora bien, en nuestro caso, en el vientre del Maestro de Ceremonias, mamá cabra no hubiera encontrado nunca a su chivos, y Caperucita Roja, en el momento necesario, hubiera desaparecido completamente en el torrente rojo de su sangre. ¿Con qué alambiques? ¡Se trata de un

orden muy ordinario más maravilloso que los secretos de la alquimia! Porque la alquimia pretende transformar el plomo en oro, mientras que la digestión hace algo mucho más sorprendente: ¡transforma al pobre pollo en serie en un hombre altivo que pretende ostentar el mando!

No te asombras de que nadie se asombre de ello. No comprendes que, a la hora de la digestión, tanto el Maestro de Ceremonias como el Payaso Blanco puedan adormilarse en lugar de quedar cautivados, hechizados, por este maravilloso truco de magia. Es cierto que tú también te adormilas en parecidas circunstancias — y, sin duda, con más frecuencia que a ellos —, pero tu boca, cuando intenta dar una orden o explicar algo, no consigue librarse de la duda relativa a su legitimidad (puede que a causa de un reflujo gástrico). Y tus frases se descomponen, acaban en un lamentable tartamudeo.

19 "Ce que dit la bouche d'ombre" es el título de un poema de Victor Hugo *(Les contemplations*, présentation par Pierre Laforgue, Flammarion, Paris, 2008, première éd. 1995) firmado en 1855 en la isla de Jersey, al que, indudablemente se refiere aquí Hadjadj, cambiando el orden de las palabras. De hecho, Antonio Martínez Sarrión ha editado recientemente en Visor (2015) una selección bilingüe de Hugo titulada *Lo que dice la boca de sombra y otros* poemas. J. Attali, en un párrafo de su estudio *Chemins de sagesse. Traité du laberinth* (1966), que titula "Conseils pour un voyageur" (p. 159), identifica perfectamente cuál es esa "boca de sombra" de la que habla Hugo y a la que alude Hadjadj, y cuál es su procedencia: "Ante la entrada, boca de sombra, el profano, el ignorante no ve más que un túnel sembrado de trampas, sin escapatoria..." Si el lector tiene paciencia, él mismo comprobará que se habla aquí del *Infierno* de Dante. [*N. del T.*]

20 El "sándwich club" es, habitualmente, el que se sirve con doble piso y cortado en cuatro partes, así que para elaborarlo hacen falta tres rebanadas de pan tostado, en lugar de las dos usuales. Sus ingredientes tradicionales son carne de pavo, panceta, queso en rebanadas, lechuga bien picada, tomate en rodajas y mayonesa. Al parecer, el sándwich club apareció por primera vez en 1894 en el famoso Saratoga Club-House, en Saratoga Springs, en Nueva York. El sándwich original estaba hecho con rebanadas de pollo y se inspiraba en los vagones de doble cabina de los trenes de principios del siglo XX. Por supuesto, hay otras recetas, como veremos en el texto inmediatamente, y otras explicaciones acerca del origen de este "sándwich" de dos pisos, tanto americanas como europeas. [*N. del T.*]

Capítulo quinto

Contra el asombro

42. El síntoma de nuestro hastío

No, tú no harás elogio alguno del asombro. No porque desprecies los libros de desarrollo personal. Es que quien vive un amor no hace de él un tratado de psicología; quien acaba de caerse de un caballo no inicia un discurso sobre el desasimiento. El que está asombrado por algo canta a aquello que lo asombra, no a su asombro y, sobre todo, no al asombro en general. Emocionado por cada amanecer, no se pone a posar. Subyugado por un cardo azul, no se mira el ombligo. Y si se lo mira, es únicamente para quedar aún más admirado por lo que hay más allá de él: descubre la cicatriz apenas creíble de una primera vida acuática en el vientre de una mujer — ¡él, por quien las mujeres apenas se interesan y que no sabe nadar!

No eres tú, Augusto, sino nosotros, que somos unos desgraciados, los que hablamos del "retorno al asombro". Nosotros recetamos: "Hay que asombrarse", y de esa forma damos curso al síntoma de nuestro hastío.[21] Ese imperativo no sólo demuestra que, en este momento, en nuestro estrado, entre nuestros papeles, dando esta conferencia titulada "Atrévase a asombrase", no nos estamos asombrando del entrecejo de una de las oyentes ni de la salamanquesa que sube por la pared del auditorio... Demuestra además que intentamos fabricar con voluntarismo los que debería pasarnos inopinadamente.

43. Sobre la cicada encicutada[22]

Objetarán algunos que, siendo humano, es imposible que no vuelvas un poco sobre tu propia experiencia, que no practiques de alguna manera la introspección. Razón de más para que no te conviertas en el apologista de un arrebato que acabará dando con tus huesos por tierra. Si la maravilla te impresiona, que no sea sin que primero hayas intentado protegerte de ella. Conoces bien su música, desde el momento en que te lleva del algodón al cactus y del gazapo al golpetazo. Los que dogmatizan sobre el asombro se callan, de ordinario, sobre lo que conlleva. Manejan hábiles ángulos muertos para ocultar a su audiencia las terribles consecuencias del entusiasmo.

Sin embargo, el payaso Sócrates sí que nos lo recuerda. Él, que admiraba a las cicadas, fue obligado a beber la cicuta. ¿De qué se había asombrado él, exactamente? Justamente, de que tuviésemos en la boca sin cesar las palabras "justo" y "bueno", sin asombrarnos demasiado de dicho uso, sin preguntarnos lo que tal cosa podría querer decir. Se asombró, se interrogó, preguntó a los demás y los demás no tardaron en pensar que aquello era muy malo.

Luego está ese augusto entre los augustos que decía: “Mirad los lirios del campo: el mismo Salomón, en su gloria, no vestía como ellos”...[23] Los príncipes de este mundo no le perdonaron un asombro tan rudimentario.

44. La ira del filántropo y de la joven belleza

Asombrado por el dibujo de la piel del leopardo, ¿cómo irías a defenderte de sus garras? Te fascina su retractilidad: te gustaría verlas en acción de cerca. te acercas, por tanto, y resulta que ya es demasiado tarde.

Te lo sugería cuando te distinguía del bufón. Tu asombro es más insoportable que cualquier crítica. Ese industrial filántropo, a medida que crece tu admiración por él, siente cómo lo invaden unas ganas insuperables de estrangularte, porque tú no lo admiras primordialmente por sus proezas emprendedoras o caritativas, sino por su cara, muy corriente, pero que cambia de expresión a cada instante sin motivo aparente, moldeada por una mano que no requiere en ningún caso de la fuerza de su puño. Y esa joven belleza, a medida que tú la ponderas, se va hundiendo en la depresión, porque tú no la celebras por el mérito inigualable de sus encantos, sino debido a esa mancha de nacimiento que tiene en el cuello. ¿Y qué pensar de ese intelectual, ansioso por verte abandonar el auditorio lo antes posible? Tú lo alabas, te bebes sus palabras, pero no por la sutileza de sus razonamientos, sino por el simple hecho de que habla, de que tiene una voz, y con su propio timbre. Si estuviera recitando la tabla de multiplicar por 1, estarías igualmente embelesado. ¿No será que se ensañan contigo porque eres amable y no cruel, fiel y no desleal, imbécil y no perverso? Con toda seguridad, porque nadie nos humilla más que quien se toma en serio nuestra presencia. Nos sugiere que esa presencia es más importante que nuestras ocupaciones. Y cuando hacemos alarde de nuestros activos, él se detiene en el enigma de nuestro ser — o en la forma particular de nuestra oreja. Ante ese asombro que desnuda, ¿cómo no experimentar el deseo de volver a vestirnos — despellejándote? ¿Cómo no iríamos a recolocarnos nuestra máscara — partiéndote la cara?

45. Asombrado por sus propios verdugos

Deslumbrado, al bajar de nuevo a la caverna, pasas por ciego. Movido por una intensa atención por cada uno, pareces ser agresivo con todos. El veredicto no tiene apelación: “sólo eres un payaso”, y tú lo escuchas con la más viva contrición.

Tú no te crees inocente. Tu asombro te hace culpable, lo sabes muy bien. Te hace inepto para la mayoría de los servicios, aun cuando lo único que quieres tú es servir. Frente a los demás, tú mismo te ves como un parásito, como una carga para la sociedad. Ese sentimiento de indignidad va de la mano, además, con tu capacidad de asombro: cualquier nadería te asombra como un don inmerecido porque tú te sientes indigno de todo. Y, como ese asombro ante lo más insignificante te hace aún más incapaz, paralizado por la alabanza, tú te sientes todavía más indigno.

Todo esto tiene, necesariamente, una salida fatal. Te cortaremos el cuello. Por equivocación, sin duda, o por alguna injusticia. Pero tú no vas a sacarnos de nuestro error. En vez de eso, te preguntarás si no seremos en realidad los ejecutores de una justicia más alta. Y cuando acabemos contigo y lo hagamos buscando hacerte todo el daño posible, seguirás pensando en ayudarnos, suplicándonos que paremos un momento para enseñarnos cómo hacerlo mejor. Lo pensarás, pero no te atreverás a hacerlo, no, no te atreverás, por temor a exasperarnos más. Te asombrarás, más bien, de que tu sangre no nos haya repugnado. Te asombrarás de que la hayamos encontrado digna, la sangre de uno que no tiene sangre en las venas, de ensuciar nuestras manos.

21 Como siempre, hay que leer entre líneas a Hadjadj. Está dando réplica aquí, de la manera que más le gusta, a Bertrand Vergely que, en 2010, publicó el libro de "desarrollo personal" — o "autoayuda" — *Retour à l'émerveillement* (coll. "Essais clés", Albin Michel, París; edición en bolsillo en 2017) exactamente la expresión que hemos traducido por "retorno al asombro". Vergely (1957) es profesor de filosofia a nivel preuniversitario y profesor de teología en el seminario ortodoxo de San Serge, en París. En esta obra, sostiene que el niño, al ir creciendo, pierde su capacidad de asombro al enfrentarse a las contradicciones de la existencia. Ya adulto, opta por el idealismo, "una manera de intelectualizar lo racional, reduciendo la realidad a un concepto", o bien por materialismo, "contrapié triste y trágico del idealismo, qui desmiente cualquier explicación intelectual", olvidando de esta forma una tercera vía, que constituye, según los clásicos, la base de la actitud filosófico: el asombro. [*N. del T.*]

22 La "cicada" es una denominación menos frecuente de la popular y veraniega "cigarra". Hemos optado por ese término porque, en el original francés, Hadjadj, incesante buscador de homofonías, contrapone *cigale* ("cigarra", que no "cigala") y *ciguë* ("cicuta"). [*N. del T.*]

23 Mt 6, 28-30.

Capítulo sexto

Cuatro ejercicios de gimnasia para payasos

46. ¿Un *fitness* de la inadaptación?

¿Es lícito ejercitarse para ser payaso? ¿Se puede recibir una clase magistral sobre una materia en la que se desmoronan los magisterios? ¿Hay un *fitness* de la inadaptación?

Por lo demás, ¿quién iba a querer cultivar una disposición que lo conduciría ineluctablemente del embelesamiento al matadero? Si la cosa depende de un entrenamiento, según todas las apariencias, el payaso practica el treno más que el entreno. Una buena zancadilla hace para él las veces de manual.

47. La verdadera gimnasia

Por consiguiente, tú no haces los ejercicios que siguen, sino que ellos te hacen a ti, sin que tú los hayas elegido. Lejos de encontrarte más musculoso, más flexible, más en forma, desarrollas con ellos tu impericia, de ellos sales menos rico, o más vulnerable.

Aquí no hay ninguna pesa de hierro, ninguna bicicleta estática. No porque tú desprecies unos accesorios tan saludables. Te parecen estupendos. Estupendo ese movimiento que se llama sentadilla, y que consiste en acuclillarse porque sí, sin necesidad de aliviarse. Estupendo ese plegado en dos en el que se intenta, con las piernas rectas, unir la punta de los dedos de las manos con la de los dedos de los pies, como un reencuentro de gente que ya no sabía que era de la misma familia. ¡Cuando entras a un gimnasio, te quedas pasmado viendo a todos esos Sísifos felices, levantando una y otra vez sin quejarse los mismos pesos y admirando en el espejo la vanidad de sus trabajos![24] ¿Y ese ciclismo que gira sobre sí mismo? ¿Hay algo más emblemático para quien, como tú, sabe que su vocación es pedalear en el vacío? ¿Y ese trozo de pasillo que se llama cinta rodante, todo a mayor gloria del *in situ?* ¿Y el remo estático? ¡Ah, el remo estático! ¡Con esas palas que no se sumergen en ningún río! ¡Ese esquife clavado al suelo, esa felicidad de ser un galeote!

Tus ejercicios tienen cierta analogía con estos. Retienen de ellos su núcleo duro: el esfuerzo inútil. Si contribuyen a algo, no es a inflar tus músculos o a hacerte esbelto, sino a acabar con tu encanto y a deshinchar tu globo. Digamos que no son para que te pongas como un mulo, sino para aprender a dejarte rapar como un burro. Una pequeña indicación etimológica: “gimnasia” proviene del griego *gymnos*, que quiere decir, “desnudo”.

48. Dormir

Ese es el primer ejercicio que te propones realizar. Puede que sea el más difícil. Su dificultad no tiene que ver con el ruido de las ratas en el techo ni con la picadura de los chinches en tus sábanas, sino con que el sueño no es fruto únicamente de tu voluntad y de que hay muchas cosas que hacer. Es fuerte la tentación del cumplimiento. No menos fuerte la idea de la competencia. Hay quienes retrasan mucho el momento de acostarse porque quieren adelantarse al vecino, enriquecerse un poco más, realizarse antes de perecer, conquistar el trono de donde serán rápidamente desalojados; otros, más ambiciosos aún, por deseo de hacer el bien a su vecino, se ponen en acción sin tregua para salvar al mundo. ¡Qué potente es esta tentación — salvar el mundo —, y qué fácilmente puede hacer insomne a una conciencia demasiado pura. Porque no es solamente al malvado al que le cuesta conciliar el sueño. También le cuesta al bueno — sobre todo a ti, tan sensible que no soportas ver matar una mosca. ¿Cómo irías tú a dormir mientras a algunas decenas de metros de tu habitación hay otro ser vivo que sufre sin encontrar consuelo? Probablemente, en el bloque de enfrente, hay una mujer a la que maltratan. O que piensa en ahorcarse. Un niño abre en la noche sus ojos espantados, precisamente ahí en esa esquina de la calle. O bien se muere de hambre en África. ¿Ibas tú a dormirte mientras ocurre todo eso, con una chocolatinas en el cajón de tu mesita de noche? Y, al mismo tiempo, si no duermes, ¿de dónde irías tú a sacar fuerzas para socorrer a toda esa gente? Haría falta más de un siglo de sueño para tener bastante energía como para ayudarles a todos.

Qué valentía hay que tener para dormir. Una valentía que sobrepasa todos tus esfuerzos. En efecto, esforzarse en dormir, darse la vuelta de un lado y luego del otro sobre la parrilla de la almohada, es fabricar el insomnio. Te encabezonas nerviosamente en calmar tus nervios, en agrandar tu preocupación por acabar con tus preocupaciones... Es imposible forzarla: la mano mágica de Morfeo te agarra siempre a tu pesar y transforma todos tus miembros en la humareda de los sueños. Para dejar que te atrape, has de adoptar la actitud de ese niño lo bastante indolente como para quedarse dormido sobre la alfombra del salón cuando la velada alcanza su punto culminante.

Aunque fueras un coloso, el sueño te transforma en lirón. Aunque fueras un águila, te transforma en un tronco. Cada día, en esos momentos inventados por el genio de la fatiga, el fuerte se hace débil, el belicoso depone las armas, el sabio ya no sabe dónde está. Es la maravillosa igualdad de las marmotas: la prostituta se parece a la virtuosa (puede que incluso tenga sueños más puros); el demente se encuentra al mismo nivel que el sabio (es probable que la sabiduría en persona lo aquiete); el pobre se une al príncipe en sus ronquidos (no es raro que su sueño sea menos agitado). No hay alto ni bajo en esta horizontalidad común. O puede que sea el pequeño el que vence al grande: menos problemas, menos imperio que proteger, menos buena cara que poner. El emperador solo lo es cuando está en vela. El niño que duerme, sigue siendo niño. Por eso, al emperador le cuesta tanto trabajo dormir.

Dormir pasa, pues, por encima de tu poder. ¿Dónde estás tú cuando duermes? ¿Y quién está durmiendo? ¿No te alcanza el sueño en el instante mismo en que tu conciencia

se volatiliza? Y si dormir es un verbo, ¿realizas alguna actividad al hacerlo? ¿La realiza algún otro? Tú no puedes decir: "Yo duermo". Tampoco puedes decir: "Me duermen". Ese ovillo que yace eres tú despojado de ti mismo, entregado al cuidado de los demás. Ese ovillo es tu más valioso acto de confianza. Puedes desvivirte por servir a quien amas, acumular obras, testimonios, caricias: la mayor prueba de amor es abandonarte sobre su hombro. Así se puede comprender la irritación del torturador, más humillante que recibir una bofetada, cuando tú te adormilas mientras él te arranca concienzudamente las uñas...

Además, esta proeza del sueño te obtiene otra gracia — la de despertarte. La almohada es buena consejera.[25] La noche le otorga, sobre todo, la dicha del silencio y la oscuridad. Partiendo de esa oscuridad, la luz se puede ver como algo nuevo; partiendo de ese silencio, la voz de los pájaros se puede escuchar como una primera vez. Todo eso se llama amanecer. Como el invierno prepara las eclosiones de mayo, el sueño hace todas las cosas nuevas. Si no existiera esta fabulosa necesidad de dormir, perderíamos este poder de la frescura del día que nace, de comenzar de nuevo, de volver a partir casi de cero, arrugados como los recién nacidos.

Tu payaso nos da ejemplo: él vive como se duerme — con la misma exposición confiada — o como cuando se acaba de dormir — con la misma energía auroral —, reencontrando el mundo como la primera vez, es decir, sin comprender nada de él.

El beso del príncipe es únicamente para la bella durmiente del bosque (la princesa insomne era demasiado gruñona para que él se atreviera a abrazarla).

49. Crear el mundo

Este es un ejercicio bastante más fácil. Pero que exige que, antes, hayas dormido muy bien. No que sueñes despierto: lo que tratamos aquí tiene que ver con el más serio realismo. Necesitas solamente ese baño lustral del sueño que hace surgir una mirada límpida. A decir verdad, para que puedas crear el mundo, basta que te hagas delgado, extremadamente delgado, pero delgado de mente (que los gordos no se den por excluidos), casi nulo (la providencia te ha provisto de todos los dones a tal efecto), como una fina capa de azogue traslúcida.

Muchos se lanzan a la empresa contraria. Para convertirse en creadores, se hinchan, se pavonean y se enfrentan. Querrían duplicar el universo. Rápidamente acaban bramando contra los hechos, luego contra ellos mismos y contra sus propias limitaciones. La montaña de sus medios pare un ratón de ordenador.[26] Qué equivocación. La mayor creatividad consiste en crear el mundo tal como es, y no tal como uno lo imagina. De hecho, en comparación con el mundo tal como es, nuestros mundos imaginarios son mucho menos extravagantes.

Por lo tanto, no te tomes a ti mismo por Dios, sino mejor por un papel de calco, por un enamorado transparente. La única potencia requerida es la del consentimiento. Sólo tienes que decir sí. Sólo tienes que repetir amén. Hacerte eco de las palabras del Génesis. ¡Que sea ese poste de electricidad! ¡Que sea ese paso de cebra! ¡Que sea ese paseante barbudo, cuya cabeza tú no hubieras podido imaginar jamás con ese lujo de detalles —

cada pelo en su sitio — ¡Que sea! ¡Que sea esa estanquera de busto prominente en medio de los paquetes de tabaco que dicen: "Fumar mata"! ¡Que sea esa frágil abuelita que va empujando un carrito de supermercado — realidad que supera a la ficción — lleno con todos los artículos de su pobre menaje portátil! ¡Que sea, finalmente, toda esa calle brillante y lúgubre, con sus semáforos, su ruidoso tráfico, sus escaparates tutelares — llenos de ofertas inverosímiles: "- 50% en el baúl de 65 litros", "2 edredones anti-ácaros por el precio de uno", "por 3 paquetes de langostinos gigantes congelados, un bote de mayonesa gratis"... ¿Qué novelista mimado por las Musas hubiera podido acuñar frases como esas?

Un mundo a tu manera sería devastado inmediatamente. Tú no podrías pensar en todo. Eliminarías todo lo que te incomoda. Arrancarías el trigo bueno con la cizaña. Por esa razón, tu consentimiento es más enriquecedor que tus construcciones. Cuanto más consientes lo que te contraría, más te dilatas. Cuanto más admites a tu fiesta a quien te es antipático, más inventivo acabas siendo — más allá de todo lo que hubieras podido concebir. Al reconocer tu incompetencia para juzgar las cosas, heredas el punto de vista de su Creador.

Al contrario de lo que se pudiera creer, adoptar ese punto de vista te hace modesto y llega incluso a intimidarte. ¿Qué podrías decirle al hombre que te insulta, si eres tú quien lo ha hecho así? ¿Cómo no ibas a estar lleno de amor por el que te pisotea, si para hacerlo usa los gemelos de que tú, generosamente, lo has provisto? Y de ese filósofo del que no comprendes ni una palabra, ¿cómo no ibas a acoger sus discursos como los gorjeos de tu hijo pequeño? Disponiendo de tal omnipotencia, identificándote con la fuente que hace brotar la maraña atiborrada de la realidad, no te queda otra cosa más que esperar que te aparten a un lado — como a un Dios, con una alfombra roja extendida para que pasen multitudes, tempestades y rebaños...

Cosa que, una vez más, te deja avergonzado. Porque ¿cómo decir sí al mismo tiempo a esa estanquera y a su cáncer de mama? ¿A ese centenar de chiquillos que ríen ruidosamente y al terremoto que hace que se derrumbe sobre ellos el techo de su escuela? Elijo esos ejemplos al azar, para confundirte. ¡Que te hagan enrojecer hasta las narices! Te resultaba fácil crear el mundo, pero ahora, mi querido muchacho, vas a tener que asumir la responsabilidad, y no creo que vayas a salir de esta tan fácilmente! Las contradicciones de tu obra son demasiado flagrantes. No puedes querer simultáneamente una cosa y su condenación. ¿Librarás, por tanto, a la estanquera de la nada que la devora? ¿Salvarás al mundo que acabas de hacer nacer?

50. Decir buenos días a la señora

Así como la creación del mundo fue un juego de niños, el saludo a la señora es un trabajo de Hércules. El jovencito lo sabe. La orden de la madre es exorbitante. ¿Cómo saludar de verdad a esa desconocida con cejas pintadas, con el labio cubierto de un fino bigote, con las piernas a punto de reventar las medias de compresión, de la que ni siquiera sabemos por qué existe y de la que estamos seguros de que algún día morirá? El

jovencito percibe perfectamente los subterfugios de su madre para reducir esa enormidad a proporciones anodinas.

En tu caso, puesto que has practicado el ejercicio precedente, hemos de añadir a la timidez de la infancia tu desarraigo de creador. Has consentido de tal forma la existencia de esa señora que te sientes responsable de su presencia. ¿Cómo no sentirte desamparado? No se trata de que la encuentres defectuosa, no: es, más bien, que ella te desaprueba, que se queja de un defecto de fabricación y, por eso, ya se ha sometido a su tercera cirugía estética. Tú lo adivinas: en tu reino hay algo podrido.[27]

¿Cómo decirle buenos días a esa señora con todas esas complicaciones? ¿Cómo no convertirse en un mentiroso deseándole la bondad para su día cuando no has conseguido garantizársela hasta el día de hoy? Además, teniendo en cuenta todas sus constantes reclamaciones, ¿qué podría ser verdaderamente bueno para ella? ¿Haría falta quizá que se rompiera una pierna? ¿No podría ser que sólo un accidente de avión tuviera la entidad suficiente para llevarla a las alegrías más elementales?

La perspectiva de una conmoción como esa, quizá necesaria, pero absolutamente poco deseable, no hace más que incrementar tu malestar. Los "buenos días", como apelación a lo que es realmente bueno para ella, ¿no va a dejar caer sobre su cabeza todas las brasas acumuladas, a desencadenar todas las desgracias capaces de abrir su día al bien verdadero?[28] Hace un momento, estabas avergonzado por tu incapacidad de hacer descender sobre su lifting la plenitud de la gloria; pero serías un perverso si ahora invocaras el rayo sobre sus implantes mamarios.

Y así es como, en el momento de saludar, siempre se te forma un nudo en la garganta, tu brazo se hiela, tus ojos se abren de par en par como platos. Tu sentimiento es que lo más justo sería arrojarte a sus pies y empezar a gemir entre sus enormes tobillos, bajos los altaneros orbes de sus pechos remozados, y decir: "¡Aléjese de mí, señora, que soy un pecador!".

51. Resucitar a un muerto

Un payaso no conoce nada más natural, es cuestión de saber vivir. Ahí tienes una persona a la que amas y resulta que, de buenas a primeras, se muere. Como tu corazón es tan grande como lento, precisamente en el momento en que muere esa persona te das cuenta de hasta qué punto la amabas y cómo la echas de menos. ¿Puedes dejar que se acabe esa aventura cuando no ha hecho más que empezar?

Hagamos ahora la hipótesis de una situación contraria. Resulta que, bruscamente, tú matas a una persona a la que detestas. De nuevo, precisamente en el instante en que expira esa persona, te das cuenta de cuánto lamentas no poder hacerle ya ningún otro mal. Una vez más, incluso a causa de tus peores inclinaciones, renace en ti el instinto de la resurrección.

Te resulta imposible deshacerte de él. Si pudieras apagarlo en ti, vaciarías los cementerios, arruinarías los negocios de pompas fúnebres, te enemistarías con todos los herederos. Evidentemente, todas las policías, más que al presunto asesino, te

perseguirían a ti, el resucitador sentimental. ¿Se puede alterar impunemente el orden de sucesión? ¿Hacer que acabe la demanda de coronas? ¿Prohibir que un joven cuñado compasivo consuele a una joven viuda desconsolada? ¿Y la presión demográfica? ¿Has reflexionado sobre la presión demográfica y sus desastrosas consecuencias para el medio ambiente? ¿Y ese retorno a una vida cotidiana sombría, para morir y volver a morir de nuevo, agobiado por la afluencia cada vez más numerosa de tus desgraciados resucitados? No tardas en comprenderlo. Hay que dispensar la resurrección con una extrema parsimonia. Exige más precauciones que un asesinato. Se corresponde exactamente con el crimen perfecto.

Si la tierra fuera menos pequeña, y las costumbres estuvieran menos corrompidas, resucitar a un muerto se haría de la forma más natural del mundo — con esa naturalidad que brota del hombre que sabe comportarse en sociedad y encontrar una salida elegante para las situaciones más delicadas. Pero a un acto tan simple se oponen numerosísimos prejuicios. Bastaría muy poco, y tú lo presientes, para que, a un gesto tuyo de jardinero, se levantaran todos los cuerpos sembrados en la tierra, lo mismo que reaparecen las flores cuando cambia la estación. Pero esa acción tan bella y tan básica se ha vuelto imposible por todas esas losas de mármol que se empeñan en poner encima, por la voracidad de los gusanos que bullen casi como los prejuicios y por el mismo sol, enfriado por nuestras ideas preconcebidas, que debilita sus rayos hasta el punto de impedir esa primavera. Entonces, también tú te vuelves tímido. Represas el río que se oye dentro de ti y que, con simple juego de exclusas, podría transformar el desierto en un verde valle. Caes en la prevención común. Ante un coche fúnebre, ya no es tan fuerte tu confianza. Y cuando piensas en el desagradable aspecto que tenía el difunto cuando estaba vivo, cuando lo perseguías con tu afecto, te preguntas francamente si tendrá ganas de volver a este mundo para encontrarte cruzándote en su camino. Puede que él no tema a nada tanto como deberte a ti un retorno como ese. En otras palabras, puede que él no ponga en ello mucha buena voluntad. Por lo tanto, no es sólo tu poder lo que está en cuestión, sino el deseo del resucitado. No hay nadie más terco que un muerto.

Lo más lamentable es que haría falta muy poco para que tuvieras éxito: quitar un pequeño tapón del fondo de tu conciencia, dar un pequeño paso al otro lado de las apariencias y tú resucitarías a los muertos con tanta facilidad como se fusila a los vivos. Sí, encontrarías ese gesto de una dulzura tan fuerte que invierte el suicidio: el ahorcado se pondría a saltar con su cuerda, la ahogada vendría a recibir su medalla de campeona de apnea, aquel que se había volado el cráneo con su cañón estriado recogería su cerebro del suelo y pegaría los fragmentos de sus huesos diciendo que lo había hecho debido a su gusto por los rompecabezas, y al defenestrado lo veríamos volando en medio de las ocas salvajes...

24 Sísifo, era hijo de Eolo, dios del viento, y fue rey de Éfira. Famoso por sus artimañas y sus engaños a los dioses para eludir la muerte, fue castigado a empujar una piedra enorme ladera arriba. La piedra siempre acababa rodando hacia abajo y Sísifo volvía a iniciar una y otra vez su trabajo. [*N. del T.*]

25 El refrán, en el original francés, dice exactamente: *la nuit porte conseil* ("la noche trae el consejo"), que reproduce prácticamente el clásico proverbio latino *in nocte consilium*. A los lectores más jóvenes, puede que la expresión "la noche siempre trae algún consejo" les recuerde la letra de una canción de "La oreja de van Gogh" que estuvo de moda en 2013. [*N. del T.*]

26 El origen de la expresión "Parieron los montes y nació un ratón" está en una fábula de Esopo. Horacio hace una breve referencia a esa

fábula en su *Epístola a los Pisones*, donde con las palabras *parturient montes, nascetur ridiculus mus* (“parirán los montes; nacerá un ridículo ratón”) se refiere a los escritores que escriben con estilos rimbombantes o prometen más de lo que realmente son capaces de ofrecer, aunque en la actualidad se aplica a cualquier expectativa defraudada. [*N. del T.*]

27 “Algo huele a podrido en Dinamarca”, dice Marcelo, uno de los guardias que inician el diálogo de la obra, a Horacio, amigo íntimo del príncipe danés, en *Hamlet*, I, 4. [*N. del T.*]

28 En la *Epístola a los Romanos* (12, 20), dice San Pablo: “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza”. [*N. del T.*]

Capítulo séptimo

Sobre el dúo (y más): payasos en la esencia del matrimonio

52. Peste y cólera[29]

Tu existencia, como hemos visto, emerge en el rincón de una tríada: no hay auténtico Augusto más que con el Maestro de Ceremonias y el falso payaso Blanco. Son el Poder y el Saber, y tú eres el Deber, pero, como consecuencia, un Deber impotente e ignorante. Tú eres el servidor del que manda y el alumno del que enseña, pero tu celo de torpe, tu benevolencia de descerebrado, te llevan a torpedear sus proyectos al tratar de servirlos. Originas catástrofes involuntarias que al primero lo llevan a reconsiderar su poder — ya que el Maestro se enfada y te atruena con nuevas órdenes — y al segundo, su saber — ya que a Blanco le das lástima y te da una nueva lección.

No es suficiente vergüenza, sin duda. No has perdido del todo el norte ni has encontrado el oriente. Haría falta que realmente ya no pudieran dar abasto contigo. ¡Que su poder ya no pudiera más! ¡Que su saber... vete tú a saber!

Así que necesitas un compañero. Si uno ya es insoportable, ningún hombre prudente podrá resistir ante un dúo de payasos.

53. Mejor que un buen equipamiento

Pero el beneficio de tal yunta es sobre todo para ti. ¿Qué mejor que un cónyuge para ir dando traspiés desde el amanecer? Lo que te prepara para la aventura, más que el equipamiento, es el compañero de equipo. Él es esa herramienta caprichosa, ese arnés escurridizo, esa emergencia sin baliza, esa desorientación asegurada por una región cambiante y nunca cartografiada.

Tú, que no eres ya muy valeroso, imagina lo que puedes ganar como payaso con una mitad incontrolable: unos brazos y unas piernas extra, pero que no hacen caso más que a su propia cabeza. Porque tu mitad te reivindicará a ti como mitad suya, y sus miembros añadidos te descuartizarán mejor que cuatro caballos divergentes.

54. Sacada de tu costado

¿De qué especie elegimos tu binomio? Un MacBook podría formar contigo una bonita pareja, muy contemporánea, como las que se ven circular entre los grandes edificios de los distritos financieros. Pero un pitbull o un oso gris harían más juego contigo, ya que

resisten a cualquier intento de domesticación. Para ese número a dos, sería mejor el oso, como exhibidor del hombre. Se verían tus vanos esfuerzos por apaciguarlo, tu huida sin guardar la compostura, los zarpazos entre tus omóplatos...

Sin embargo, admitámoslo, para cultivar tu humanidad, es decir, para volverte como una cabra, para hacerte salir por piernas como un conejo o para llamarte con dulzura "ratita mía", "pulguita", "tejoncete mío", mejor que un oso, es un hombre.

Otro hombre posee libre albedrío. Esa es una ventaja considerable. Esa perfección lo asemeja a una pértiga que te salva del agua o que te hunde en ella, según su humor. Una silla no se quita por sí misma en el momento en que tú piensas apoyarte en ella. Un hombre, sí. Algo que, desde la perspectiva de un payaso, lo hace mucho más interesante.

Además, el otro hombre está dotado de palabra. A diferencia del perro, cuando le dices: "sentado", "tumbado" o "busca la pelota", él no reacciona únicamente o no escuchándote o mordiéndote. Reinterpreta tus órdenes, y te da otras a ti. Gracias al lenguaje, ¡cuántos malentendidos posibles, cuántas promesas no cumplidas y cuántos perdones vengativos! Y todas esas palabras que pueden herir mejor que una daga — hasta las profundidades del alma... Por supuesto, también está la poesía. ¿Qué es la poesía? Una respuesta inútil a una pregunta que tú no te has planteado, un seña sin señal, como de un animal que dejara escapar un grito puro, sin vínculo alguno con ningún comportamiento, sin relación con la supervivencia de la especie. Cuando esperas de tu compadre una solución a tus problemas, él te replica con una poesía, y tus problemas irresueltos duplican su misterio.

Finalmente, si quieres trepar hasta la cucaña y llevarte la palma, ese otro hombre será el más diferente que haya, el que te haga ir siempre adelante y, por lo tanto, el que te haga perder completamente el equilibrio. Para formar verdaderamente ese par que multiplique las disparidades, hace falta un ser que parezca tu complementario, pero que, bruscamente, se revele como tu contrario infinito. ¿Cuál es ese zapato que, en tu pie, se transforma súbitamente en una trampa para lobos? Uno que fue sacado de tu costado, como amor y llaga tuyas. No, un oso gris o un tío cualquiera no son lo mejor para rellenar ese pliego de cargos de desarraigo. Lo mejor y lo peor, según la fórmula consagrada, lo más exorbitante es formar un dúo con el hombre más diferente de ti, es decir, con una mujer.

55. Un deseo más allá de todo cálculo

A ti no se te ocurriría la idea de casarte con un ser tan extraño. La mula no es tan testaruda. Ni el ornitorrinco tan inclasificable. Y el calamar-vampiro — aunque viva a tres mil metros de profundidad — es mucho menos abisal. Ninguna sustancia es tan explosiva. Ninguna mimosa púdica es más delicada.[30] La Esfinge no tenía más que enigmas, la mujer tiene su secreto. Es una talla 38 que jamás hemos podido abarcar; un metro sesenta y tres que se convierte en el metro-patrón e incluso en patrona de la casa. Por eso, ningún cálculo te lleva hacia ella, lo hace el deseo, el inflexible, el insaciable, el ineducable deseo, que no teme las pérdidas, que ignora las ganancias.

El funcionario eclesiástico o municipal podrá preguntar tan tranquilo: "¿Quiere usted tomar por esposa...?". ¡Como si eso tuviera que ver solamente con tu voluntad! Si fueras absolutamente libre para elegir, responderías que no, con toda seguridad. Se está mucho mejor con un colega en el bar, mucho mejor en casa con una perrita de lanas maltesa. Tú no la has elegido: ha sido ella. O, mejor aún, ha sido esa atracción que os arroja a uno en brazos del otro — atracción que tú consientes, sin duda, pero que en ti es más fuerte que tú, que ha llegado a tu cabeza desde la cola, a la cola desde el corazón y ahí estás ahora, atrapado por lo que tú ni siquiera imaginabas...

Se habla de la mujer ideal, pero nada es menos ideal que una mujer, puesto que es, al final, lo que el hombre desea y no se espera, y ahí la tienes, no obstante, de buenas a primeras conduciéndolo a la realidad. Con ella, tú aspiras al uno-al-lado-del-otro y llegas al uno-frente-al-otro. No se trata de que ella sea tonta, malévola o gruñona. Se trata, simplemente, de que es una mujer, es decir, ni tu igual ni tu superior ni, mucho menos, tu inferior, sino tu incomparable. Por eso, tú y ella sois la alianza primordial, ciertamente, y eso es la colisión entre dos mundos.

56. Impenetrable

Dicen los sabios que la mujer ha sido creada para hacer sentir al hombre la impenetrabilidad de Dios. Si nos elevamos por encima de ciertas ideas de tipo mecánico, la cosa es evidente: una persona del mismo sexo es mucho más penetrable que una persona del otro. Uno tiene muchas más afinidades con una persona del mismo sexo. Se es del mismo mundo, se pertenece a un mismo ámbito. Se la conoce como a un mismo, por eso la cosa funciona.

Entre un hombre y una mujer, y esa es la situación típica entre dos payasos, eso no puede funcionar. Tienes que admitir, necesariamente, como una teoría abstracta, que una mujer no es más que un ser humano hembra y, por tanto, semejante a ti. No obstante, tú consideras mucho más creíble la tesis que la presenta como resultado del cruce entre un agujero negro y el Eterno.

El hombre nunca penetra realmente a la mujer. No hay más que ver cómo no deja de empezar la tarea una y otra vez, de volver a intentarlo, incapaz de entrar de una vez por todas, impotente, en su misma virilidad, de enhebrar la aguja, de acertar con un clavo en un pozo. La naturaleza se apresura, evidentemente, en procurarte un breve estremecimiento de placer. Pero eso no es más que una pequeña indemnización por el abismo.

57. La llave y la cerradura

Podemos considerar, sin ninguna duda, la imagen de la llave y la cerradura. Pero no nos hagamos ilusiones: esa llave en la cerradura es la botella en el mar. Porque hay que reconocer que una llave no se podrá poner jamás en el lugar de una cerradura. La llave es

maciza, en toda su longitud, con ranuras y dientes, mientras que la cerradura es cuadrada, grande, agujereada, hueca, dotada de resortes invisibles. Lo fácil sería poner todas las llaves juntas, lejos de todas las cerraduras, y estas últimas agrupadas por su lado. Nunca se mezclan las bayetas y las servilletas, ¿no es más extrema en aquel caso la diferencia? Además, las llaves y las cerraduras jamás se fusionan entre ellas. Más bien, una se mueve dentro de la otra y, con frecuencia, el conjunto se bloquea y chirría.

Sin embargo, ese ruido de chatarra acaba dando lugar a algo que ni la llave ni la cerradura podían imaginar. De repente, os dais cuenta de que no se trataba de comunicaros entre vosotros, sino de abriros paso cada uno por medio del otro hacia algo diferente: la inconmensurable morada a la que dais acceso. Si, simplemente, estuvierais hechos el uno para el otro, si fuerais complementarios, todo se acabaría en vuestra pareja formando un solo bloque. Ahora bien, felizmente, cuando vuestra pareja se desuelda abre una puerta oculta. La adaptación de la llave y la cerradura está hecha para esa apertura a lo que los sobrepasa.

58. Paso a lo singular

Si el encuentro con la mujer es el incesante paso del sueño a la realidad, necesitamos ahora salir de las consideraciones generales y contar tu historia en lo que tiene de singular, es decir, de ficticio, puesto que seguiremos hablando en segunda persona. Te reconocerás menos en lo que digamos, quizá. Tendrás la obligación de transponer.

Pongamos que era un domingo en que el ayuntamiento de La Garenne-Colombes organizaba su sorteo benéfico de invierno. Tú no ibas para ganar, sino para buscar un poco de compañía. La sala de fiestas tenía paredes verdosas, luces fluorescentes lívidas, mobiliario funcional y un animador semiprofesional que, por la mitad del precio normal, saturaba un mal micrófono con una afabilidad limitada. En poco tiempo, como siempre ocurre con las salas de fiestas, el ambiente era ideal para ahogar el humor más festivo.

Ahora bien, aquella tarde, con gran estupor por tu parte, y para que quedaras decepcionado hasta en tu costumbre de quedar decepcionado, te tocó el primer premio: una Thermomix TM5. Ante tu perplejidad, el presentador hizo chirriar los altavoces en su esfuerzo por convencerte de que aquello era un artefacto extraordinario. Pero el paraíso del ama de casa para ti no era más que una complicación: ¿qué podías hacer tú con aquel aparato, un cacharro contemporáneo para adornar un estante?

Sin embargo, por primera vez en tu vida, los ojos de todas las mujeres estaban fijos en ti. Era evidente que el azar se había equivocado en el sorteo. Aquella joya rutilante no era para un tipo de tu mala suerte. Cada una de ellas podía esperarse, con toda justicia, que se la cedieras. Tú ya notabas que la ovación de rigor que se dedica al ganador se iba convirtiendo en un murmullo de indignación.

Fue entonces cuando ella apareció ante ti — algo imposible. Se te había acercado como si te conociera. Llegó incluso a preguntarte: “¿No somos vecinos?”.

A los pocos minutos, supiste que se llamaba Adolphine. Y siempre has pensado, desde entonces, que aquella felicidad nunca te hubiera alcanzado sin el robot de cocina

multifunción.

59. Sobre el abrazo

No sabes apañártelas con las mujeres. No obstante, es probable que los que pretenden saber cómo actuar con ellas no las comprendan mejor que a un deportivo o a las obras completas de Simone de Beauvoir.

No es que seas un completo ignorante en lo referente al abrazo. Un día, llegaste a poner tus labios en el cuello de Adolphine. Aquello te produjo un inconcebible estremecimiento de tripas: de repente, te faltó el resuello, el corazón te martilleaba en las costillas y, bajo tu cintura, la consistencia de ciertos órganos cambió extrañamente. Ellos, que normalmente se mantenían en una especie de humildad vaporosa, se rebelaban en medio de una sensación a la vez agradable y dolorosa. Tú no veías cómo llegar más lejos. El deseo estaba allí, más apremiante que antes, pero su realización cada vez se alejaba más.

En primer lugar, constataste una primera cosa: en el momento en que tu boca se posó sobre la piel de Adolphine, sobre aquella ligera protuberancia de su yugular, ya te encontrabas demasiado cerca como para verla. Debido a un inexplicable sortilegio, la visión de su rostro te había impulsado a aquel contacto, pero ese contacto te hacía perder de vista inmediatamente su rostro, como si el ojo admirativo debiera metamorfosearse fatalmente en ventosa babosa. Por mucho que le dieras vueltas y vueltas al problema en tu cabeza, tienes que admitirlo forzosamente: imposible abrazarla al mismo tiempo con la mirada y con los labios. Tocarla hace que su presencia sea más fuerte, pero ella se vuelve invisible.

Además, ¿se trata todavía de su presencia? La fuerza de la emoción que ella te procura acaba por invadir tu ser, imponiéndose por sí sola: en el instante en que la tocas, tú eres tocado de tal forma que ya no puedes interesarte verdaderamente por ella. Te ves ahí, iracundo, embaucado, desbordado, diluido en una ola de voluptuosidad y violencia. Suprema contradicción. En el momento del vínculo entre vosotros, ya no hay relación. Encuentras tal placer en estar con ella que ella misma se disuelve en él, y tú ya no eres tú, sino solo ese ambiguo placer.

Las evidencias dicen que, para amar a una mujer, el hombre todavía no está provisto del órgano adecuado. Tu nariz roja puede que sea un primer esbozo.

60. Diálogo de sordos

Por supuesto, tú conoces la expresión “hacer el amor”. Pero, ¿en qué consiste tal cosa? Para hacer la colada, hacer un simpa o incluso hacer el imbécil, se te ocurre más o menos el camino a seguir. Pero, ¿el amor? ¿Cómo hacerlo? ¿Con qué materiales? ¿Qué herramientas? ¿Qué modelo? Has visto que muchos jóvenes practican, sin haberse desmayado previamente, una especie de boca a boca. Hacer el amor, te decías a ti mismo, debe ser forzosamente alguna empresa de ese tipo: una comunión de alientos, una transmisión de pensamiento, un trasvase de alma a alma, que no tiene que pasar por

el oído.

Lo intentaste hacer, una noche, con Adolphine, arrimando mucho tu cabeza a la suya. Ella no lo entendió del todo. Además, tú te diste cuenta bastante pronto de que le transmitías mucho menos pensamiento que saliva.

Afortunadamente, hay obras llenas de sabiduría que te ofrecen mejorar "la comunicación en la pareja". Pretenden organizar viajes en lanzadera entre Marte y Venus, y multiplicar los tratados comerciales y los pactos de no agresión entre los dos planetas. Adolphine las ha leído todas. Gracias a ellas, cuando intentas expresarte, ella te muestra inmediatamente que tu actitud es típicamente masculina y que esa no es la manera correcta de dirigirte a una mujer: "Si hubieras leído el libro de John Gray, no cometerías esos errores... Y, además, Gary Chapman dijo en *Los cinco lenguajes del amor* que «la verdadera ayuda exige la empatía y el esfuerzo de ver las cosas desde el punto de vista del cónyuge»...". Tenéis que aceptar que vuestra pareja no va a conocer lo que significa una comunicación realmente profunda hasta que no haya admitido en su intimidad a Gary Chapman y a John Gray.[31]

Pero puede que "hacer el amor" consista en proseguir sin descanso un diálogo de sordos (y es cierto que los sabios conductistas — hay que rendirles este homenaje — aportan su grano de arena a un diálogo como ese). Como payaso que sabe balbucear a la perfección, se te ha ocurrido esta idea de forma bastante natural: en materia de amor, sostener juntos lo incomunicable podría ser algo más valioso que la fácil comunicación de los propios pareceres.

61. ¿Me quieres?

Adolphine y tú habéis llegado a ser, el uno para el otro, una nariz roja viviente, un pantalón que se cae, un sombrero calado hasta los ojos — vamos, que estáis casados. Formáis una pareja, por turnos balón y bala, lecho de rosas y nube de insectos, caliente y frío, gato y ratón... Hay películas de ciencia-ficción en las que aparecen hombres que siguen viviendo aparentemente como antes, pero su mirada está como ausente, porque albergan en sus cuerpos un extraterrestre. Ocurre eso mismo contigo y con tu esposa — salvo que ella es más misteriosa que un extraterrestre y te inhabita mucho más profundamente. Tú ya no puedes entrar en ti mismo sin caer sobre Adolphine. Ella es tu escalera santa y te pide que bajes la basura.[32] Es tu luz en la noche y quiere que cambies la bombilla del salón. Pero lo más duro es cuando a las doce y cinco de la noche, cuando ya te has dormido, te pregunta: "¿Me quieres?", mientras sus dos pies helados, como dos anguilas polares, se deslizan bajo el edredón y te largan su descarga eléctrica...

— Eh... claro que te quiero, respondes tú, dándote cuenta enseguida de que el "claro" estaba de más, y que estás muy lejos de haber dado una respuesta capaz de devolverte a la tranquilidad de tu almohada.

— Y ¿por qué me quieres? ¿Por mi cuerpo?

— Sí, por tu cuerpo.

— ¿Como que por mi cuerpo? ¿Y cuando me estropee?

— Entonces te querré por tu alma.

— ¿Cómo? ¿Qué no te gusto? ¿No me encuentras sexy?

— Por supuesto que sí, te encuentro muy sexy, dices tú, poniéndole una mano sobre el flanco como si eso fuera un argumento definitivo.

— ¡Eso es egoísmo, no amor! Lo que quieres de mí es tu propio placer. Me tendrías que querer con un amor desinteresado, que ante todo busque mi bien.

— Entonces, te amaré con un amor desinteresado.

— Eso quiere decir que me amas como se ama al prójimo. Como un deber. Además, un amor desinteresado, sin ninguna pasión, lo podrías tener por cualquiera.

— Te quiero a ti, como tú eres, con tu alma y con tu cuerpo, con razón y con pasión...

— ¿Me quieres como soy? ¿Con todos mis defectos? ¡Noto perfectamente que en este mismo momento estoy siendo una molestia para ti! ¡Si me quisieras de verdad, intentarías que yo cambiara a mejor!

— También te quiero para que cambies a mejor.

— ¿Que me quieres para que mejore? ¡Necesito un marido, no un pedagogo!

— No tengo nada de pedagogo... sólo puedo amarte como marido tuyo...

— ¿Me quieres de verdad?

— De verdad, te quiero...

— El hecho de que digas "de verdad" confirma mis dudas. Sugiere que podrías amarme "de mentira"... Además, ¿cómo puedes estar tan seguro de que me quieres? ¡No eres más que un orgulloso!

— Soy un orgulloso, es cierto, pero también te quiero, Adolphine, no puedo hacer nada más.

— Sí puedes hacer algo. Comienza por leer el Capítulo IV del libro de John Gray...

Te levantas para buscar el libro, lo justo para encontrar la página del Capítulo IV ("Cómo motivar al sexo opuesto") y volver a la cama. Adolphine está ya dormida, y a ti te costará mucho trabajo conciliar el sueño.

62. Fidelidad

Es algo realmente bonito que ella te hable con tanta familiaridad, que se sienta tan próxima a ti, con tanta confianza, que ni siquiera tema darte alaridos — ¡ella, que es tan tímida tratando con los demás! Es algo verdaderamente halagador que ella pueda sentir, cuando la miras, ese cansancio, ese desaliento que acabamos experimentando con las piezas musicales que tanto queremos a fuerza de escucharlas una y otra vez (sentimiento que jamás tendría con un desconocido, que siempre tiene el beneficio de la duda y de la novedad).

¿Eso es, entonces, la fidelidad? ¿La inversión del escenario y las bambalinas: lo que se deja ver al cónyuge es la pobre cabeza del otro antes del maquillaje, antes de representar el papel, antes de la parrafada bien preparada para el público, de modo que el encanto que os había atraído uno al otro es ahora para los demás y ya no es nunca para

vosotros? Para los demás, la flor primaveral; para vosotros, las hojas muertas en el recogedor. Para los demás, el bello personaje equilibrado; para vosotros, el payaso que se da el tortazo... Y por lo tanto, para los demás, los entusiasmos de lo pasajero, y para vosotros el comienzo del verdadero amor, el que pasa a través de las defectos, con todas las máscaras ya guardadas en el armario, excepto la nariz roja, por supuesto, como un pequeño y ridículo corazón, atrofiado, pero ofrecido...

Unos supuestos amigos te han contado que Adolphine no te es del todo fiel. Te habría engañado con el panadero de la calle Picpus, con el informático del edificio F, con vuestro consejero de la Banque Populaire... Si realmente te engañara, entonces te deberías preguntar si no serás tú acaso el que la engañas a ella. Te hiciste pasar por un hombre, en tanto que no eres más que un payaso. Le prometiste ayuda y protección, y resulta que ni siquiera sabes defenderte tú. Tú eres el que perjudicas a su supuesto amante privándolo de un título conyugal más merecido.

63. La familia política

Sea como sea, por medio de Adolphine, se ofrece ante ti todo un país que colma todos tus deseos de exotismo. Ella te lleva más allá de las islas Trobriand.[33] Hasta los territorios de la Familia Política.

Tu mujer puede que no sea política, por el contrario, su familia siempre lo es, especialmente para ti. Por eso, tú te rindes ante ellos como ante una exposición de obras maestras. Tus suegros están un poco desconcertados por la manera en que los miras. Sin embargo, lo único que haces tú es admirar su habilidad política con los demás. No es inmediatamente evidente, pero te basas en la autoridad de un uso antiguo del lenguaje. No hay que juzgar a tu familia política de acuerdo con criterios habituales y externos, sino reformar esos criterios según ella, puesto que es "política" por definición. La lengua [española] te lo dice con claridad a través de su alianza con tu mujer: entre todos los seres, tú has sido elegido para reconocer la valía de cada miembro de su familia, con la misión de manifestárselo a los demás, demasiado distraídos, demasiado ocupados.[34]

Por eso, le das varias vueltas a Bélisaire Mouchard, el padre de Adolphine, intentando admirar su escultura desde todos los ángulos posibles, apreciando particularmente la sociabilidad de su obesidad troncal, la brillante intelectualidad de su calvicie y esas bolsas violetas tan prominentes debajo de sus ojos — con las que el artista ha querido expresar nuestra fatiga a la hora de escrutar lo invisible. Césarine Mouchard, de soltera Sauvageot, tu mamá política, te fascina por la manera en que sus formas marchitas manifiestan a la perfección el paso raudo del tiempo y la vanidad de todas las cosas. Pero también sabe aturdirte con la cadencia de su voz, parecida a la de un arroyo que arrastrara toda clase de aluviones tomados de sus interacciones sociales en la peluquería, en la partida de bridge, en su encuentro con los primos Delgado, con el divorcio, hecho público en *Galas del Mundo*, de una famosa presentadora de televisión, etc. ¿Cómo es que hay quienes se atreven a acusarla de charlatana y fútil? ¿Acaso se puede tachar de fútil a la cotorra que le ofrece al mundo su ininteligible canto?

No, tú nunca te aburres entre tu familia política: "¡Si supierais lo política que es,

realmente!”. Oírlos y verlos es una fabulosa experiencia de la improbable creatividad divina — el incomparable “arte encontrado” de lo cotidiano.[35]

Por tanto, te has jactado de las bolsas violetas bajo los párpados de su suegro. Has comparado la conversación de tu suegra con el canto de la curruca de cabeza negra durante el celo. El símil no ha parecido gustarles mucho. Quizá sean demasiado humildes para aceptar tus elogios con agrado. Sí, tiene que ser eso, son humildes, y esa humildad hace que para todo el mundo sean mucho más políticos.

29 *Peste y cólera* es el título de una novela de Patrick Deville (Seuil, París, 2012), donde se mezclan las peripecias amorosas con la lucha de los primeros médicos pioneros en el uso de las vacunas, que habían estudiado todos con Louis Pasteur. Por supuesto, la referencia aquí es a la pareja de payasos. [*N. del T.*]

30 La “mimosa púdica” o “sensitiva”, es una planta originaria de la América tropical, fácilmente distinguible porque reacciona al tacto con movimientos rápidos, reacción desarrollada como defensa ante los depredadores herbívoros, puesto que estos la confunden enseguida con algún animal peligroso. [*N. del T.*]

31 John Gray es psicólogo. Nació en Houston en 1951. Ha escrito muchísimo sobre las relaciones entre hombre y mujer y el desarrollo personal. Su libro más conocido es el famoso *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus*. Estuvo casado con su compañera y ayudante, la autora Barbara De Angelis, pero se divorció en 1984 y actualmente está casado por segunda vez. El segundo autor citado por Hadjadj, Gary Chapman nació en Carolina del Norte en 1938. Es antropólogo, filósofo y teólogo y pastor baptista. Tan prolífico como Gray, su obra más vendida es *Los cinco lenguajes del amor* (“palabras de afirmación”, “tiempo de calidad”, “regalos”, “actos de servicio” y “contacto físico”). Hasta donde sabemos, Chapman nunca se ha divorciado. [*N. del T.*]

32 La Escalera Santa (*Scala Santa*) se encuentra enfrente de la Basílica de San Juan de Letrán, en Roma, y consta de 28 peldaños de mármol. La tradición dice que se trata de la misma escalinata utilizada por Jesús para ascender al palacio de Pilatos en Jerusalén y que fue llevada a la ciudad de Roma en el siglo IV por Santa Elena, madre de Constantino I. [*N. del T.*]

33 El archipiélago de las islas Trobriand, llamadas oficialmente islas Kiriwina, es un archipiélago de atolones de coral localizados al oriente de la costa de la isla de Nueva Guinea. Los primeros europeos que llegaron a las Trobriand fueron los marinos del barco francés *L›Espérance*, en 1793. Las islas fueron denominadas así en honor del primer oficial, Denis de Trobriand. Cuando empezó la Primera Guerra Mundial, el famoso antropólogo Bronislaw Malinowski llegó a Papúa, de donde se dirigió a las Trobriand para realizar un estudio antropológico sobre sus habitantes. Sus descripciones del sistema de intercambio llamado *kula*, de la religión y la magia, la agricultura y las prácticas sexuales de los trobriandeses, plasmadas en el libro *Los argonautas del Pacífico Occidental*, han sido desde entonces en un paradigma de la etnografía moderna. [*N. del T.*]

34 Es bien conocido que el tipo de parentesco que, en español, se designa como “familia política”, en francés, se denomina, con mucha más delicadeza, como *belle famille* (literalmente, ”bella familia”). Está claro que, por tanto, hemos tenido que hacer algunos pequeños ajustes en la traducción, que permitan plasmar las ideas expresadas en el francés original con los condicionantes de las expresiones castellanas. [*N. del T.*]

35 La expresión “arte encontrado”, o más comúnmente “objeto encontrado” (en francés, *objet trouvé*; en inglés, *found art* o *ready-made*) o “arte confeccionado”, denomina el arte realizado usando objetos que normalmente no se consideran artísticos, a menudo porque su función no es precisamente artística, pero sin ocultar su origen, aunque a menudo se modifiquen. El surrealista Marcel Duchamp fue uno de los pioneros de su aparición y “aceptación” a principios del siglo pasado. [*N. del T.*]

Capítulo octavo

Frente al hijo

64. Más pequeño que tu pequeño

Y, luego, un día, sin que sepas muy bien cómo, te han dicho que ibas a ser padre. A ti, que nunca has acabado de ser hijo, a ti, que te sabes oruga tan lejos todavía de que te broten las alas, resulta que te cae encima la paternidad y que, ante este estado que sobrepasa tus fuerzas, te sientes más desvalido que el recién nacido.

Antes incluso de nacer, el niño te derrota en tu relación con Adolphine. Tú, que nunca has logrado abrazarla en profundidad, debes reconocer que él, a la primera, se acurruca en su seno, atrae su atención y le procura un aspecto de plenitud. Tú nunca has conseguido conferirle a Adolphine otra cosa que no sea la impresión muy clara de vivir en un barrio sombrío, y él, que todavía es un feto, le otorga ser soberana portadora de la vida, le confiere poses de emperatriz, cierta majestad de mapamundi o de diosa que abraza la tierra y las aguas con sus pobladores.

Tus caricias son raramente bienvenidas, pero él tiene derecho a golpearla desde dentro: "¡Oh, grita ella a risotadas, me da pataditas!". Tus besos son sospechosos de estropear su maquillaje, pero él tiene derecho a deformarle el vientre: "¡Ah, exclama ella con una especie de melodía, cuánto quiere mamá a su pequeño tesoro...". Y, súbitamente: "¡Mira, toca, es maravilloso, tiene hipo!". ¿Ha suscitado tu hipo alguna vez semejante fervor?

65. El dueño de tu casa

Asistes a todo esto sin poder hacer nada. Ese pequeño ser hincha el cuerpo de Adolphine bajo la presión del más ardiente deseo, embellece su pecho hasta convertirlo en una doble fuente de leche, extrae de su corazón yacimientos insospechados de afecto... E, inmediatamente, la comadrona te anuncia: "¡Señor, ha tenido usted un niño precioso, un magnífico bebé de 4 kilos y 250 gramos!". Ante esta proclamación, que tiene que ver contigo y que tú no habías soñado, sientes, más que nunca, la impresión de que el engendro eres tú... ¿Entonces, esto es ser padre: experimentar el mayor sentimiento de impostura? ¿Teniendo la tarea de dar lecciones de humanidad, no cesar de recibir lecciones de humildad?

Se te ha puesto más cara de imbécil que nunca, en tanto que ese lactante, apenas desembarcado, exhibe el rostro recogido y el ceño fruncido de un viejo lama, que procede de un mundo superior. Pero un lama autoritario. De repente, se pone a aullar. Pasa de ser un apacible Buda a un terrorífico Gengis Khan. Y ahí lo tienes, amo de tu casa sin haber tenido que conquistar nada.

Sus berridos organizan la agenda. Todo se pliega a sus llantos, todo está lleno de pañales suyos, todo tiembla ante sus furores y sus estreñimientos. Su bronquitis amenaza con asfixiar al universo entero. Pero si consigues una sonrisita de ese señor que acaba de aliviarse encima de tu camisa, entonces ¡acabas de conseguir un ascenso inaudito, un favor inesperado!

66. *Nomen est omen*

Desde el principio, el pequeño te encarga un deber desmesurado: ponerle un nombre propio. Sólo tenéis tres días para hacerlo, sobre todo tú, porque serás oficialmente reconocido como padre suyo sólo si cumples con ese deber ante un empleado municipal.

Cuando uno sabe algo de inventos, sabe qué dificultad encuentra el inventor para designar su invención. En este caso, todavía más, porque aquel sabe para qué sirve lo que ha fabricado, puede darle el nombre de su función: máquina de escribir o segadora-trilladora. Pero ¿para qué sirve un cachorro de hombre? No puedes encontrar inspiración alguna por ese lado. Tu problema se parece más al del escritor que busca un buen título para su novela, un título que maximice los imperativos del mercado y las exigencias de la poesía. El hijo es, sin embargo, infinitamente más, y menos, que la novela. Tú no sabes de qué trata, aunque adivinas que, como persona, es forzosamente tragicómica. Además, tienes la costumbre de buscarle tres pies al gato; te preguntas si es mejor decir calzado o decir zapatos ante ese par innombrable de objetos de cuero, y casi siempre caes en un silencio desconcertante. Entonces, con mucha más razón ante esta cría de hombre completamente acurrucado y lleno de moratones, como si hubiera salido ya apaleado: haría falta que el empleado municipal transcribiera tu silencio exorbitante, tu boca abierta de par en par, tu estremecimiento de felicidad y de angustia.

Ahora, ya sólo te quedan dos días. Adolphine te ha dicho que estés atento al plazo legal, pero también que antes le gustaría releer *Y si se llamara...* de Élaine Chastenier; *La popularidad de los nombres propios* de Joséphine Besnard; *Psicología de los nombres: cómo influyen en nuestra vida,* de Nicolas Guéguen; y *Elegir su nombre, elegir su destino*, de Martine Barbault (que, sin embargo, no cuenta por qué influyó tan negativamente en su vida el hecho de llamarse Martine Barbault). Aunque esté agotada por el parto, Adolphine parece algo inquieta junto a la cuna de la clínica, con varios libros abiertos por lecciones contradictorias: uno dice que los "Robert" son charlatanes, el otro que son taciturnos. Además, ¿qué es mejor, ser charlatán o taciturno? En cuanto a ti, constatas que todos esos nombres propios no son realmente propios: "Robert" tiene relación con numerosas personas, ¡e incluso con pechos y diccionarios![36] Por tanto, ¿cómo cumplir esta tarea fuera de lo común de tener que nombrar lo único? ¿Hay que elegir las letras al azar para conseguir una combinación realmente nueva? Habríamos de contentarnos con nuestra identificación del INSEE, que distingue mucho mejor nuestra unicidad que los nombres propios más comunes François o Marie.[37] Aunque esta unicidad cifrada sea algo insignificante y pueda coincidir con el número de teléfono de cualquier persona en el extranjero, por ejemplo. En fin, si el pequeño se distingue ya por

su nombre, puede que ya no experimente la necesidad de distinguirse por sus actos. Te ves perdido en medio de miles de conjeturas, desbordado por las denominaciones incontroladas...[38]

Sólo queda un día. Se te oculta la gran relevancia del acto bajo la banalidad de la formalidad administrativa. Pero tú lo sabes, al menos gracias a Martine Barbault: *Nomen est omen*...[39] Si el nombre propio traza el destino, ¿es mejor llamar al hijo Modesto o Perfecto? ¿Homero u Omar? ¡Hay que decidirse hoy! ¡Queda una hora! ¡Faltan treinta minutos para que cierren el Registro Civil! ¡Si la comadrona pudiera elegir en lugar de los padres! Poco importan sus gustos, ¡sería un gran alivio!

No parece que la comadrona estuviera desprevenida. Os dice que a ella le gusta mucho el nombre "Steeve" (se queda dormida a menudo delante la televisión, por lo de los turnos rotatorios). Os miráis uno a otro, Adolphine y tú. De repente, os sentís seguros. Lo llamaréis Modesto-Perfecto.

67. Canción de cuna

A veces, Adolphine te lo suelta en los brazos: "Me voy de tiendas, tenlo, cálmalo", dice, aunque sabe bien que no hay nada que acabe antes con tu calma. No sabes qué hacer con esta patata caliente y estremecedora. Le cantas todas las nanas que conoces, hasta el *Frère Jacques*, a pesar de la perplejidad en la que te sumerge la orden de "tocar las campanas" si de lo que se trata es de dormirlo.[40] Intentas explorar otros repertorios. Pruebas incluso con el rock duro. No por eso berrea menos.

Se desgañita sin descanso, como si tú le desearas algún mal. Y comienzas a sentir que podrías desearle algún mal. Ciertamente, eres su padre, estás dispuesto a morir por él, pero, como no encuentras medio de consolarlo, te descubres capaz de tirarlo por la ventana.

Acabas dejándolo en medio de tus calcetines en el estante de un armario empotrado. Allí, por lo menos, encerrándote tú en otra habitación, puedes soñar que eres un padre completamente competente. Pero sus gritos cada vez son más agudos, tan agudos que llegan hasta la cocina, hasta la calle, hasta el fondo de tu alma y tú acabas preguntándote con los transeúntes que levantan la cabeza hacia los cristales de tus ventanas: ¿quiénes serán los padres desalmados que se atreven a dejar así a su pequeño?

Vuelves a intentar mecerlo de nuevo — inventando danzas que jamás hubieras imaginado: la tarantela sobre ascuas, el baile circular para detener la tormenta, la balalaika del amordazamiento, la bourrée de la tetina, el flamenco de la cuna con barrotes, la danza de la cabellera de la fontanela; con los pasos inventados de rock acrobático tienes que reprimirte...

Finalmente, agotado, roto, destrozado por las nanas y los saltitos, te quedas dormido, tú, mientras el muñequito se revuelca cerca de tu cuerpo tirado en la moqueta y sigue gritando junto a tu oreja. Pero ya nada te puede sacar de tu narcolepsia. Duermes como un bebé... Y Modesto-Perfecto, después de un cuarto de hora, consiente en hacer lo

mismo.

68. El “ajó” por el “ajó”

Eres responsable de él, y te esfuerzas por serlo. Pero este pequeño te habla en un misterioso lenguaje: ¿cómo responderle correctamente? Es un dialecto de ninguna parte y de todas partes, el abecé más ignorante de los alfabetos. Nadie lo ha aprendido, ¿dónde, pues, lo irías a aprender tú? Sin embargo, es urgente. Eso salta al oído. Esa lengua incomprensible es más imperativa que la tuya.

Modesto-Perfecto sonríe y, con una perfecta solemnidad, exhibiendo su legitimidad incuestionable sobre un imperio sin fronteras ni parlamento, declara al universo entero: “Ajó...”. Eso no sólo sale del borde de los labios ni del fondo de la garganta ni de la base del diafragma. Sale de todo el cuerpo y de toda el alma. Está nadando en la palabra con sus cuatro miembros en total relajación. El “ajó” es una fe de vida. Combina la fuerza de un estornudo y la dulzura de una aurora. ¿Cuál podrá ser su sentido? ¿Cómo provoca un entusiasmo tan grande? ¿Por qué descongestiona tanto tu propia presencia?

Las palabras de tu léxico no te involucran hasta tal punto. En comparación con el “ajó” parecen conchas vacías, protestas sin compromiso. Ni siquiera en nuestras grandes palabras, “amor”, “justicia”, “libertad”, “Dios”, ponemos tanto corazón, no las pronunciamos con ese arranque del busto, ese espasmo de los brazos, ese trenzado de piernas, como si oyéramos una revelación lo bastante poderosa como para arrastrarnos a su fiesta.

Has reflexionado sobre el asunto mucho tiempo. El “ajó”contiene la clave del enigma. El “ajó” refuerza todos los discursos que vendrán. El cielo y la tierra están relacionados por el “ajó”. Su forma fónica convoca a la vez a los tubérculos y a los serafines, al pájaro que arrulla y al fregadero que se vacía, a la música de las esferas y a los primeros ejercicios del futuro parricida... Y todo eso acentuado como un amén dichoso: el eructo del dios tras su trago de ambrosía.

69. Accesorios paternales

A fin de exponerte un poco menos a las críticas, te has procurado todo el equipo relacionado con tu nuevo cargo. Has entrado en un ámbito hasta ahora desconocido, el de lo plegable, el de los cierres a presión, el de lo ajustable, el de lo lúdico, ámbito dominado por los plásticos de colores vivos y esa “seguridad del niño” que constituye la dificultad del adulto.

En primer lugar, el cochecito. Te causa muchos conflictos. Una vez abierto, sabes manejarlo más o menos, porque tú te habías entrenado durante mucho tiempo con los carritos de supermercado. Pero hace falta abrirlo, y después cerrarlo, lo cual no es un asunto banal. Se supone que se pliega en un abrir y cerrar de ojos, pero tú le dedicas al asunto largos cuartos de hora. Su seguro de cierre falla, sus articulaciones se bloquean, sus muelles cuelgan fuera de los tubos, y tú te pones a sacudirlo sin contemplaciones, hasta que te das cuenta de que has olvidado que Modesto-Perfecto está en su interior.

Sin embargo, la cosa no ha terminado. Tenemos todavía la cuna de viaje plegable, que se desmonta por un lado cuando tú la montas por el otro; la mochila porta-bebé, a la cual tú te has de atar con más fuerza que a una camisa de fuerzas; el biberón y su tetina de tres posiciones, con la que puedes quemarle la lengua con mayor o menor intensidad.

Por todas esas peripecias te mereces un buen rato de descanso en la plaza. Los niños no deben dejarse sin vigilancia, te lo advierte un cartel con letras bien grandes, que actúa sobre ti como un somnífero. El frágil pequeño suelta tu mano mientras tú te encoges en un banco. Te despiertas de repente y ves que se tambalea en la cima de un tobogán plantado allí sin duda por alguna persona malévola: sin esperar un segundo, saltas, lo atrapas y te dices que es un juego demasiado peligroso... El balancín es menos peligroso. Lo colocas en uno de los extremos y, después, para divertirte con él como papá modelo, te sientas con fuerza en el otro y lo catapultas inmediatamente sobre la arena... Rápido, vamos a los columpios para hacerle olvidar el susto. Los herederos de un hombre dos veces más ancho y diez veces más musculoso que tú se divierten allí como locos. No te atreves para nada a reclamar un sitio.

En tanto que Modesto-Perfecto llora en tus brazos, le dices a ese padre de verdad que es reconfortante para tu corazón ver a sus muchachos tan llenos de energía y tan contentos bajo su mirada protectora, teniendo en cuenta que podían haber sido disminuidos física o mentalmente y que podrían morir mañana mismo perfectamente en cualquier accidente doméstico: “Cuando se piensa que, en la Francia de hoy, cada año mueren quinientos pequeños en accidentes domésticos, y que la tragedia está ahí, escondida en el secador de pelo, en las medicinas para dormir, en la mesita de noche demasiado cerca de la ventana o en la piscina inflable con forma de ballena azul...”.

No hay quien te iguale a la hora de entablar una conversación. El padre de verdad te lo demuestra echándote una mirada tan fulminante que un escalofrío instantáneo te recorre por dentro desde los talones hasta el cuero cabelludo... La distensión de tu cuerpo no empieza hasta que el padre se marcha. Para conseguirlo, has vuelto a poner sobre la arena a Modesto-Perfecto, te has subido tú al columpio y has empezado a columpiarte. Para relajarte, describes grandes arcos, y el niño te observa con admiración mezclada con pánico — como si él estuviera cuidando de ti.

70. Los expertos

Adolphine cree que has elegido un camino equivocado. Lo ha leído en *Una familia que se ama*, el último libro de Gary Chapman. Ser padre, te explica ella, es ser abastecedor de alimentos, sabio administrador y buen educador. Has de traer a casa dinero suficiente para pagar las facturas y señalar sus deberes al niño, para hacer de él un hombre honrado.

A ti te hubiera gustado cultivar la tierra para alimentar a tu familia. Pero, en vuestro piso, no dispones más que de una jardinera de 90 x 60 centímetros. Y tú no tienes buena mano con las plantas. Tus alubias enanas han nacido muertas. Una especie de milagro al revés con el que estás familiarizado te ha permitido acometer la hazaña de tener babosas,

siendo así que vivís en un tercero. La familia no está, sin embargo, muy dispuesta a comer babosas, aunque fuera a la mantequilla perfumada con perejil. Tu paternidad nutricia se realiza a lo largo de la jornada, como jefe de sección en los almacenes Leclerc, etiquetando códigos de barras en una partida recién llegada de filetes de ternera. Tu paternidad educativa se realiza por la tarde, con las pocas energías que te quedan, en tanto que pedagogo incompetente, tratando más mal que bien de etiquetar las acciones de Modesto-Perfecto como acciones buenas y malas... Pero cuando ves en los estantes la cantidad de filetes sin vender a pesar de la etiqueta "promoción excepcional", tienes perfecto derecho a imaginar la futura catástrofe educativa.

En el fondo, si se trata de ganar dinero, de optimizar la comodidad de la casa y de administrar excelentes lecciones de moral, ¿por qué no recurrir a especialistas? Un consejero en inversiones y revalorización del patrimonio, un decorador que posea la ciencia del Feng Shui,[41] una niñera que cumpla las nuevas directrices nacionales para tener permiso de asistente maternal, y un psiquiatra infantil que se haya leído toda la obra de Piaget y la de Winnicott, en resumen, todo un contingente de ingenieros titulados te podrían reemplazar muy ventajosamente.[42] ¿Por qué, entonces, encargarte a ti, tan imprudente, esa misión? ¿Por qué al padre y no a una comisión de expertos? Después de todo, vuestra familia se constituyó por caminos oscuros, incluso obscenos: Adolphine y tú tuvisteis una debilidad el uno por el otro; ¿acaso una debilidad de esa clase habría de conllevar algún tipo de fuerza pedagógica? ¿No sería mejor un organismo homologado por el Ministerio de Educación y por Protección de Menores? Esa es la razón por la que piensas que la paternidad responsable, por lo que a ti concierne, sería abandonar tu hijo a la asistencia social.

71. Lecciones de animalidad

Te ha impedido hacerlo un impulso de puro egoísmo. O algo así como una ternura desgarradora. En otro tiempo, cada vez que tú te inclinabas sobre un cochecito de bebé, gesticulando para alegrar a su pequeño ocupante, invariablemente provocabas su llanto y, a veces, alaridos de espanto. Ahora, ese pequeñajo se acerca a ti sin reservas. Sin que busques su atención, salta a tu cuello, te pellizca la nariz, te araña las mejillas y, para mayor alegría tuya, parece dispuesto a sacarte los ojos mientras se muere de risa.

Tu hijo tiene ahora un año y medio. Va colgado a tu manga. Chilla cada mañana cuando tienes que irte al trabajo. Hace que lo que era tu deber sufra una dichosa metamorfosis. Gracias a él, descubres que ser padre es, en primer lugar, andar a gatas, gruñir como un salvaje en su persecución e intentar devorarlo sin piedad. Hacer el lobo, o el ogro, o el caballito... Cualquier cosa, excepto el hombre adulto. Lo que el hombre adulto que tú eres sabe hacer maravillosamente.

Por lo que se refiere a las buenas maneras, apenas comienzas a leerle un manual de educación cívica del siglo xix, Modesto-Perfecto deja de escucharte. Por el contrario, sus orejas se ponen tiesas tan pronto empiezas a describirle las costumbres del crótalo o del rinoceronte. Los consejos que le prodigas con tono de sargento instructor son

incomprensibles para él; pero si imitas el grito de un animal, si rebuznas, si bramas, si barritas, si bufas, si zureas, si cacareas, si graznas, su cuchichías, si gruñes como un jabalí, si berreas, si silbas como una curruca o si imitas al pájaro carpintero, todo se vuelve claro y apasionante para él.

Es comprensible. El animal, incluso el lobo antropófago, no tiene nuestra psicología compartimentada. Se presenta siempre con candor. Si el hombre pudiera aparecer ante los demás con la misma simplicidad, siendo hombre tan francamente como el lobo es lobo, el pequeño se interesaría por él con el mismo fervor. Por eso, prefiere al payaso.

72. Imperativos a media voz

Con todo, Adolphine ha hecho que te des cuenta de que Modesto-Perfecto no podrá llegar a ser un hombre maduro si tú te contentas con proporcionarle ejemplos notorios de regresión. Tiene que progresar en autonomía y en autoridad. Tiene que llegar a adquirir todas las cualidades que a ti te faltan, la de cabeza de familia, la de emprendedor en la gran industria y el sentirse a gusto consigo mismo (página 143 de *Aprenda a llevar a sus hijos*).[43]

Tú te interrogas sobre la necesidad de tales digresiones. ¿No llegará también él a ser padre y acabará haciendo el caballito? ¿No sería un atajo excelente permanecer en esa situación, en las retahílas de risotadas, la erudición animalista y la construcción naval en origami? ¿Y todas esas historias de lobos, de ogros y de brujas? ¿No son más lúcidas que las observaciones de los manuales cívicos? ¿Qué poder tendrán la autonomía y la autoridad contra los sortilegios de las tinieblas?

Como eres hijo de la obediencia, obedeces a Adolphine y te esfuerzas en dar órdenes. Pero les falta el tono adecuado, y Modesto-Perfecto no se equivoca. Te ha visto golpearte con las paredes, perder al ajedrez, tirar el jabón, que siempre se te resbala de las manos, derramar siempre el café sobre tu chaqueta, ir con la bragueta siempre medio abierta... Él sabe que tú no estás hecho exactamente para imponer una conducta. Y, además, ahora tiene trece años. Ya no lo divierte mucho que te lo subas a los hombros (el dintel de vuestras puertas está evidentemente demasiado bajo para él). Tus cosquillas ya no le hacen reír en absoluto. Está en segundo de ESO, ¿entiendes?, y se preocupa por ti desde tercero de Primaria. Por eso, te ruega que te sientes con él en la cocina mientras hace sus deberes de mates. Te ayuda a revisar las cuentas de la casa.

73. Videojuegos

Se ha abierto una fosa. Vuestra complicidad se ha marchado sin previo aviso. A pesar de todo, debes esforzarte en estar cerca de tu hijo (página 28 de *Comprender a tu adolescente*). De ese modo, para romper el hielo, te interesas por sus pantallas y, para acompañarlo en su camino hacia la plena humanidad, juegas con él a *World of War* y a *Killer Instinct*...

No es que los videojuegos te disgusten. Tú, abúlico, débil, puedes quedarte sentado en un sillón y, con la yema del pulgar, limpiar el reino de los malvados que lo aterrorizan, liberar a la princesa cautiva, morir varias veces y volver a la vida cada una de ellas. Eso se llama "ganar niveles de experiencia". Y Modesto-Perfecto tiene mucho más nivel de experiencia que tú. Sabe utilizar el joystick, mientras que tú todavía buscas la combinación para oler una flor o fraternizar con un zombi. Modesto-Perfecto te explica que no existen funciones como esas, que no, que el fusil de asalto no se puede reemplazar por un ramo de tulipanes, y que un mago, aunque haya llegado al nivel 28 de experiencia, no se puede comer un escalope a la milanesa ni ir a visitar a su anciana mamá.

74. Vivas imágenes de otros

Hay que precisar que esta misma aventura ya te ha ocurrido varias veces, y que nunca has acabado de habituarte. Padre cuatro veces, responsable o irresponsable cuatro veces, aturdido, aplastado al cuadrado... Además, no sabes cómo este estupendo equipo salido del vientre de Adolphine ha podido proceder de ti. Te has empollado varias veces el manual de Conocimiento del Medio de tu hijo mayor, desde la meiosis de la mosca de la fruta hasta la fecundación *in vitro*, nunca has captado la relación entre sus explicaciones y cada nuevo nacimiento. Cada embarazo de Adolphine sigue siendo un misterio. ¡Ella te parece tan realizada y contenta! — ¿Cómo iría a venir todo eso de ti? No te cuesta trabajo creer que ella multiplica las concepciones virginales.

Lo más bonito, sin duda, es que vuestra numerosa familia sintetiza por sí misma el mundo de alrededor. Gracias a una providencia que te ayuda a dilatar tu corazón, cada uno de tus hijos se parece a uno u otro de tus vecinos, alguno a un colega, otro a un artesano de la calle Picpus... Algunos siguen insistiendo en que Adolphine te engaña, o en que te engañó. A menos que no se haya engañado a sí misma (¡es tan fácil en la penumbra!). Porque Adolphine es también una payasa. Apenas comprende mejor que tú lo que os pasa. Su recurso a los libros de psicopedagogía no es más que una ingenua astucia para ocultarse lo inefable.

Por lo demás, el hecho de que Modesto-Perfecto tenga una pinta de familiaridad con el informático del tercero, de que Benito-Lincoln te traiga el recuerdo de vuestro consejero financiero, de que Jennyfer-Domitila te recuerde a la vez al cartero y al técnico de la calefacción, y de que Sarah-Fátima le parezca de forma singular al psicólogo de la escuela, es el regalo más maravilloso que te ha hecho Adolphine. Ella refuerza así tu simpatía por toda esa gente de la vecindad y, poco a poco, por todos los fulanos del barrio. Cada uno de ellos aparece ante ti como uno de tus hijos ya crecido. Cada uno despierta en ti cierta ternura paternal.

75. Carrozón

Se acerca un tiempo en que los hijos son, ante todo, adultos. Te superan en altura por una

cabeza, tienen la voz más fuerte y los brazos más largos. Por mucho que la transformación sea evidente, te cuesta trabajo imaginarla. Todavía ayer, les cambiabas el pañal y los bañabas; ahora, ellos te llevan al médico y te hablan de la situación en Oriente Medio. Todavía ayer, les provocabas la risa escondiéndote detrás de las palmas de tus manos y retirándolas de golpe, la risa de aquellas pequeñas bocas cuyas encías bastaban para iluminar el mundo; ahora te ponen mala cara, aprietan los dientes, se esfuerzan por manejar su porvenir. Modesto-Perfecto se ha convertido en analista de datos; Benito-Lincoln, en D.J. de una discoteca; Jennyfer-Domitila, en experta en marketing en la red... Por mucho que te lo expliquen una y otra vez, nunca llegas a retener en qué consisten sus trabajos.

No han tenido que hacerte descender de tu pedestal. No tenías necesidad de que te empujaran para caer tú mismo de bruces. De pequeños, bastaba verlos, eso justificaba su existencia tanto como la tuya. Ahora, cuando la situación ha dado un giro de ciento ochenta grados, ellos te piden las razones que tuviste para hacerlos participar en esta competición... ¿Qué puedes responderles? ¿Cómo mirarlos de frente, tú que eres el principio de su vulnerabilidad? Fuiste completamente inconsciente. Pero con una inconsciencia pura.

Eso no quita, de todos modos, que te afecte verlos, uno tras otro, desertar de la casa. Habías aprendido a quererlos, a rodearlos de tu obtuso afecto, tejían la trama de tus días, tu alegría agotadora, las preocupaciones que te hacían crecer... ¿Tus cuidados no tenían otro fin que entregárselos a unos desconocidos? Tú aceptas, por supuesto, que un padre no puede casarse con su hija, ni siquiera con su hijo, pero ¿por qué está él llamado a convertirse en un "carrozón", en un pobre prisionero de la generación precedente al que se visita de tiempo en tiempo para llevarles noticias del exterior? Sin duda, tal es el don supremo. Cuando te retiran, cuando dejas de dar, cuando cedes tu sitio a un porvenir que ya no es el tuyo.

Has tenido que llevar sus camitas a la planta de reciclaje. Has tenido que dejar sus ropitas y sus juguetes mutilados en entidades benéficas. Las habitaciones del piso, tan pequeñas hace algunos años, os parecen, a Adolphine y a ti, de golpe, inmensas, y ya no sabéis cómo atravesarlas para reuniros. Felizmente, allí sigue Sarah-Fátima. La que se parece al psicólogo de la escuela. Tiene doce años. Y síndrome de Down.

Ella seguirá allí con su infancia inextinguible. Ella es la que continuará mimándote.

76. Tú también puedes ser buen suegro

Esas partidas son, sin embargo, ocasión de ensanchar el perímetro de tu parentela. Ahora que tus hijos están en edad de casarse, ya no puedes ir por la calle sin considerar que cualquier transeúnte con el que te cruces puede ser una nuera o un yerno potenciales — ¡Cupido usa su arco de una forma tan caprichosa! Los desertores volverán pronto para presentarte, en un desconocido, a un nuevo hijo tuyo por alianza, y tú, a su vez, serás su padre político.

Los emparejamientos fueron mucho más asombrosos de todo lo que tú podías

anticipar. Tu hija, experta en marketing, se ha ido a vivir con un auvernés con antepasados en el Cantal atestiguados desde la época de Enrique III.[44] Tu hijo D.J. en una disco te ha traído la más extraña de las nueras: un neoyorquino que ejerce de tal, que se llama Bryan, se vuelve loco con Édith Piaf y preconiza el matrimonio por amor. Pero ninguno te ha sorprendido tanto como Modesto-Perfecto, el analista de datos. Te ha traído la hija política más singular, llegada de más allá de la antípodas y que te ha abierto el país más enigmático. La conoció en un accidente en la autopista A-7, cerca del área de descanso de La Coucourde. Su nombre es Muerte.

77. Último pañal

No te esperabas una alianza como esa, tan rápida, en cualquier caso: ser padre de un hijo para acabar siendo suegro de su muerte, darle la luz de tu vida para que se vaya a la oscuridad de su noche... Tú te imaginabas un poco que tu paternidad se extendería hasta ese abismo, pero creías que ibas a poder precederlo en él, prepararle el terreno... Desde entonces, te preguntas sobre sus vidas cotidianas, allí abajo, al otro lado del velo, y con una cierta impaciencia. Adolphine y tú esperáis que la joven pareja os invite a iros a vivir con ellos.

Os acordáis de cuando os conocisteis en la rifa de La Garenne-Colombes, de aquel encuentro a partir del cual todo habría podido no comenzar: tú no habrías ganado el robot de cocina y todos esos hijos no hubieran venido jamás al mundo. ¿De qué depende una vida? Y, luego, os acordáis de vuestra primera cita en el jardín del Luxemburgo, bajo la estatua de María Estuardo. Tú le habías dicho: "No sabes cómo me gustaría poder pensar que nuestros dos nombres estuvieran un día grabados en la misma tumba". No, con toda seguridad, tú no habías leído el Manual del Seductor. En tu romanticismo, ibas un poco más rápido de la cuenta. A Adolphine le costó trabajo captar que lo que le proponías así era, verdaderamente, profundamente, acostarte con ella. Tú no sospechabas entonces que vuestro Modesto-Perfecto os invitaría, estando aún vosotros vivos, a acostaros aún más abajo.

36 Los títulos y los autores de las obras relacionadas con la elección del nombre adecuado para un recién nacido son reales y es fácil encontrar información sobre ellas. Quizás sea menos conocida la relación entre el nombre "Robert" y los pechos (femeninos). En 1860, un industrial de Dijon, llamado Edouard Robert, inventó un biberón con una válvula incorporada a su tetina que regulaba el flujo de leche y tuvo un enorme éxito. Ese dispositivo regulador llegó incluso a acoplarse a los pechos de las mujeres que amamantaban. El caso es que, desde entonces, el término masculino *robert* es uno de los más usados en el francés vulgar para referirse a los pechos femeninos, como uno puede comprobar en un buen diccionario de la lengua francesa. Por ejemplo, en *Le Robert* o en su versión abreviada, el *Petit Robert*. Ambos son editados por una casa editorial francesa fundada en 1951 por Paul Robert. [*N. del T.*]

37 El "INSEE" es el *Institut National de la Statistique et des Études Économiques*, que proporciona en Francia las identificaciones fiscales para las personas y las empresas. [*N. del T.*]

38 Hadjadj alude humorísticamente a las "denominaciones de origen" tan importantes ahora en los productos alimenticios y que algunos usan con fines fraudulentos o "incontrolados". [*N. del T.*]

39 Dicho latino ("el nombre es el destino") que se atribuye a Plauto, el comediógrafo romano del siglo III a. C. De hecho, en su obra *Persa*, el esclavo Toxilus pide a su amo que le compre una esclava, muy cara, llamada Lucris ("ganancias"), y le dice para convencerlo: "*Nomen atque omen quantivis iam est preti*" ("El nombre y el destino justifican el precio"). [*N. del T.*]

40 El original francés, aunque con ligeras variantes, dice: *Frère Jacques, Frère Jacques*, / *Dormez-vous? Dormez-vous?* / *Sonnez les matines! Sonnez les matines!...* La traducción habitual al castellano es: "Fray Santiago, Fray Santiago /¿Duerme usted? ¿Duerme usted? / Toque las

campanas, toque las campanas". Esta última orden es la que, por el ruido, causa la perplejidad del padre que quiere dormir al niño. [*N. del T.*]

41 El *feng-shui* ("viento y agua", en chino) es una pseudo-ciencia ancestral china que, basada en postulados estéticos, pretende utilizar las leyes del Cielo y de la Tierra para mejorar la vida, atrayendo la energía positiva. [*N. del T.*]

42 El más famoso de los dos personajes que cita aquí Hadjadj es tal vez Jean William Fritz Piaget (1896-1980), psicólogo, filósofo, matemático y biólogo suizo creador de la llamada epistemología genética e influyente en grado máximo en las corrientes pedagógicas modernas. Su contemporáneo, Donald Woods Winnicott (1896-1971), fue un célebre pediatra, psiquiatra y psicoanalista inglés. Su trabajo se centró en el desarrollo del "yo" del niño, tomando como factor esencial de dicho desarrollo la relación con su madre a través de la lactancia. [*N. del T.*]

43 Este título, como algún otro que aparecerá citado más abajo, es, muy probablemente inventado, aunque, muy probablemente también, se parecerá mucho a alguno real. [*N. del T.*]

44 Cantal es un departamento de Francia, el número 15, situado en la región de Auvernia-Ródano-Alpes. Sus habitantes se denominan, en francés, *cantaliens* o *cantalous* ("cantaleses"). En el siglo XIX hubo una emigración masiva de cantaleses a España. [*N. del T.*]

Capítulo noveno

Guerras de (escasa) religión[45]

78. Un dios visible

La cosa, el animal, tu prójimo, tu mujer, tu hijo, su muerte, todo lo que te va trascendiendo cada vez más, tira de ti y te hace tambalear, todo eso es lo que te convierte en payaso. Has notado que hay un misterio detrás de todo eso — o una mistificación delante. Entonces, te has puesto a indagar. ¿Cuál es el principio primero del ser payaso? ¿Quién está en el origen de esos tragos tomados poco a poco, el de la embriaguez y el de la vergüenza, el de la fiesta y el de la muerte? ¿Quién — o qué?

Primeramente, encontraste a alguien que te dijo que la palabra "Dios" no quería decir nada y que no había que creer en él. Lo creíste inmediatamente. Se llamaba Gabriel Z. Estabas convencido de que era una especie de arcángel. Para hablar de una forma tan categórica, para zanjar las cosas tan arriba, no podía ser más que un confidente del Cielo. De hecho, había obtenido su licenciatura en filosofía en la Universidad de París XIII-Villetaneuse con una mención honorífica. Tú no podías imaginar un título por encima de ese. Te gustaba tanto oír cómo predicaba el espíritu de independencia, la desobediencia civil, que tú lo seguías a todas partes.[46]

79. Un dios visible (II) — Para no desesperar de la nada

Él te explicó que el hombre era producto del azar, lo cual te hizo tenerle al azar una gran devoción. Enseguida empezaste a suplicarle: ¡Oh Azar!... Pero Gabriel Z. denunció tu gran error y tu credulidad: "El azar es el azar, no una nueva divinidad". Así que tú continuaste suplicando que te explicaran el mundo, pero ahora a él. Ante ese tipo de plegaria, Gabriel Z. mostraba mucha menos indignación.

Había una cosa que tenía gran importancia para él: el alma no existía, no había nada después de la muerte. Ese era el primer artículo de su credo: "Nada después de la muerte". Lo profesaba con tal convicción, con tal fuerza oratoria, que tú te preguntabas si siquiera habría algo antes. Todo se está descomponiendo siempre, y con ello todos los hombres. Era su más preciada esperanza.

No es que la cosa te molestara mucho por ti mismo; alimentar a los gusanos, tú, tan indigesto, te llegaba a parecer una insigne promoción. Te molestaba sobre todo por él, al que tú admirabas tanto, por él y después por Adolphine y los niños: "¿No podríais continuar viviendo un poco, no sé, en forma de ectoplasma, por ejemplo?". Te oponía un rechazo categórico. Desplegaba ese rechazo en grandes cantidades de páginas que él, con

gran generosidad, deseaba que pasaran a la posteridad como una advertencia salvadora.

Sus libros ya habían conseguido cierto éxito de la crítica, especialmente *Cómo hubiera hecho yo a Dios*, *Me mearé en vuestras cunas* o también *Suicidarse es algo demasiado optimista*... Comprendiste pronto la sutileza de su trayectoria. Su afirmación de la muerte total, expresada usando todos los tropos literarios, repintada de gris sobre gris, le permitiría sobrevivir a su muerte en papel biblia. Pero él negaba que esa notoriedad fuera para sí mismo. Sería para los demás, para las generaciones futuras, que, si no eran catequizadas por sus obras, se arriesgaban a desesperar de la nada.

80. Un dios visible (III) — Final de partida

Cuando descubrió que tenía el hígado afectado por un cáncer ya brillantemente llegado a un estadio terminal, notaste que vacilaba en su fe. Fuiste a visitarlo a su habitación del hospital — la 007 del pabellón B 3, en Villejuif — con objeto de subirle la moral: "Tenga usted confianza, Gabriel, no dejará usted nada, volverá al polvo, será totalmente aniquilado, conforme a sus escrituras. Además, tiene usted suerte: no tiene detrás ningún descendiente que siga manteniendo durante unos años lo que usted llama un «estúpido y falaz recuerdo» (página 253 de su libro *No ser o dejar de ser*)". Estas palabras de consuelo le hicieron llorar abundantemente.

Una tarde, Z. te suplicó que lo dejaras tranquilo y no volvieras a visitarlo jamás. Sin duda, no quería volver a ser consolado. Sin duda, prefería hundirse en la desaparición.

Murió tres días después. Para respetar su voluntad primera, tú no fuiste a sus exequias ("ceremonia mentirosa") y te esforzaste en olvidarlo cuanto antes. Cosa que, reconozcámoslo, conseguiste con bastante facilidad.

81. Entre los barbudos

Volviste pronto a ciertas intuiciones elementales. Aunque fuera profesor con mención honorífica, Gabriel Z. no dejaba nunca de afeitarse a ras de piel. La verdad es la cosa te inquietaba un poco. Siempre habías tenido el presentimiento de que un sabio debía dejarse la barba. Esa opulencia de pelo cayendo sobre el busto habla de un hombre con experiencia, si no de un patriarca. Provisto de ese criterio, partiste a la busca del templo que contuviera más barbudos.

Lo descubriste no muy lejos del zoológico del *Jardin des Plantes*.[47] Era un lugar lleno de alfombras donde gente muy favorecida en el plano de la vellosidad maxilar se prosternaba recitando en una lengua gutural. Algunos llevaban grandes vendajes en la cabeza, sin duda a causa de la fuerza con la que su devoción los proyectaba contra el suelo. Enseguida, te sentiste cercano a ellos.

82. Entre los barbudos (II) — Gozos de la guerra santa

Tras algunos meses frecuentando aquel lugar asiduamente, alrededor de vasos de té con menta, pastelillos de miel y conversaciones sobre el Dios único, bastó que pronunciaras una fórmula mirando hacia el sudeste (en dirección a Grenoble, según la información que obtuviste después en un planisferio) y ya estaba todo hecho, entrabas en su hermandad, aunque todavía sin barba.

Poco después, los oíste debatir sobre un juego a gran escala, susceptible de extensiones indefinidas. Lo llamaban "la guerra santa". No hace falta mencionar que a ti, y a tus hijos, siempre os ha gustado la guerra. ¡Cuántas veces, durante tardes enteras, os habréis masacrado mutuamente! ¡Cuántas horas habréis pasado ametrallándoos y haciendo con la boca ra-ta-ta-ta-tá! A veces, os lanzabais granadas en medio del comedor y, a pesar del brillante éxito de la operación, Adolphine te pedía que pusieras la mesa.

Tus nuevos hermanos de religión se preguntaban si no sería lo último en cuestión de piedad entregarse a ejercicios de ese tipo, pero en lugares públicos, entre desconocidos. No estaban de acuerdo todos acerca de la naturaleza de la guerra santa: unos afirmaban que era algo esencialmente espiritual y dirigido contra uno mismo; otros, que era fundamentalmente material y contra los enemigos del Único. Tú preferiste unirte a estos últimos: sus barbas eran más tupidas, sus cejas más umbrosas y tú querías enseñarles lo bien que sabías hacer las deflagraciones.

83. Entre los barbudos (III) — Operación comercial

Se quedaron impresionados por tu fervor. ¿Ibas a preparar un coche-bomba? ¿Ponerte un chaleco de dinamita? Sí, eso, te harías volar en el centro comercial "Los Cuatro Caminos", en Colombes. Ellos te garantizaron que, para recompensar tus buenos y leales servicios, Dios te llevaría directo al paraíso y te asignaría un harén de setenta y dos vírgenes — promesa que casi te hizo renunciar, porque ya la compañía de Adolphine te parecía sobrepasar tus menguadas fuerzas. Le dijiste que cometerías el atentado gratuitamente, por puro placer, sin contar con ninguna otra recompensa. Te tomarías la molestia con un perfecto desinterés. Además, tú eras experto en explosivos, y lo único que igualaba en intensidad a tu odio a los infieles era tu gusto por el teatro.

Una semana después, cuando se enteraron de que habías llevado a cabo tu misión haciendo bum y pam-pam delante de los estantes de conservas del supermercado, tus hermanos no parecieron ponerse muy contentos. No obstante, tú habías puesto en ello todo tu corazón, superándote en la imitación de los petardos y de las bombas, llevando tu audacia hasta esparcir a tu alrededor un bote de ketchup de tamaño familiar y de hacer que te echara un gran vigilante negro que no podía parar de reír.

Los niños también se habían reído mucho cerca del carrito de la compra de su madre. Habían llegado hasta a olvidarse de acosarla para que les comprara un juguete. ¿No fue aquello una auténtica guerra santa?

84. El reino de las flores

Rehuyendo desde entonces a tus hermanos barbudos, te pusiste a vagar por la ciudad en busca de otros maestros. No pasó mucho tiempo sin que fueras abordado por unos tipos que deseaban tu salvación. E incluso tu firma. Te diste cuenta inmediatamente de su altura moral. Querían que firmaras una petición para rescatar a los animales dañinos — o sea, contra el sindicato de desratizadores. ¿No estabas "sensibilizado" con esa causa? Por decirlo todo, al principio te sensibilizaron sus largas cabelleras y, aún más, las axilas peludas de sus mujeres, que expresaban la sabiduría al menos de una forma tan plena como la barba más blanca.

Su comunidad pretendía ser más pacífica que la anterior. No estaba por la explosión de bombas, sino por la eclosión de flores. Reclamaba la multiplicación de los jardines y, para ello, por respeto al ambiente, veía conveniente eliminar el mayo número posible de guarderías infantiles.

Descubriste que los tuyos tenían una "huella de carbono" muy pesada, que habían devastado bosques para implantar en ellos sus jardines de infancia y habían contaminado ríos con sus pañales desechables.[48] ¡Con que sólo hubiera habido en tu progenitura un yorkshire, una iguana o incluso un rododendro! ¡Ahora bien, tenías cuatro pequeños y, para desgracia tuya, todos eran humanos! Una auténtica ofensa a la "biodiversidad".

85. El reino de las flores (II) — Hermanas Lenteja y Soja

Te dieron a leer su declaración universal de los derechos del tiburón. Te enseñaron su manifiesto por la igualdad de perros y gatos con los hombres. Todos los seres vivos de la Tierra debían cogerse de la mano, o de la pata, o de la aleta, o de la rama, o del sombrero (¡no nos olvidemos de las setas!). Todos debían acogerse entre sí como hermanos y hermanas en la Tierra-Madre — a excepción de los cachorros humanos, por supuesto.

Tus compañeros barbudos de otro tiempo ya te habían prohibido el consumo de la carne de cerdo, por aversión a ese animal impuro. Tus hermanos y hermanas de hoy te lo siguen prohibiendo, pero por amor a nuestro rosado primo. Extienden, además, la prohibición a la ternera, al cabrito, al pollo y hasta al lenguado a la molinera. ¿Por qué al lenguado? Debido a la fraternidad universal. La Tierra-Madre no quiere el horror del fratricidio entre sus hijos. Dabas tu aprobación sirviéndote algo más de tofu.

En tu celo, llegaste a sentirte culpable de engullir a las hermanas lenteja y soja. ¿No deberíamos buscar un régimen más humano en lo referente a las verduras? ¿Deberíamos abandonar la lechuga a las violencias del corte y el escurrido? ¿No deberíamos preocuparnos de la suerte de los guisantes arrancados de su vaina, de las patatas cortadas y fritas, de las zanahorias tan odiosamente cocidas o ralladas, sin hablar del atroz suplicio que le hacemos sufrir, hoja a hoja, a la alcachofa?

Te pusiste a chupar guijarros. Querías ser "mineraliano". Los hijos y las hijas de la Tierra-Madre te hablaron de una diferencia esencial entre la planta y el animal, relacionada con el sistema nervioso, y no había ninguna duda, en efecto, de que tú

comenzabas a dañar seriamente el suyo.

86. El reino de las flores (III) — Por una nueva “globada”

Querías mostrarles tu buena voluntad a pesar de tu familia numerosa. Te enrolaste en una gran cruzada (pero ahora habría que llamarla “globada”): a fin de preservar a la gacela, se trataba de difundir el vegetarianismo entre los leones.

Un objetivo como ese no se podía alcanzar de un día para otro. Había que arrancar con un objetivo más modesto. Por eso, te ejercitaste con los hermanos gatos y las hermanas gatas de tus hermanos y hermanas de la Tierra-Madre. Les hurtabas sus croquetas y su paté. Se las cambiabas por quinoa obtenida de la agricultura biológica y del comercio justo. Los domingos, les añadías semillas de puerro germinadas. Pero los hermanos gatos se volvieron más salvajes. Se conformaron con los hermanos ratones y los hermanos gorriones.

Así, la casa de tus amigos vegetarianos se llenó de animales muertos. Intentaste culpar al hermano gato y a la hermana gata. Pero te hicieron notar que tú solo te habías excluido de la fraternidad universal.

87. El Sí-mismo profundo

Un pequeño cartel pegado en el escaparate de una peluquería canina fue para ti como una ventana abierta a otro mundo:

R &; R
Sabiduría oriental en Porte de Vincennes
Respiración ventral
Descubrimiento del Sí-mismo profundo
en postura de Loto
Meditación Trascendental hasta
el Séptimo Grado, incluido
Técnicas de Vaciado
(El curso completo se puede pagar en tres plazos)
No había la menor sombra de duda: tenías
que vaciarte de tu Yo venal y superficial,
y descubrir tu Sí-mismo profundo.
Pediste un préstamo en el banco.

88. El Sí-mismo profundo (II) — Los “rimpochés”

La operación de descubrimiento del Sí-mismo se realizaba en el patrio trasero de un edificio de categoría. En una gran sala, esencialmente decorada con cojines negros tirados sobre una alfombra de danza de color naranja, se encontraban secretarias,

institutrices, profesores de francés o directores comerciales, a fin de aprender a no pensar en nada (evidentemente, todos habían empezado a pensar en algo y eso les había dado mucho miedo). Supervisaban este aprendizaje dos maestros. Se habían iniciado en la India, pero uno de ellos era originario de Sucy-en-Brie y el otro de Marolles-en-Hurepoix. "R &; R" era un acróstico de sus diminutivos, Roger y Robert, pero también de "rimpoché" (que quiere decir "precioso" en tibetano).[49]

Roger y Robert tenían en gran aprecio fundir sus nombres y sus dignidades en la misma inicial. Los "discípulos" debían llamarlos "R", tanto al uno como al otro, indiferentemente. Casi cada sesión, como si fuera la primera vez, uno de los dos comentaba: "Libres como l'R", mientras que el otro subrayaba la sutileza del juego de palabras con un guiño repetido.[50]

Su identidad de iniciales no bastaba para hacer desaparecer completamente sus diferencias. Uno de los R era apretado, gordito y de tez bronceada, y el otro R era pálido, largo como un espárrago y del mismo color blanco verdoso. Este último, enfundado en un cuello de cisne gris, apenas hablaba: se contentaba con abrir sus chakras, presentar las posturas y hacer demostraciones de respiración. El que enunciaba con elocuencia la doctrina era el gordito.[51]

Dicha doctrina tenía por objeto la abolición de las diferencias descritas más arriba. Por encima de sus atributos diversos y no esenciales, no había más que un solo R, un solo Sí-mismo profundo y absoluto.

89. El Sí-mismo profundo (III) — El precio del desprendimiento

¡Qué impaciente estabas por ser liberado de esa existencia separada que incomodaba a todo el mundo! No sería fácil. Te diste cuenta al intentar poner cada unos de los pies en la ingle opuesta, a pesar de la rigidez de tus articulaciones.

R (el gordito) exponía la "sabiduría secreta de los grandes maestros", la que se podía leer en el número de julio-agosto de *Meditar y adelgazar*. Se trataba de hacer el vacío. De poner a funcionar el aspirador central del Sí-mismo. Que todos tus miembros se replieguen como tu pito en agua helada, que todos tus sentidos desanden el camino de su ingenua apertura al mundo, que tú te retraigas como un paraguas bajo un cielo de nuevo raso: "Conocéis a la tortuga, que se retira dentro de su caparazón. Imaginaos ahora que ese caparazón se retira dentro de sus átomos, y que esos átomos se retiran dentro de la nada, y que esa nada se retira dentro del absoluto antes de la diferenciación...".

Ese fue el origen de tus primeras dudas. No conseguías admitir que tus enfrentamientos con Adolphine no fueran más que ilusiones. Además, Adolphine tampoco creía en vuestra indiferenciación real. Tú le asegurabas: "Tú y yo somos un solo Sí-mismo profundo...". Se lo decías, sobre todo, cuando ella te pedía que hicieras algo (para insinuarle que también podía hacerlo ella misma), y eso tenía la virtud de ponerla nerviosa. El Sí-mismo profundo estaba esquizofrénico. Cuanto más entrabas en resonancia total con el mundo manteniendo la postura del loto, impasible, en el salón,

más segura estaba ella de pedir el divorcio.

Así pues, no conseguiste alcanzar el séptimo grado incluido. Ni siquiera el segundo. Y no fue únicamente a causa de Adolphine. Tu banco rechazó tu petición de crédito-consumo. Y los dos R eran formales: sin la entrada de 1000 euros, era imposible comenzar a seguir con seriedad la senda del desprendimiento.

90. Esfuerzo hacia lo transhumano

Te dirigiste a la Agencia Nacional de Empleo. Siempre fue para ti un lugar de revitalización. No hay nada más propicio para encontrar gente nueva, sobre todo, que aquella gran sala de espera. Y son pocos los que se aprovechan de ello. La gente está allí como si cada uno estuviera en un departamento estanco. El impreso de la ASSEDIC les oculta el mundo entero.[52] Pero tú, tú no esperas más, tú te infiltras, tú intentas descubrir a unos y otros, tú les preguntas si son felices, si viven en la verdad, cómo se preparan para morir, en fin, los rudimentos de una conversación cordial...

Allí fue donde te abordó un hombrecillo nervioso, sombrío, vestido con una indumentaria cuya blancura recordaba la bata de los médicos. Se había fijado en tu extraño comportamiento. Te preguntó si querías participar en un experimento científico y convertirte, quizá, en el primero de los superhombres. La remuneración era miserable — la posibilidad de llegar a ser un superhombre era ya una compensación considerable. Bastaba con firmar una asunción de responsabilidades. Ese solo hecho — firmar una asunción de responsabilidades — te pareció un honor maravilloso. Aceptaste con gratitud, pero, al intentar estrecharle calurosamente la mano, él se volvió diciendo: “Espere un poco, que me tengo que asegurar la prótesis”.

91. Esfuerzo hacia lo transhumano (II) — El auténtico supermán

Para ser un superhombre, había que comenzar por ser una cobaya. El hombrecillo nervioso no era otro que el profesor Kurtz, “biurgo”,[53] acreditado por varios hospitales psiquiátricos. Quería hacerte el raro favor de ponerte un implante cortical y una prótesis de brazo: el primero te permitiría calcular mejor que una calculadora y tener una enciclopedia disponible en el cerebro; el segundo, cargar con un vehículo de una tonelada y, gracias a una extensión telescópica, propinar puñetazos mortales a una distancia de dos metros. Esta sería una primera etapa antes del intento de neutralización del gen del envejecimiento: “¡Será usted inmortal!”. De momento, sólo hacía falta abrirte el cráneo y cortarte un brazo.

Te asaltó una duda repentina. Las proezas tecnológicas que él te mostró (el ratón fosforescente, el perro con mandíbula de acero, el loro conectado a la red de telefonía móvil para usar como contestador automático...) no bastaron para calmarte. No temías que las operaciones fueran un fracaso. Temías que pudieran tener demasiado éxito.

Le preguntaste si tenía un sacacorchos para implantarte — sólo un sacacorchos —, porque tener un buen sacacorchos y saber manejarlo para servir el vino a los amigos te parecía algo digno de un hombre aumentado. El profesor Kurtz te confesó que, entre sus innumerables e innovadores aparatos, no estaba el sacacorchos. Ni siquiera un quitachapas. Entonces le preguntaste si tenía algún otro tipo de prótesis, algo así como una mano más sensible, más vulnerable, menos fuerte para apretar pero más apta para acariciar...

En cuanto a la inmortalidad... ¿Cuánta gente estaba ya muerta y era mejor que tú — empezando por vuestro hijo Modesto-Perfecto? Les sobrevivirías sin mérito alguno. Te sentirías superviviente por error.

El profesor Kurtz no pareció captar tu intención. ¡Cómo! ¿No quiere usted ser inmortal? Ya no querías firmar la asunción de responsabilidad. No, a pesar de todo el honor que te conferiría, ya no querías.

92. Vida de sastre

Hete aquí de nuevo excluido, infrahombre, confundido como una aberración óptica en un trampantojo. Percibías en los escaparates el reflejo de un tipo que caminaba sujetándose la correa y cuya rodilla izquierda, en cada zancada, asomaba su cabeza, como una pobre marmota pelada, por un roto del pantalón. Te dio lástima de él, sin comprender que eras tú mismo. En ese momento, viste una tienda pequeña en la que tu imagen aparecía de repente atravesada por estos caracteres amarillos:

EL CORTE Y LA MEDIDA
Alta costura y pequeños retoques
ZABULÓN NEFTALÍ
Especialista mundial en solapa y dobladillo
abierto de miércoles a jueves de 14 h 54 a 16 h 29

Era miércoles. Eran las tres y cuarto de la tarde. Inútil decir más. La providencia te hacía señas.

93. Vida de sastre (II) — El taparrabos del cráneo

Fuera era de día, pero en la pequeña tienda, estrecha y alargada como un pasillo, siempre había luz crepuscular. Los trajes y los abrigos estaban colgados del techo, suspendidos en barras o vestidos por maniquíes sin cabeza. Más allá de las telas, brillaba la claridad de una lámpara. Iluminaba las manos y el rostro de un viejo que se aplicaba a la costura. Tenía una barba exagerada, rizada como su cabellera encanecida.

Dos signos lo distinguían de los barbudos que tú habías conocido en otro tiempo — signos que hacían su barba más traviesa, pero también más nerviosa. En primer lugar, desde sus sienes y hasta su mesa de trabajo caían dos largos tirabuzones: rizos de jovencita o guirnaldas de Navidad teñidas de luto... Si su barba confirmaba la imagen del

sabio, los dos mechones rizados la cuestionaban deliberadamente.

El otro signo se situaba encima de su cabeza, visible a tus ojos, porque la tenía inclinada sobre su trabajo. Si tu nariz roja es la máscara más pequeña del mundo, allí descubriste el sombrero más pequeño. Además, no era un sombrero, sino una especie de posavasos o de confetti desmesurado. No lo tenía encasquetado, sino sólo posado sobre la cabeza. Te preguntabas qué hacía que se sostuviera.

"Quítese el pantalón. Voy a arreglarle eso enseguida". Esas fueron sus primeras palabras. Esa simplicidad te garantizó que estabas en presencia de un maestro. Confiándole tu pantalón ancho y roto, sentiste nacer en ti un nuevo pudor. No era por tener las piernas desnudas, sino por llevar, desde hacía tanto tiempo, la cabeza descubierta, desprovista de ese casquete que, de repente, te pareció algo más fundamental que la hoja de parra, sin que supieras exactamente por qué.[54]

94. Vida de sastre (III) — Shabbat-man

Zabulón Neftalí trabajaba lentamente a la luz de su lámpara, en una atmósfera de icono. Comenzó poniéndole una banda elástica a tu pantalón. Le había bastando una sola mirada: "Usted tiene la 42". Este sastre era hijo de profetas. Enseguida añadió: "No hay nada que se ajuste realmente a la talla de un hombre. Rabí Moyshele de Estrasburgo decía que Rabí Ozer de Praga había oído de Rabí Bounam de Lublin estas palabras con las que rebatía a Rabí Asher de Túnez: «Los calzones mejor ajustados nunca se adaptarán a nuestro verdadero trasero»". ¿Acaso era ese el sentido de aquel casquete colocado, que no hundido, sobre el cráneo: la confesión de un imposible a la medida?

Tú le contaste tus recientes dificultades para convertirte en superhombre. Parecía comprenderte, comprenderte íntimamente, y compadecerse. Te habló del superhéroe de su infancia — Shabbat-man. Su memoria conservaba su indeleble marca. Ese superhéroe era conocido por el poder de su oración. En realidad, estaba dotado de superpoderes, como los de los demás superhéroes, e incluso más impresionantes que los suyos. Pero sólo los tenía desde el viernes por la noche hasta el sábado por la noche y, como ese era el periodo del shabbat, no le era lícito utilizarlos. Shabbat-man poseía, por lo tanto, bastantes poderes en reserva para contener definitivamente la progresión del mal en la tierra, pero, por obediencia a la ley de Moisés, se guardaba de hacer uso de ellos y se sentía cómplice de todos los crímenes que no había podido impedir. Por esa razón, su oración era tan intensa — de una atroz intensidad.

95. Vida de sastre (IV) — Credulidad de Dios

Para gran asombro tuyo, Neftalí te confesó que él no creía en Dios: "No, no creemos, es él quien cree en nosotros". El sastre y su pueblo intentaban cada dos por tres escapar de Él, pero, en cada ocasión, Dios los volvía a atrapar. Con todos sus corazones, con todas sus almas, con todas sus fuerzas, ellos afirmaban que el Eterno no existía, que no era

más que el opio del pueblo, la neurosis del hijo y la relatividad de la materia, pero pronto acabaron por dudar de su propia existencia, mientras que él, el Eterno, no fallaba jamás: se les hacía presente a la vuelta de un arbusto, en un asunto de falso espionaje, en el decreto de una administración impía, en su designación de aguafiestas de la paz mundial...[55]

Verdaderamente, Dios era demasiado crédulo. Se empeñaba, los reelegía a pesar de sus esfuerzos por confundirse con la masa y ser peores que los demás. En resumen, como amaba la obra de sus manos, él los idolatraba, y se enredaba una y otra vez intentando cuidarlos. Ellos hubieran preferido que los dejara tranquilos, poder ser esclavos en Egipto, astrónomos en Babilonia, kantianos en Alemania, comunistas en Inglaterra, capitanes en Francia, psicólogos en Austria o industriales en China, pero sus billetes de banco y sus libros de filosofía no conseguían disimular quiénes eran.[56] El Eterno tenía un excelente olfato, volvía a buscarlos y los enviaba a una tierra que él les daba pero que no era de ellos, a fin de que establecieran su patria en la imposibilidad de instalarse, su morada en los carbones ardientes, un refugio en el vientre del monstruo...[57]

Ya había terminado con tu remiendo. Aun así, volviste al día siguiente. Te sirvió de pretexto un roto en la manga. Aunque eran las tres y tres minutos, encontraste la sastrería cerrada, la persiana metálica bajada, sorprendido por el cartel de "se traspasa". Unos vecinos te contaron que Neftalí había cogido el avión para ese país que no pertenecía a los suyos, sino que el Eterno les había dado como tema de disputa eterna ("Rabí Menahem de Buenos Aires recordaba que Rabí Gédéon de Porte de Vanves decía refiriéndose a Rabí Jacob de Funes que se oponía, al menos en este particular, a Rabí Aaron de Mauberge: «Los hijos de David no se enraízan en el espacio, sino en el tiempo. Por esa razón, su territorio parece una cuenta atrás»").

96. I. H.S.

Pensabas que nunca podrías encontrar un maestro igual que Neftalí. Todavía merodeabas alrededor de su tienda cuando descubriste, no lejos de allí, entre algunos edificios, una especie de castillo coronado por el signo de sumar, a no ser que fuera alguna clase de cruz para marcar el cielo. La altura desde el techo era de unos veinticinco metros; sin embargo, no había pisos ni tabiques. Era un solo e inmenso volumen desperdiciado, tan grande que sentías cómo tu pecho se dilataba, cómo tu cabeza se alzaba y tus piernas se disponían a saltar entre los bancos. Todavía no comprendías por qué, en el seno de aquella vastedad, la gente parecía experimentar la necesidad de recogerse inmóvil y con las manos unidas.

Había allí un pequeño disco blanco expuesto en un marco radiante. ¿Sería posible? Toda aquella amplia arquitectura era para aquella especie de monedita. Para colmo, te informaron de que estaba hecha de pan sin levadura. Y algunas personas muy dignas se arrodillaban ante aquella migaja, con la espalda inclinada, con discreción, cerrando sus párpados como si frente a ellos estuvieran el sol y la muerte.

Tanta devoción ante una cosa tan insignificante te devolvió un poco de esperanza. ¿No eras tú acaso tan pálido y tan plano como aquel disco? Pero también estaba allí aquella estatua reconfortante: un atleta casi completamente desnudo, al que le impedían realizar cualquier actuación sus brazos clavados en el signo más. Por encima de su cabeza, la mención "I.H.S.". Te pareció tan clara como su hubieras sido un iniciado de mucho tiempo. Tú habías encontrado ya lo esencial de aquella abreviatura en la puerta de un ascensor averiado. Sin dificultad, expandiste las tres mayúsculas en esta frase: "Yo (estoy) Fuera de Servicio".[58]

97. I. H.S. (II) — La confesión

Te dirigiste a un hombre que se ponía unas ropas de gran ceremonial. Ahora, llevaba camisa y traje negros, con una solapa marcada por el signo de sumar y un cuello adornado con un rectángulo blanco (quizá un signo de restar muy ancho). No tenía barba, pero, cuando hablaba, los michelines de su triple papada se movían sobre el rectángulo blanco, lo cual producía un efecto solemne, como de una segunda o tercera boca misteriosa.

Algo no menos misterioso: algunas ancianas señoras lo llamaban "Padre", cuando, en realidad, ellas habrían podido ser sus madres. Por otro lado, tenía un gran éxito con dichas señoras. Todo ello te incitó a pedirle una entrevista en el acto: "Mañana, si a usted le parece bien, porque ahora tengo la reunión del Consejo Parroquial". Al día siguiente, te pidió que volvieras más tarde porque tenía otra reunión con el CLAM ("Comité de Laicos para la Animación de las Misas"). Más tarde, fue reclamado también por la organización de la Peregrinación de los Parapléjicos — lo que necesariamente le llevaría un cierto tiempo. Después, tuvo el encuentro con la Asociación para una Pastoral Adaptada a los Jóvenes (la APAJ), la Sopa para los "sin techo" (la SST), la exposición de la Comunicación para el Dinero del Culto (la CulCom), la Reunión de Amistad de los Antiguos Lobatos (la RAAL) en la casa de retiros de las hermanas de Picpus... Cada vez que se explicaba, meneaba tristemente la cabeza, lo que hacía que se rozara lamentablemente los michelines de la papada. Pasados tres días, te concedió por fin la deseada entrevista, y te pusiste contento de salirte con la tuya.

Esta entrevista se desarrolló de acuerdo con un ritual sorprendente. Se colocó una bufanda malva y te hizo entrar en la mitad de una alacena, entrando él en la otra mitad. Había entre ambos, un hueco provisto de una rejilla de madera, de manera que ya no podíais veros, sino sólo escucharos. Y allí, súbitamente, en la penumbra de la alacena, te dijo en un murmullo. "Que el Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que confieses dignamente todos tus pecados...".

Tú no te esperabas que un hombre como aquel, agobiado por las reuniones, te hablara de manera tan directa. Nadie había entrado en materia contigo nunca de una manera tan abrupta. Entendiste con claridad la situación: para romper de tal forma con las convenciones mundanas, como mínimo había que esconderse en una alacena.

No te hacía falta nada más. Lo desembuchaste todo: los robos, las violaciones, los

atentados, los infanticidios, las guerras y los crímenes de guerra, todos los que morían de hambre en la otra punta del mundo, todo el mal que, como Shabbat-man, no habías podido impedir... Pero, además, estaba el mal del que te hacías cómplice por haber aceptado tan plenamente la vida y, por consiguiente, el sufrimiento, la muerte, la posibilidad de la injusticia (¿no habías encendido, justamente aquella mañana, la lámpara de tu cuarto de baño y te habías duchado, contribuyendo así al desarrollo de la energía nuclear y a la escasez de agua potable?). Te acusaste también de los temblores de tierra:

— ¿Ha cometido usted temblores de tierra?

— Sí... Padre... y tsunamis, epidemias de gripe, de peste, de Ébola... y la canícula tan inclemente con los viejos... y la próxima glaciación... intento refrenarme, pero es más fuerte que yo...

El Padre no siguió mucho más tiempo en la alacena. Ahora podías verlo ante tu compartimento, pero ya no lo oías. Sus tres pares de labios se mordieron un buen rato unos a otros. Después, estallaron al unísono: "¡Largo de aquí!".

98. I. H.S. (III) — Uno que llega en el momento oportuno

Hubo que esperar varias semanas antes de que se dignara readmitirte y darte tu primera lección de catecismo. Había acabado por darse cuenta de que no eras más que un pobre hombre y, además, aquella mañana él había predicado el perdón de los pecados.

Su boca principal se puso a discurrir por encima de los labios de su enorme cuello. Se movían sin abrirse, de suerte que todas sus palabras se festoneaban de sus contrapuntos silenciosos. Te dijo que Dios había venido a este mundo para revelarse y salvarnos, y eso aunque no hubiera conseguido salvarnos de los temblores de tierra ni de los consejos parroquiales, y aunque su revelación nos lo haya hecho aún más incomprensible. Porque había revelado que era efectivamente Único, pero en Tres Personas, Universal, pero perteneciente al pueblo singular de Zabulón Neftalí. De hecho, su Hijo se había hecho hombre para estar así más cerca de los hombres, y los hombres habían aprovechado tal circunstancia para ponerlo bajo arresto. Después, como era Dios, lo habían condenado por blasfemo. Dios había muerto, por tanto, sobre el signo de sumar, pero había resucitado al tercer día, para volver a desaparecer, y hacerse presente y comestible, a partir de entonces, bajo la forma de una migaja de pan.

Por la manera en que se enmarañaban las tres bocas en sus explicaciones y por la forma en que el sudor le caía por la frente a aquel hombre ensotanado, te diste cuenta enseguida de hasta qué punto era engorrosa, para él, aquella Revelación, y de que él no se la había podido inventar. ¿Quién habría podido inventar una religión tan adecuada a los payasos? Además, él te había insistido varias veces en que el Hijo, para continuar su misión, había elegido a hombres bastante defectuosos y que los había enviado como corderos en medio de lobos.

99. I. H.S. (IV) — Y los suyos no lo recibieron

¿Cómo mostrarle que te adherías a todo sin reserva? ¿Cómo demostrarle tu gratitud? ¿Cómo honrarlo como auténtico portador de la Buena Noticia del Malentendido? Violentando tu gran timidez, te pusiste a gritarle que sus observaciones eran intolerables, que él no era más que un esbirro de Satanás y que merecía también ser crucificado o, al menos — puesto que ninguna reunión del Consejo Parroquial había pensado en poner al alcance de los fieles los instrumentos de tal suplicio —, clavado con chinchetas en el gran panel de informaciones que había a la entrada del edificio.

Tú te desgañitabas mostrando aquella ira solamente por educación. Querías hacerte eco de la eficacia de su predicación. ¡No ibas a decirle: "Bravo, Padre, estoy totalmente de acuerdo!". Eso hubiera supuesto mostrarle que no habías comprendido su historia. Por el contrario, al rechazarlo lo acogías como verdadero discípulo de su maestro. El Señor no había sido recibido por los suyos, así que a ti te parecía necesario, por lo tanto, para recibirlo como a su Señor, no recibirlo, ayudarle a conformarse a su modelo y manifestarle así que tú también eras uno de los suyos, que, a su vez, tampoco lo sabía recibir a él, puesto que era necesario pasar por el malentendido para acabar entendiéndose...

Aquello no le gustó para nada al Padre. Te acusó de faltar a la decencia exigible en la Casa de Dios. Tú interpretaste la reprimenda como una palabra de ánimo y redoblaste tus ataques. Y también aquella vez, las tres bocas se crisparon durante unos momentos y, después, explotaron en un formidable "¡Largo de aquí!".

No te hiciste rogar y te marchaste. Las señoras del CLAM habían llegado ya y tú las imaginabas furiosas por el retraso con que empezaría su reunión, y las veías transformándose en amazonas dispuestas a sacudirte con sus bolsos. Por lo demás, tú habías captado por fin el sentido del imperativo. No se trataba de una impaciencia grosera, sino de un mandamiento divino. Aquel "¡largo de aquí!" era tu envío a la misión.

45 El título francés original de este último capítulo es *Guère de religion* ("Poca religión"). Sin embargo, la pronunciación es casi idéntica a la expresión más habitual *Guerre de religion* ("Guerra de religión"). Por lo que sigue, el lector se convencerá de que el equívoco sonoro está buscado completamente adrede por el autor. [*N. del T.*]

46 Teniendo en cuenta alguna obra anterior vertida al español por este mismo traductor, es muy probable que Hadjadj esté hablando, con cierta sorna, ahora, de uno de sus profesores de filosofía en su etapa preuniversitaria. [*N. del T.*]

47 El *Jardin des Plantes,* parte integrante del Museo Nacional de Historia Natural de Francia, se encuentra en París, junto al río Sena, en el campus universitario de Jussieu. Antiguo *Jardin du Roi*, recibió tras la Revolución su nombre actual, y es el jardín botánico más famoso y visitado de Francia. [*N. del T.*]

48 La huella de carbono se define como "la totalidad de gases de efecto invernadero (GEI) que emite directa o indirectamente un individuo o una organización o de un evento". Hay un grafismo que los activistas usan para identificar esas fuentes de GEI: la imagen del planeta Tierra con mares azules y continentes amarillos ensuciada con dos huellas negras de pies humanos. [*N. del T.*]

49 De hecho, uno de los lamas tibetanos más conocidos en Occidente es Sogyal Rimpoché, autor de libros de tanta difusión como *El libro tibetano de la vida y la muerte*. [*N. del T.*]

50 El nombre de la letra "r" y la palabra *air* ("aire") suenan exactamente igual en francés. Así que "libres como l'R" puede entenderse indistintamente como "libres como el R" (Robert y Roger) o "libres como el aire". [*N. del T.*]

51 Según el hinduismo, los *chakras* son siete vórtices energéticos situados en el cuerpo del ser humano, con el fin de recibir, acumular, transformar y distribuir el *prana*, una forma de energía invisible e inmensurable. Cada uno de estos centros se asemejaría a una flor abierta y poseería ciertos colores que son más o menos brillantes según el estado evolutivo de la persona. [*N. del T.*]

52 Es un acrónimo del nombre del organismo estatal francés *Association pour l›Emploi Dans l›Industrie et le Commerce* ("Asociación para el

Empleo en la Industria y el Comercio"), que se ocupa de la gestión de las ayudas sociales a los desempleados. [*N. del T.*]

53 El neologismo "biurgo" (*biurge*, en el original) debe ser una alusión humorística al término "demiurgo" (*demiurge*), el semidiós creador de la materia, según algunas filosofías. Un "biurgo" debe ser cuatro veces más potente que un "demiurgo". [*N. del T.*]

54 Alude aquí Hadjadj a la hoja de parra que en muchas pinturas clásicas sirvió para tapar la desnudez de Adán y Eva al ser expulsados del Paraíso (y que en la Escritura es, en realidad, una hoja de higuera). [*N. del T.*]

55 Parece aludir el autor al episodio de la zarza ardiendo de Moisés, al affaire Dreyfus de la Francia de primeros del siglo pasado, al Holocausto decretado por los alemanes en la época nazi y a la visión habitual acerca de los judíos y el estado de Israel en Occidente. [*N. del T.*]

56 Las referencias a Inglaterra, Francia, Austria y China son, por supuesto, alusiones a Marx, Dreyfus, Freud y a los comerciantes judíos de Hong-Kong. [*N. del T.*]

57 Los "carbones ardientes" remiten al episodio de los tres jóvenes en el horno de fuego preparado por Nabucodonosor (Dn 3) y el "vientre del monstruo" a las peripecias del profeta Jonás en el vientre del pez. [*N. del T.*]

58 Está claro que el acróstico I.H.S. que ve nuestro payaso sobre el Crucificado alude al monograma del nombre de Cristo formado por las tres primeras letras griegas del nombre de Jesús: Ιησούς (en mayúsculas, ΙΗΣΟΥΣ). El olvido del origen griego del monograma dio lugar a interpretaciones latinas más o menos populares, por ejemplo, *Iesus Hominum Salvator* ("Jesús, salvador de los hombres"). La devoción iniciada por san Bernardo, en el siglo XI, por el nombre de Jesús y, más tarde la utilización que hizo de ese monograma el beato italiano Juan Colombini (1304-1367), lo hicieron muy popular. Predicadores como san Vicente Ferrer (1350-1419) o san Bernardino de Siena (1380-1444) solían utilizarlo en sus sermones, e incluso vincularlo a las conversiones y curaciones masivas que los acompañaban. Más tarde, san Ignacio de Loyola (1491-1556) adoptó el monograma en su sello de superior de la Compañía de Jesús (1541), y de esa manera se convirtió en el emblema de su orden. Los jesuitas extendieron el monograma por toda la Iglesia desde el barroco. Pero nuestro protagonista había visto las iniciales "H.S." en la puerta de un ascensor averiado porque abreviaban la expresión francesa *hors service* ("fuera de servicio"). Entonces, la I. inicial del monograma la interpreta en inglés ("yo"). El resultado es el hilarante "I. H.S. = Yo (estoy) fuera de servicio". [*N. del T.*]

tt

Epílogo

Así es como Adolphine y tú habéis empezado a predicar puerta por puerta. Vais de viviendas sociales a mansiones, de rascacielos de cristal a pisos de barrio. Os toman por representantes comerciales, a veces por mendigos. Pero vosotros no vendéis nada. Vosotros no pedís nada. Os contentáis con un juego simple: tocáis al timbre y hacéis aparecer, como por magia, a una persona en el marco de la puerta. Entonces, intentáis superar vuestra vergüenza enrojeciendo y diciéndole: "El Reino de los Cielos está muy cerca...". Y la persona informada siente la brusca certidumbre de que la crisis del país ha tocado fondo.

¿No tienen ustedes nada mejor que hacer? ¿Lo hacen, al menos, por Medicus Mundi o por Amnistía Internacional? "No, por la Encarnación del Verbo", respondéis balbuceando o interrumpiéndoos. Con frecuencia, vuestro interlocutor abre los ojos como platos, y dice: "¿Son ustedes testigos de Jehová?". Intercambiáis entre vosotros una mirada perpleja, porque no sabéis qué quiere decir eso. Volvéis a leer el nombre inscrito en la puerta: "Maurice Trogneux", por ejemplo, y respondéis: "No, somos testigos de Maurice Trogneux...".[59]

Hay quienes han asimilado de tal forma el hábito de estar solos cada uno delante de su pantalla, que quedan estupefactos ante esa proeza de la ultratecnología: ante ellos, surgen, como en una ventana emergente, dos seres tridimensionales que los miran, a los que se puede tocar y cuyos alientos se pueden oler. Son necesarios unos segundos para comprender que han abierto su puerta y que no disponen de clic para cerrar la ventana (emergente). Otros intentan averiguar algo más: "¿Traen ustedes algún mensaje especial? ¿Trabajan para algún partido?". No, ningún mensaje especial, ningún partido, o, si quiere usted, el partido de... (y pronunciáis de nuevo el nombre inscrito en la placa de la puerta). Cosa que tiene el don de provocar la desconfianza. Pero Adolphine se explica para aclararlo todo: "Pronto vamos a vivir con ustedes como hermanos y hermanas, eternamente... Por eso estamos aquí... para empezar a presentarnos...". Pero esa explicación no consigue, realmente, concitar en los otros el deseo de ese mundo por venir.

Aparece entonces vuestra pequeña con síndrome de Down (por mucho que Sarah-Fátima tenga veintitrés años y la talla de su madre, sigue siendo vuestra pequeña). Es mucho mejor que poner el pie en la puerta para evitar que la cierren. Se arroja de golpe a los brazos de Maurice Trogneux como un animal mimoso y, mientras ella intenta acurrucarse contra él, te pregunta: "Papá, dime, ¿me lo puedo quedar? ¿Me lo puedo llevar a casa? ¡Por favor! ¡Es muy guapo!". Tienes que responder con una sonrisa apenada, que apela a la comprensión: "Eso llegará a su tiempo, querida... y el tiempo está cerca... el tiempo está cerca...".

Cuando la pesada puerta se cierre ante vuestras narices, ¿de qué os podríais indignar? No sabéis si habéis sido rechazados o si os habéis rechazado vosotros mismos. Es claramente evidente que vosotros no inspiráis especialmente el amor del prójimo. Pero, precisamente por eso, podéis exigir el amor sobrenatural.

Resulta, payaso, que ahora estás ante mi puerta, con tu mujer y tu hija. Llamas a ella ya hace tiempo. Me llegas a llamar a través de la cerradura diciendo el nombre que lees en la placa. ¿No seré yo el Maestro de Ceremonias o el Payaso Blanco de esta historia? Va haciendo falta que yo abandone el texto para ir a abrirte, para mirarte ocultando el vértigo de reconocerte — y, sin ninguna duda, con la idea de echarte.

59 Es difícil para el traductor de Hadjadj dejar reflejados en el texto todos sus guiños, sus chistes y sus "impertinencias". Pero, en este caso, no me resisto a señalar que la forma adjetival *trogneux* que usa como apellido no existe en francés, pero el sustantivo correspondiente, *trogne*, significa "jeta" o "cara dura". Nótese que, probablemente, esa es la percepción que el tal Maurice tiene de los dos misioneros-payaso que llaman a su puerta para "importunarlo". [*N. del T.*]

Este libro se terminó de imprimir en Madrid el 4 de octubre de 2018, Festividad de San Francisco de Asís, el santo juglar de Dios

Índice

PREÁMBULO (y ya ¡cataplum!)	6
CAPÍTULO 1 Ni cómico ni bufón ni acróbata ni Pierrot	10
CAPÍTULO 2 La liberación del ridículo	17
CAPÍTULO 3 Origen y alcance de la nariz roja	22
CAPÍTULO 4 Sobre la obediencia — entre el Maestro de Ceremonias y el Payaso Blanco	28
CAPÍTULO 5 Contra el asombro	32
CAPÍTULO 6 Cuatro ejercicios de gimnasia para payasos	35
CAPÍTULO 7 Sobre el dúo (y más): payasos en la esencia del matrimonio	42
CAPÍTULO 8 Frente al hijo	51
CAPÍTULO 9 Guerras de (escasa) religión	62
EPÍLOGO	76